

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura
Mención en Escritura Creativa

Límite de inflexión

Joseph Daniel Espinosa Campos
Tutor: Jorge Luis Cáceres

Quito, 2025

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional		
	Reconocimiento de créditos de la obra No comercial Sin obras derivadas	
Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia		

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Joseph Daniel Espinosa Campos, autor del trabajo intitulado “Límite de inflexión”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

30 de junio de 2025

Firma: _____

Resumen

Límite de inflexión es una colección de seis relatos que devienen del interés personal del autor por la temática de la memoria. A lo largo de la obra se ha migrado la problemática de la comprensión de la memoria mediante la creación de un universo común donde los relatos se llevan a cabo juntamente con un plano onírico que los vincula entre sí. La obra está conformada por un relato extenso que actúa como el eje principal y cinco relatos complementarios que expanden ideas de su entorno y personajes. El interés por la memoria ha podido migrar entre varias áreas de producción de conocimiento por lo que las artes no se ven desplazadas de la exploración de este panorama. Es así como mediante la literatura es posible recorrer varios paradigmas que, en otros casos, como las ciencias duras, no permiten ahondar en caminos más relacionados con el subconsciente por medio de la utilización de la herramienta principal con la que cuentan los estudios literarios: *el lenguaje*. De esta manera en *Límite de inflexión* se explora la propia impresión de la memoria como un mecanismo narrativo que envuelve a los personajes alterando su tiempo, sus espacios y la percepción de la realidad.

Palabras clave: memoria, sueños, planos oníricos, fantasía, tiempo.

A mi Pilito, por las memorias más hermosas de mi vida.

Agradecimientos

A mi madre, Leonor Campos, por dejarme el amor por las letras, llevarme desde niño al mundo de los libros y ser mi ejemplo de fortaleza. A mi padre, Raúl Espinosa, por su apoyo incondicional con cada una de las metas que me he planteado en la vida y ser el modelo del hombre que me gustaría ser. A Roxana, por ser la primera lectora de mis relatos, acompañarme cuando en ocasiones las palabras no llegaban y la linda manera de reconocernos en el amor por la literatura. A Jorge Luis Cáceres, por su apoyo en la realización de este proyecto académico.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Límite de inflexión	29
Dama de Luna.....	30
Arreglo de Flores	75
Lycoris	76
Pensamientos	87
Lirio	95
Crisantemo.....	98
Nomeolvides.....	103
Lista de referencias	109

Introducción

Para dar inicio con la presentación del proyecto, me parece adecuado hacerlo mediante una explicación de su título: *Límite de inflexión*. El título parte del cuestionamiento que llegué a realizarme en la etapa de aprendizaje de la poética de mi escritura durante la maestría. Si bien es cierto que en ocasiones consigo encauzar las imágenes detonantes de mis escritos a través de las palabras; en su mayoría estas se difuminan y confunden el medio expresivo que pretendo evocar.

En cálculo se utilizan funciones para representar diversos conceptos que guardan una relación entre sí y de estas se puede obtener gráficas que nos permiten comprender su comportamiento. En determinados casos, dependiendo de las funciones que se estén analizando; las gráficas pueden tener puntos específicos donde su comportamiento cambia de manera radical. A estos puntos se los denominan puntos de inflexión. Este concepto se lo puede extrapolar en diversos ámbitos como lo hice para relacionarlo con los cambios y catalizadores de mi escritura. Los puntos de inflexión que estructuran mi sensibilidad son la línea de partida para la composición de los relatos que presentaré a lo largo del proyecto.

Un punto se encuentra determinado. Marca alguna idea de manera precisa y la ubica en espacios y tiempos concretos. Es gracias a esta idea que me he alejado del rigor del punto de inflexión, tinturando sus tonos con los tintes de mis propios interrogantes. Ya que parto de mi propio desconcierto solamente pretendo acercarme a aquellos espacios que se vuelven el origen de mi composición. Un límite tiende a acercarse a un sitio determinado, infinitesimalmente cerca pero nunca hace un contacto del todo. De esta manera, la noción de límite se ajusta a la aproximación que he realizado hacia los afectos que conmueven mi sensibilidad y otorgan el nombre a la obra.

En mi caso particular, el extrañamiento del límite me remite a sensaciones que se vinculan al recuerdo de la casa de mi infancia y mi subconsciente lo proyecta en mis sueños al dormir. Cuando recorro la casa de alguna forma me encuentro tocando retazos de un conjunto de memorias que se deforman y vuelven a contarse en sus ventanas, pisos, cuartos y corredores. De manera involuntaria me pierdo en los restos que componen esta ilusoria creación y gracias a esta idea me he llegado a cuestionar la fragilidad de las memorias, la importancia de los recuerdos, el temor al olvido y la incertidumbre suscita en el mismo arte de reconstrucción que se vuelve el recordar. Es tan solo un interés,

producto de la curiosidad lo que ha incentivado las nociones que guardo sobre los espectros de la memoria, la realidad y los sueños; el que ha desembocado en el proyecto de escritura que presentaré a continuación. De esta manera la principal problemática sobre la cual se inscribe mi propuesta para el proyecto de tesis se condensa en la siguiente cuestión: *¿Cómo plasmar los caminos de la memoria?*

Para conseguirlo dentro de la articulación de *Límite de inflexión* tomé en consideración cuatro nociones con las que decidí jugar en la composición de los relatos que construyen a la obra para conseguir la representación de los caminos de la memoria a través del lenguaje:

- Tiempo.
- Memoria.
- Sueños.
- Voz.

Cada una de ellas constituye una esquirola que se fragmenta de las ideas que se estructuran como el andamio que construye el cuerpo de mi obra. Le otorgan su origen, estilo y forma. Por este motivo ahondaré acerca de la manera en la que trato estos elementos en mi composición, para luego ofrecer un espacio introspectivo para cada uno de mis relatos.

Un espacio de memorias

Día a día los seres humanos nos vemos involucrados en un sin número de actividades donde la comunicación es necesaria para un correcto desenvolvimiento. Ahora bien, si nos remitimos a objetos con los que nos encontramos en nuestra cotidianidad. Muchos de ellos han sido creados para suplir de algún modo, cierto tipo de deficiencia que tengamos. Ya sean artefactos para extender habilidades innatas como lo son el habla (megáfono), el oído (auriculares) o alguna forma de motricidad (bastón). Es un hecho que en la actualidad nos cuesta mucho desprendernos de ellos, como si fuera nuestro propio cuerpo el que se separa.

Como punto de partida para la manera de tratar a la memoria, se tiene la noción proporcionada por Paul Ricœur (2004, 40-41; traducido del inglés) donde “La memoria en singular es una capacidad y una efectuación”¹. Ricœur nos recuerda que la memoria no es simplemente un archivo estático de imágenes, sino una capacidad activa, un hacer

¹ Cita traducida del inglés en el texto: “Memory in the singular is a capacity, an effectuation”

similar a una operación que actualiza el pasado en el presente y se entrelazan por medio de la mente. En la literatura, esa operación se traduce por medio del lenguaje en actos narrativos como son la rememoración, analepsis, voces interiores, fragmentos y silencios.

Aquí es donde está noción que aparece el ejercicio de recordar diverge de la funcionalidad de dispositivos donde grandes cantidades de información pueden ser almacenadas sin ser alteradas. La mente puede acceder a los recuerdos, aunque estos cuenten con imprecisiones mientras les otorgamos una forma a través del olvido. Esta noción puede notarse en el ensayo *Por los caminos de la memoria en la obra de Marcel Proust* de Edgar Vite (2012, 42) donde reconoce que:

Un rasgo peculiar de la memoria radica en que no devuelve una imagen fría o estática al individuo, sino que de algún modo lo regresa en el tiempo. Rememorar no sólo consiste en preservar intactos ciertos acontecimientos personales, sino que también implica la capacidad de reconstruirlos y en cierto modo revivirlos.

A diferencia del plano onírico donde todos los sucesos tienden a ser hilvanados por ideas fugaces, pensamientos caóticos y estructuras dependientes de la última ingesta alimenticia del día, la idea que se tiene de la realidad busca desesperadamente una forzosa cohesión para dar sentido a su precisión inusitada. Lamentablemente, esta búsqueda se vuelve imprecisa por el hecho de que ya no se la está experimentando en el presente; es decir, cuando buscamos la mayor exactitud posible dentro del intercambio de nociones cotidianas en una sencilla conversación, solamente puede realizarse en el preciso instante del evento, puesto que al ser recapitulado este momento se convierte en una narrativa recubierta de una falaz interpretación.

Como lo menciona Rachel Aviv (2021; traducido del inglés), desde la psicología cognitiva, Elizabeth Loftus ha mostrado que la memoria es maleable y reconstruida cada vez que se evoca, lo que obliga al escritor a pensar el acto de recordar como una enunciación siempre mediada y susceptible de variación como lo corrobora en su artículo: “Nuestra representación del pasado adquiere una realidad viva y cambiante. No es algo fijo e inmutable, no es un lugar remoto preservado en piedra, sino algo vivo que cambia de forma, se expande, se encoge y se vuelve a expandir...”² Son las palabras las que nos permiten narrar historias, articulan nuestras ideas mientras se intenta otorgar un sentido a todo lo que envuelve el pensamiento a nuestro alrededor. Pienso, por ejemplo en ¿cómo

² Cita traducida del inglés del artículo original. “Our representation of the past takes on a living, shifting reality. It is not fixed and immutable, not a place way back there that is preserved in stone, but a living thing that changes shape, expands, shrinks, and expands again ...”

una flor adquirió su nombre?, o si ¿verdaderamente se puede comprender en unas pocas letras la inmensidad del amor?

Un nombre, una palabra o la unión de varias palabras componen el mundo de manera que nos es comprensible, sin embargo, esto no siempre es el caso. En ocasiones, el lenguaje incluso se vuelve insuficiente para conseguir entender o evocar ideas tanto propias como ajenas. El expresar conceptos complicados, juntamente con la capacidad de entender los mismos; yace en la sinergia entre la profundidad del léxico del individuo con el “verdadero” entendimiento de la idea que se busca transmitir. Tanto en cuestiones aparentemente objetivas (como la comprensión de la naturaleza) y aspectos más subjetivos (imágenes del espectro emocional del individuo), el método para nominar se vuelve recursivo. Es decir, se otorga el significado por medio de la generalización de conceptos ya comprendidos.

A mi parecer, los elementos subjetivos son los más complejos y maleables para recordar. Incluso extrapolando y deconstruyendo hasta llegar a su propia base. Si retomamos la pregunta de la flor y el amor, es plausible considerar que una planta no puede de manera espontánea e inmediata deconstruirse de tal manera que la referencia de su nombre se vuelva menos exacta y precisa. Por otro lado, ¿quién entiende todas las gamas de emociones y del pensamiento humano? El pensar que gracias a este maravilloso artificio hemos podido llegar a encontrarnos con obras que, sin importar el paso de los años han tocado en lo profundo de la sensibilidad de las personas, es un logro digno de admiración.

De esta manera, el lenguaje se vuelve un recipiente de memorias que se encuentra en una continua reescritura. Este fenómeno me recuerda a la manera de tratar el habla mítica de Roland Barthes (1999, 118) en *Mitologías* donde considera que “el mito es una palabra robada y devuelta. Solamente la palabra que se restituye deja de ser la que se había hurtado: al restituirla, no se la ha colocado exactamente en su lugar”. Así lo hacen las memorias al deconstruirse y volver a formarse dentro de una nueva narrativa. Esta idea la corrobora Vite (2012, 41) cuando analiza los espacios de la memoria en la obra de Proust:

En este sentido, se puede establecer cierta superioridad de la imaginación frente a la percepción sensible. Dicha ventaja no sólo se refiere a la diferencia temporal entre una y otra, sino a que las descripciones literarias de un acontecimiento, de un paisaje o de un personaje muestran una diversidad de matices que la realidad no posee por sí sola.

Estos espacios de construcción y deconstrucción son los que se alteran por medio de nuestra propia imaginación, en ese momento el acto de recordar deja de ser un ejercicio consciente, apegado a nuestra objetividad. Por lo tanto, estas ideas pueden representarse mediante recursos como mecanismos de narración fragmentaria (saltos temporales, regresiones), una voz narrativa que duda, corrige, olvida o tergiversa, el uso de metáforas que aluden al olvido, los espacios de silencio, y la aparición de múltiples voces que disputan versiones distintas del pasado. A través del lenguaje literario, lo olvidado y lo recordado se entretajan, lo que convierte al texto no solo en un depósito de memorias, sino en un espacio activo de construcción de identidad.

Desde esa perspectiva, en los relatos de *Límite de inflexión* la construcción, evocación y la pérdida de recuerdos serán las guías que crearán el camino para plasmar un espacio de memorias a través del lenguaje, y mediante su propia imprecisión, la memoria se constituye como una herramienta que permite tomar distancia de la realidad. Este mecanismo es la puerta que acerca a la obra a terrenos que se distancian de la realidad.

Un juego de tiempo

El tiempo puede ser motivo de duda dentro de las preocupaciones de la vida de una persona. Esperar el futuro, recordar el pasado, desprenderse de él o apreciar el presente. Si bien es cierto que nos encontramos presos dentro del instante actual, nuestra mente tiende constantemente a evocar las infinitas posibilidades del mañana o navegar por las memorias del ayer.

En la filosofía de Immanuel Kant (2003, 39), el tiempo no se lo entiende como algo verdaderamente objetivo sino que se encuentra relacionado con ámbitos de las experiencias previas de los individuos a través de la intuición sensible.

Allí no eran los principios, sino la intuición sensible pura (espacio y tiempo) el primer dato que hacía posible el conocimiento a priori y ciertamente sólo para objetos de los sentidos [...] porque los conceptos del entendimiento unidos a esta intuición son lo único que hace posible el conocimiento que denominamos experiencia.

Con esto Kant establece una relación entre el tiempo y lo que a través de procesos cognitivos podemos entender como realidad. Así tanto el tiempo, como el espacio se instauran como los requerimientos mediante los que se puede estructurar todo cuanto nos rodea. Así mismo las experiencias también se vuelven eslabones dentro de la construcción

de la interpretación de nuestro entorno. Al hablar de experiencias nos podemos remitir de manera directa a la temática de la memoria, porque esta mismo existe como una reconstrucción de vivencias. Este vínculo se vuelve una parte fundamental para poder dar licencia al plano de lo fantástico. Si jugamos con el tiempo, estamos jugando con la realidad y migramos a un plano fantástico.

La literatura es, en esencia, un espacio empírico en el que el lenguaje modela dimensiones que sobrepasan lo cotidiano. Mijaíl Bajtín (1989, 237-238), al proponer el concepto de *cronotopo*, nos muestra que el tiempo y el espacio no son simples coordenadas externas, sino que se tornan en una unidad estética dentro del relato. “El tiempo se comprime; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo y el argumento de la narración”. Esta definición revela que el espacio y el tiempo narrativos conforman un plano en el que se articulan las acciones y las experiencias de los personajes. El cronotopo, entendido como plano narrativo, no solo delimita escenarios, sino que permite que el relato tenga sentido y unidad.

En ocasiones las nociones del tiempo pueden diluirse y su precisión se vuelve difusa. Esta noción de atemporalidad resuena conmigo y la maleabilidad de su percepción es la que relaciono tanto con la memoria como con los sueños; por lo que busco que mis relatos presenten esta sensación de dilatación lo largo de su composición.

Para Calvino (1988,89) “cualquier principio es arbitrario, entonces es perfectamente legítimo empezar la narración in medias res, en un momento cualquiera”. En el apéndice titulado *El arte de empezar y el arte de acabar* presente en *Seis propuestas para el próximo milenio*; Calvino nos da a entender que el juego del tiempo en obras literarias se ve presente desde sus mismos comienzos y a diferencia del plano objetivo de la realidad, el arte literario cuenta con licencia para transgredir la linealidad. Saber que el inicio de un relato puede incluso darse desde cualquier parte de la temporalidad de los hechos me ha hecho cuestionar de qué manera la herramienta del tiempo pueda dotar de varias características a la obra. Ya sea mediante el uso de mecanismos coordinados de narración consecutiva, como los que podemos observar en la narración de hechos expuestos en un medio de comunicación como un diario, donde suele observarse un origen Ab-Ovo o quizá permitir que el relato se pierda en sus letras con un inicio impreciso.

Brevemente retomaré la imagen onírica de mi casa de la infancia por un detalle en particular. Como bien lo mencioné con antelación, el observar el reflejo de mi recuerdo pasado ha servido como detonador para darle una forma material a las memorias

relacionándolas con el cristal. A través de un lente de cristal se extiende la vista, o con un espejo podemos observar con mayor detenimiento rasgos de nosotros mismos que de otra manera solo quienes nos rodean podrían notar. El cristal cuenta con propiedades de refracción que tuercen la luz y cambian su dirección. Puede ser claro, traslúcido, adquirir colores o ser opaco. De la misma manera, el cristal se vuelve una analogía para el tiempo en los relatos de mi obra y su presencia o la de una de sus características suele acompañar instantes donde los espacios temporales se mezclan. Esto puede venir de momentos donde los personajes encuentran su propio reflejo, como ha sido en mi sueño, o mediante la aparición de objetos como espejos y ornamentos.

Si bien es cierto que el detalle donde tanto los espacios como el tiempo parecen difuminarse en los relatos y los embebe de toques fantásticos en su construcción; la característica propia de la alteración del tiempo es la que la regresa también a un espectro intrínsecamente humano.

El tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y dicha narración alcanza su pleno sentido cuando se convierte en condición sine qua non del sujeto y de la existencia temporal. La humanidad del tiempo es lo que le hace capaz de articularse narrativamente (Prieto 2013, 96).

Así el tiempo y su representación no es solo el eje que distancia a los relatos de la realidad sino también el mecanismo que irónicamente los retorna mediante un juego a su propia humanidad.

Un mar de sueños

“La vida es un sueño del que todos hemos de despertar antes de poder dormir otra vez” (Jordan 2020). Es una de las frases que, como ávido lector de fantasía, recuperé del quinto libro de *La Rueda del Tiempo* de Robert Jordan. Como tantas otras, podría decir que la idea que presenta esta frase ha sido uno de los catalizadores que me han cuestionado acerca de los sueños. Su función, estructura y la multiplicidad de interpretaciones que intentamos racionalizar cubren a los sueños de un halo ominoso que, de cierta manera, los vuelve un motivo de interés tanto en ámbitos cotidianos como académicos, debido a la relación que estos podrían guardar con los misterios del subconsciente humano.

La manera de abordar los sueños varía con respecto al entorno en que se encuentre presente. En primera instancia, si nos remitimos a una aproximación netamente científica, la neurociencia podría calificar al sueño como una conducta que se produce debido a una

compleja red de mecanismos biológicos que tiene el ser humano. Por otro lado, en cuanto a una interpretación psicológica se refiere, esta tiende más hacia un espacio de estado de conciencia que se relaciona estrechamente con la atención, la memoria y la concentración (Benavides y Ramos 2019, 73). Al apegarme más a la noción psicológica del sueño he podido encontrar un vínculo más cercano hacia la naturaleza subjetiva que tienen trabajos artísticos como una obra literaria.

Los sueños pueden entenderse como corredores de memoria, espacios donde la amalgama de nociones y experiencias convergen en nuestro interior. Esto se puede corroborar a partir de la teoría del psicoanálisis de Sigmund Freud (2023, 63), donde se ahonda en los sueños y sus interpretaciones:

En la discusión científica del fenómeno onírico partimos de la hipótesis de que el mismo constituye un resultado de nuestra propia actividad anímica; más, sin embargo, el sueño completo se nos muestra como algo ajeno a nosotros y cuya paternidad no sentimos ningún deseo de reclamar.

Con esto, Freud señala que los sueños manifiestan el inconsciente de un individuo y de hecho podrían ser una guía para ingresar a él y como el subconsciente es un entorno que nuestra parte consciente se encarga de censurar. Ahí podemos encontrar, en palabras de Freud una “realización (disfrazada) de un deseo (reprimido)” (2023, 160). Por ende, para la persona se vuelve extraño el aceptar estas manifestaciones como imágenes de su completa autoría. Los sueños son lugares donde narramos y reconstruimos hechos reales o imaginarios; ya que en nuestro diario vivir, una de las maneras más eficientes en las que podemos palpar la fantasía es sin lugar a duda al momento de soñar.

Mientras transitamos nuestros sueños, de la misma forma transitamos por fragmentos de nuestros recuerdos, creando un plano donde se entremezclan tanto la realidad como la ficción. Los relatos presentes en *Límite de inflexión* buscan abordar el sueño y la memoria por medio de un hilo conductor que se asentará como una base común para todos. Este hilo conductor se sustenta en un plano onírico que cuenta con varios niveles que se asemejan a la idea de una muñeca Matrioshka. Cada una de sus capas puede extrapolarse para revelar algo más en su interior y depende tanto del relato como de los personajes el adentrarse en los diferentes niveles presentes en esta ambientación común.

La idea de este plano tiene como detonante la manera de trabajar los espacios dentro de la obra del escritor japonés Haruki Murakami en la que se puede encontrar una representación subjetiva de las ideas en su *otro lado*, concepto que se forma a través de

un espacio donde los personajes pueden acceder ya sea de manera intencional o involuntaria en mayor o menor medida generando un ambiente *raro* y fantástico.

Mark Fisher (2018) entiende lo *raro* como la irrupción de algo que no debería estar en el mundo cotidiano, aquello que desestabiliza nuestras categorías de comprensión. Esta noción ilumina la narrativa de Haruki Murakami, donde este concepto aparece de manera recurrente. Por ejemplo en *Kafka en la orilla*, Nakata conversa con gatos y recorre mundos oníricos; en *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, un pozo oscuro conecta dimensiones paralelas y en los relatos de *Sauce ciego, mujer dormida*, los bordes entre lo real y lo onírico se sobrepone hasta volverse una sola frontera. Estos elementos no sirven tan solo como adornos, sino que actúan sobre un plano narrativo específico, al que previamente lo referimos como *otro lado*; donde se articula el cronotopo y las experiencias de memoria. En este plano, lo raro demuestra cómo el lenguaje literario puede fracturar lo real, abrir espacios de ambigüedad y producir horizontes simbólicos.

La presencia de este plano dota a los relatos de extrañeza por el simple hecho de que los personajes, al igual que sucede con las personas, se encuentran ajenos a su subconsciente. Sin embargo, en *Limite de inflexión* tal como lo explica Freud: “Los elementos oníricos no son en ningún modo meras representaciones, sino verídicas y verdaderas experiencias del alma, iguales a las que en la vida despierta surgen por mediación de los sentidos” (2023, 66). Es decir que, los personajes se componen de sus sueños que a la vez son parte de su propia realidad.

A lo largo de esta obra, los personajes se encuentran dormidos en su realidad y despiertan dentro de los planos oníricos donde en ocasiones, la marea puede sentirse como una suave espuma que apenas humedece los pies, o bien puede arrastrarlos hasta la profundidad de sus inexplorados abismos.

Un eco de la voz

Para develar el velo que envuelve el entendimiento de la memoria, considero que una forma significativa de buscar cercanía a él es a través de las voces que, con similar curiosidad, han intentado darle sentido a través de la experimentación de sus ideas. Para ello la libertad que proporciona el ejercicio del arte literario convierte a la literatura en un ambiente idóneo para ahondar con la exploración de concepciones que se tiene del mecanismo de memoria de la mente humana. Así los puntos de partida para la pesquisa de una voz propia son, sin duda alguna a través de los referentes que componen mis gustos

literarios y el propio ejercicio de escritura. Para Calvino (1988,89) “memoria y olvido son entidades complementarias”. En el apéndice titulado *El arte de empezar y el arte de acabar* presente en *Seis propuestas para el próximo milenio* se establece la indispensable relación simbiótica que llevan tanto el recuerdo como el olvido. Ambas recorren juntas los parajes del pensamiento; delimitando la senda y camuflando el rastro simultáneamente. Este aspecto lo relaciona Lois Lowry en su novela ganadora de la medalla John Newberry, *The Giver* (El Dador), donde aborda la problemática de la inconsistencia de la memoria a través del olvido y el traspaso de recuerdos.

Para mí, el ejercicio de escritura ha consistido en un catalizador para separar ideas que se encuentran arraigadas con mucha intensidad en mi interior. Pueden ser pensamientos fugaces que encienden cierto tipo de interés, imágenes fuertes que se mantienen rondando por mi mente e incluso emociones que de alguna manera han marcado mi sensibilidad.

Al momento de escribir me pregunto si acaso el entorno en el que nos encontramos influye a las palabras que se plasman en la obra, ya que el espacio donde se encuentra el cuerpo podría distorsionar la escritura de un texto. Tal vez un lugar apacible evoque un tipo de escritura serena y cálida mientras que un espacio lúgubre y oscuro denote tristeza, temor o melancolía en la composición. Similar al caso de recordar el amor a un libro no por el libro en sí, pero por el momento y el espacio donde lo hemos leído y desembocó todas las emociones que aún se sienten a través del recuerdo. Aquí considero que la memoria puede ser quien reconstruye estas sanciones, magnificando la experiencia para darle una fuerza mayor. En mi caso particular, un ambiente relajado y acompañado de música es el espacio idóneo para que mis palabras fluyan con mayor naturalidad.

Me gustan mucho las palabras, especialmente como suenan. Hay palabras que consiguen expresar ideas muy concretas mientras que otras flotan como el vapor difuminando lo que intento expresar. Al elegir palabras al momento de escribir me he dado cuenta de que, en ocasiones, de manera inconsciente priorizo escenas descriptivas que evoquen belleza. Como lo mencioné con antelación una de las causas de esta manera de escribir es el bagaje que llevamos con todas nuestras preferencias. Soy un habido lector de fantasía, así que obras como *El señor de los anillos* de Tolkien o *Los libros de Terramar* de Úrsula K. LeGuin han tenido un fuerte impacto en mi manera de pensar en las historias. Si bien es cierto que disfruto de cuentos y novelas de índole más realista; son los toques de fantasía los que decoran las historias que navegan por mi mente. De esto puedo notar que me agrada que los relatos cuenten con cierta ambigüedad en su

composición e incluso, como en el caso de algunas de las novelas de Murakami no cuentan con un final concreto y se permita una interpretación más abierta. Por otro lado, en cuanto a mi voz poética he empezado a conocerla recientemente. Las imágenes bellas también predominan en mis creaciones poéticas. Y la musicalidad es algo que aprecio en la escritura. Su sonido, lo que mi oído también considera armónico suele dirigir la creación. El uso de un lenguaje lírico acompaña la estructura de mi narrativa junto a un toque de preciosismo y nostalgia involuntaria.

Ideas, musicalidad y espacios. Esta serie de trozos dispersos que brotan a través de la construcción de un texto se pueden reconstruir en una multiplicidad de formas diferentes que componen a su vez nuevos escritos. Así considero que la voz en la escritura también puede entenderse como un arte presto a la mutación. “Mi vida depende de copiar incansablemente el color de la arena [...] Yo soy entonces toda la arena, todo el vasto fondo marino” (Watanabe 2008, 177). Recodando el poema del lenguado de Watanabe donde se observa presente la idea de la mutación de un cuerpo para poder sobrevivir, el lenguado se vuelve el suelo marino. De la misma manera la escritura se camufla dentro de voces presentes en el bagaje de sus autores y nunca puede permanecer estática.

La voz que uso en mis relatos es mi propia voz poética interpelada por los personajes que intento construir. Es la voz de los autores que viven en mis memorias, cuyas palabras han tenido un impacto en mi interior. Así como al despertar se queda algo de nosotros en nuestros sueños y al recordar dejamos fragmentos de nuestra identidad para construir una historia en lugar de solamente reproducir una memoria; mi voz narrativa queda impregnada en mis personajes, en sus cavilaciones, pensamientos y manera de proceder. En *Límite de inflexión* dejo un eco de mi voz en los relatos que poco a poco se alejan de mi persona y se vuelven una identidad propia.

Proyección del límite

Tomando en consideración los cuatros puntos previamente expuestos, podemos ver que los planos literarios no son simples niveles técnicos, sino espacios donde convergen el tiempo y el espacio, la memoria y el olvido e incluso lo raro. Cada uno de estos elementos se relaciona para crear mundos donde coexisten la realidad y lo onírico. La literatura, al articular estos planos, se revela como un dispositivo capaz de reorganizar nuestra percepción de la realidad, de hacernos sentir que lo imposible también es plausible y que lo olvidado sigue habitando como un reflejo de lo narrado.

La obra *Límite de inflexión* se articula en una distribución asimétrica de los relatos presentados. Si bien es cierto que desde su propuesta, se pretendía realizar una obra con un máximo de nueve relatos, con siete relatos propuestos; el resultado conserva esta misma distribución con seis relatos. Algunas de las ideas para los relatos fueron descartadas o presentaron algún cambio durante sus procesos de escritura respectivos. El cambio más notorio que se realizó viene en la propia distribución de los relatos en la obra. En un principio, se pretendía que los relatos se presentaran de manera aleatoria sin ningún tipo de agrupación. Sin embargo, esta noción cambió ante la división de la obra en dos partes.

La primera parte se titula *Dama de luna* y consta del relato que le proporciona dicho nombre. Esta división fue el producto de la redacción de este relato que se instaura como el relato principal y más largo de la obra. Actúa como el eje central donde se construyen los planos de memoria y es el tronco a través del que se ramifican los demás. Si bien es cierto que la extensión de este relato no es del todo convencional y se acerca a la extensión de una novela corta, existen precedentes dentro de la literatura nacional donde una obra cuenta con un relato principal de gran extensión como es el caso de *El secreto y otros cuentos* de Javier Váscquez y *Ciudad de invierno y otros relatos* de Abdón Ubidia.

Por otro lado, la segunda parte titulada *Arreglo de flores* consta de seis cuentos complementarios que se desarrollan dentro del mismo universo narrativo en el que se llevan a cabo los hechos de *Dama de luna*. Estos relatos son las hojas y flores de la obra, la dotan de mayor profundidad y expanden la construcción de su mundo. Algunos personajes que son mencionados en *Dama de luna* o actúan como personajes secundarios, aparecen en los arreglos de flores donde en ocasiones despejan la ambigüedad de algún suceso o también difuminan aún más su imagen. Los relatos que componen a la segunda parte llevan títulos de flores, cada una aparece en su forma material en *Dama de luna* y se relaciona con el significado que suelen atribuirles. Los relatos son:

- Lycoris
- Pensamientos
- Lirio
- Crisantemo
- Nomeolvides

De este modo, *Límite de inflexión* se construye como una intersección de planos superpuestos: el cronotopo que organiza espacio y tiempo; la memoria que recuerda y olvida; el sueño que abre corredores hacia lo inconsciente; lo raro que fractura la lógica de la realidad y mi voz que lo une todo en un tono propio. Todos estos planos convergen a lo largo de la obra y se acercan a ese punto de quiebre donde a mi parecer, se encuentra la literatura.

A continuación procederé a tratar los detonadores e ideas que desembocaron en cada uno de los relatos de *Límite de inflexión*.

Dama de luna: De manera similar a la imagen de la casa vieja de las memorias de mi infancia, existe otra que a lo largo de los años he podido relacionar con el ejercicio del recuerdo y se ha convertido incluso en un ejercicio lúdico con el que se me hace más sencillo encontrar la simetría de mis pensamientos. Esta imagen es la que se vuelve un referente para la creación del relato *Dama de Luna*, donde el plano onírico en el que entra el personaje principal trasciende por completo de la cotidianidad. La imagen es el espacio de un palacio de cristal donde las memorias existen y se vuelven rincones tangibles que pueden ser manipulados. En este relato la memoria y los sueños son transitados por el personaje principal donde persigue la imagen de una chica que aparece en sus sueños. Los planos de realidad se ven interceptados por instantes de ensoñación. El relato guarda sentimientos ilusión, anhelo y confusión y distorsiona tanto los espacios como el flujo del tiempo.

Lycoris: En su esencia, *lycoris radiata* también llamada flor del infierno se la relaciona con augurios ominosos en ámbitos esotéricos. Su coloración roja intensa se asemeja al color de la sangre. Esta flor sirvió de detonador así como una afición personal por las criaturas sobrenaturales y de manera particular el personaje del vampiro. Ya sean historias como *El vampiro* de Polidori o *Carmilla* de Sheridan le Fanu, la figura del vampiro se toma como base para el monstruo que aparece *Lycoris*. Sin embargo, busqué proporcionarle un origen diferente que lo vincula con la cultura gitana. La memoria en este relato se representa con un objeto que sirve para evocar los recuerdos de un ancestro, a través de un diario personal. Las memorias escritas tienen fuerza en un relato con tinte epistolar.

Pensamientos: Existen recuerdos que no nos abandonan. Sensaciones, personas y situaciones que nos han marcado de tal manera que dejan espectros en nuestro diario vivir. Ya sea la sensación de tener a una persona querida muy cerca o que un lugar determinado nos remita a momentos gratos para nosotros. Este relato juega con esta idea a través de la

mirada de un perrito con el recuerdo de su amo. Sus memorias se vuelven más sensoriales, apegadas a la parte más instintiva. Sin embargo, se utiliza la personificación para darle conciencia y un nivel de conciencia similar a la de un ser humano. El relato se adentra en la noción que su dueño aún se encuentra junto a él. Para esto utilicé una voz en primera persona y un registro infantil para darle voz al perrito como si de un niño se tratase. Las múltiples regresiones que tiene el personaje juegan con el cronotopo y lo incorporan dentro del plano onírico.

Lirio: El miedo es más antiguo que las nociones del amor. Quizá los humanos conocimos el temor antes que el amor y aprendimos a temer antes que a amar. Noción que es corroborada por uno de los íconos del terror H.P Lovecraft (1984) al describir al miedo como “la emoción más antigua e intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo e intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido”. Así como también la presencia de lo raro expuesto por Mark Fisher donde el espacio idóneo para lo desconcertante es la cotidianidad. Posiblemente la historia de la humanidad sea la historia de sus miedos y no la historia de sus amores. Para mí ambos pueden ir de la mano y muchas veces uno puede ser consecuencia del otro. Así presento el miedo a la soledad y al abandono con los recuerdos de un joven que acaba de perder a sus padres y tiene un conflicto entre la calma y desasosiego que las fotografías de su familia le pueden causar.

Crisantemo: El crisantemo rosado visualmente es una flor dulce y delicada y se la asocia tanto con la fragilidad amorosa, como con sentimientos de afecto y admiración. Es por estas asociaciones que otorgué la imagen del crisantemo como representación del personaje de la dama en el relato *Dama de luna*. Este relato también expande al personaje del hombre jorobado y se vincula directamente con los acontecimientos de *Dama de luna*. Los toques fantásticos se vuelven más fuertes, tal como sucede en el final del relato. Aquí la memoria que se manipula es la memoria colectiva, ya que el jorobado quita a las personas, incluido al protagonista de *Dama de luna* las memorias de la dama. Con la pérdida, también se tiene un reencuentro al recuperar las memorias arrebatadas del joven; generando un bucle que parece no podría romperse. En este relato, me distancio del yo. La primera persona que nos acerca a los personajes. Esta decisión se tomó ya que busco que el personaje del jorobado se aleje de la certeza que traería una visión desde la primera persona.

Nomeolvides: La trama del relato se centra en la protagonista que despierta en medio de la noche en un cuarto que no es el suyo. Nunca se le da nombre ni tampoco una descripción física minuciosa. Se encuentra asustada en este ambiente que no logra

reconocer, un lugar raro para ella. La situación empeora al escuchar un intruso en el lugar donde ella se halla. Gran parte del relato se enfoca en la perspectiva cruzada que tiene la voz narrativa y la protagonista mientras deambula y trata de salir del lugar desconocido. Conforme el desenlace se acerca, la voz narrativa se distorsiona con los cambios entre primera y segunda persona. Esta desconexión de la voz narrativa y la protagonista es la representación del desfase de la memoria producida por una enfermedad como el Alzheimer de edad temprana.

Límite de inflexión

Dama de Luna

Resuena en mi mente...

El silente canto del viento que trae consigo las memorias. El rugido del agua golpeando las rocas de mi pecho. La humedad en el aire con su olor salino, siendo este el perfume que tiene dentro de mis sueños. El sentimiento brota al contemplar la mezcla de sus sabores. Dulce y salado, la emoción resultante nace en medio de su exquisita incongruencia. Destellos caen desde el firmamento bañando su corona. Juegan deslizándose por sus heladas lomas que, con su encanto sucumben y se derriten dando cause a su armónica balada. Doradas olas danzan en derredor, siguiendo el compás que su madre celosamente ha dictado. Frente al eximio espectáculo casi olvido cómo respirar. Me vuelvo un intruso. Mis sentidos se han vuelto nulos, mi cuerpo no me pertenece más. Me veo envuelto en todo su espacio. Veo de reojo los pasos en la arena perdiéndose hacia la colina, subiendo hacia una cabaña de cristal.

A la distancia un sonido empieza a ganar fuerza en mis oídos. Nace del susurro de un suspiro olvidado, toma fuerza a medida que su inclemencia pretende consumirme. Crece consiguiendo ensordecirme y me arrastra nuevamente hacia la tierra.

Todo terminó... Me encuentro en el suelo y veo preocupación en su mirada.

—De nuevo esto —gritó mi madre sin importarle la escena que estaba armando en frente a las demás personas. Ahora no puedo quedarme tranquila ni con encargarte un mandado si hay que cruzar una calle.

—Lo siento —digo tratando de tranquilizarla. No fue mi culpa solo estaba pensando, nada más, te prometo que estaré más atento.

—Esto ya es demasiado, no sé qué más hacer. Se supone que las clases te estaban ayudando.

—Y lo hacen mamá, créeme que sí. No he faltado ni una vez en seis meses ¿no?
—replico abriendo mis ojos y sonriendo como a ella le gusta.

—Vaya consuelo...—comenta con resignación.

Su intranquilidad trasciende de una interpretación meramente objetiva. Se difumina en medio de la bruma que cubre sus ojos. Vaya ironía que sea tan claro para ella en estos momentos cuando en ocasiones sus ojos se pierden entre recuerdos que cree volver a vivir. Su mirada se apaga distorsionando su jovialidad de manera palpable mientras enarca sus cejas y frunce levemente el ceño. Sus facciones se vuelven difusas

mientras pierdo el último indicio de enajenamiento y las raíces del sol me colocan de nuevo en el presente.

Desde hace tiempo me sucede, en ocasiones necesito desconectar un poco la realidad para visitar de nuevo mi idílico espacio. Los sueños vibran en tonalidades que la realidad jamás podría emular, la música es más genuina y los paisajes son rebosantes de plenitud. Sobre todo, sigo tratando de alcanzar la imagen que mi pensamiento evoca. Volver donde todo empezó y quizá algún día termine. Con ansias espero que el día pronto acabe. Deseo cobijarme con el manto de la somnolencia, para volver a sus brazos y regresar a la vida...

Cada vez ocurre más a menudo. No sabría decir en qué momento tuvo su inicio. Quizá fue producto de los recientes malentendidos con mi mejor amigo, o tal vez el deseo de relevar la carga de angustia que mi madre, a costa mía, acarrea. Lo innegable es la certeza de que la he visto, posiblemente tan solo entre mentiras de un onírico recuerdo tejido por mi propia narrativa. Su difuminada silueta, grácil danzante de las corrientes permeadas de infinitos tonos, pinta el fondo estelado donde su forma pierde consistencia hasta desaparecer. Creo que en algún momento conocí su voz y supe que color reflejaba el iris de sus ojos al mezclarse en el horizonte. Quisiera poder aferrarme a su risa y disfrutar de sus cantos. Sin embargo, mis inútiles intentos pierden sentido al construir el mito de su ilusión, que escapa de mis manos al deslizarse como una masa cruda sin consistencia.

Las cuerdas restantes pasan desapercibidas cuando me entrego a la ensoñación. Al llegar a la tienda de abarrotes mis pasos en la entrada desencadenan el sonido del sensor de ingreso de clientes en el establecimiento. Usualmente es el encargado de la tienda el que se encuentra a estas horas prestando sus servicios a la familia de los dueños. Su presencia siempre me ha resultado un tanto extravagante. Desde que era niño recuerdo su imagen con un tanto de temor. Su cabeza casi sin cabello en la coronilla, su rostro manchado de lunares y algunas de las pecas que incluso llegan a colocarse en la parte superior de su frente. La forma de su espalda se distorsiona por la postura encorvada y sus pequeños ojos rasgados envueltos en gruesos lentes que le da una apariencia de cochinilla sonriente. No obstante, son sus manos las que más han llamado mi atención. Son de textura gruesa, pero a simple vista no puede apreciarse ni un solo callo. En una primera impresión parecerían torpes, pero recuerdo que pude observar cómo realizó con soltura una rosa de papel utilizando tan solo una servilleta.

Hoy no se encuentra aquí y a su vez la señora Magdalena se dedica a sus importantes diligencias empresariales que principalmente consisten en cotillear sobre la creciente inseguridad y los líos amorosos de todos quienes cohabitamos el barrio.

—Buen día —digo alzando mi tono de voz para que se percate de mi presencia; sin obtener respuesta alguna.

—Veci, ¿cómo está? —repito para corroborar si efectivamente no ha podido escucharme, o tan solo el programa de televisión se coloca como prioridad frente a la atención que brinda a los clientes recurrentes.

—Clarita, atiende que estoy ocupada —responde la señora sin siquiera apartar la mirada de la pantalla.

—Dale un momento que mijita ya te atiende —indica saboreando las semillas de girasol, cuyas cáscaras va depositando en la propia funda. Hoy no vino el encargado y me dejaron sola con todo el trabajo.

—Voy —responde una voz proveniente del umbral que delimita el espacio de la tienda con las escaleras, que dirigen a la unión con algún cuarto que se encuentra en el segundo piso. Cada paso hace crujir los tablones de madera mientras su voz se vuelve nítida conforme ingresa a la tienda. Cuando atraviesa la puerta, veo su negra cabellera lacia recogida en una cola de caballo que ondea de lado a lado. Clara se aproxima al mostrador inclinando un poco su espalda mientras coloca sus codos sobre la mesa.

—¿Qué necesitas? —dice esbozando una sonrisa—. La luz de los focos que da claridad a la tienda empieza a menguar cuando estos titilan creando fragmentos de sombras que hacen patrones punteados en la pared del fondo. De los puntos brotan haces de luz que extienden los puntos formando remolinos que aparecen y desaparecen con el movimiento de mis ojos.

—Disculpa ¿Que necesitas? —repite Clara entornando un poco la mirada—. Miro directamente a sus ojos, en un principio color miel. Con suavidad una de las sombras los cubre difuminando el espacio a su alrededor. Entonces aquel velo brumoso se separa de su tez y vetas grises reemplazan sus tonos. Su cabello, atado y lacio, empieza a ensortijarse en hebras marrones que se liberan extendiéndose por sus hombros, bajando por su espalda hasta su cintura. Sus labios se dibujan de nuevo tomando prestada la curva de una hoja de acacia; suavizando sus facciones con la ternura de una flor de verano. La pátina oscura flota hasta tocar el mostrador puliendo la madera, cambiando su color a tonos purpúreos para otorgarle un tono traslúcido; similar a una plancha de cristal.

Abre sus ojos. Sus pupilas se dilatan mientras el borde de su labio se curva en una amable sonrisa. Los puedo observar, el reflejo de las luces y los destellos que iluminan su mirada tal como la vi esta mañana; tal como la veo antes de despertar.

—¿Sigues buscando tu puerta? —pregunta con un tono de curiosidad. Si no encuentras al que tiene la rosa negra, no podrás llegar a ella. Me quedo estático al escuchar su voz.

—¿Una flor? ¿De qué me estás hablando? —respondo regresando a ver hacia la dueña de la tienda, solo para descubrir que ella ya no se encuentra allí—. Bajo la mirada y veo mi reflejo en la mesa del mostrador. No me encuentro aquí, sé que no es así. Un destello me enceguece y escucho la voz de Clara.

—Entonces —dice confundida—. ¿Flor? Pensé que estabas aquí para recoger el encargo de tu mamá; llegó ayer por la tarde. Solo puedo ayudarte con sobres de manzana y canela, si quieres té de sabores. Y las plantas que vendemos son los ramos que puedes ver en la entrada. Los más populares son esos bonches de rosas blancas con tintura naranja y escarcha.

—Perdón —respondo mientras mi cabeza empieza a dar vueltas—. Mis pensamientos se sienten difusos como si hubiera olvidado las palabras que aguardaban en la punta de mi lengua. Era café, necesito una bolsa de café instantáneo y unos vasos desechables también. Hago una pausa y asiento con la cabeza. Ayúdame también con una barra de chocolate y una funda de papas fritas.

—Aquí tienes —indica Clara inclinándose detrás de una vitrina para recoger una caja de madera. Aunque no se la puede ver muy grande el peso de la caja se vuelve notorio por el esfuerzo de Clara cuando empieza a levantarla del suelo. La caja es rectangular y llana, sin ninguna decoración apreciable entre su tono marrón oscuro. En la parte frontal por debajo del canto, se encuentra un cerrojo metálico con el orificio donde se podría insertar una llave.

—Ten cuidado cuando lo lleves a la casa, traía una etiqueta que decía: “Uso delicado, maneje con cuidado” pegado en el envoltorio cuando llegó. Pero si te soy sincera no entiendo porque con lo pesada que está... ¡La madera debe ser maciza!

Doy un paso para acercarme al mostrador para ver con más detenimiento la caja. Mi mano roza el vidrio de la vitrina y acorta la distancia entre mis dedos y la caja. Al tocarla se siente lisa y fría; como si su superficie fuera de vidrio en lugar de madera y en su interior se pudiera encontrar la brisa que llega en las tardes al pie de una montaña. Otra vez las luces a mi alrededor se vuelven más intensas y la sombra de mi mano se cierra en

un puño, ignorando la postura de mi propio cuerpo. El puño se abre y los dedos se extienden para desprenderse de la superficie del mostrador. En mi mano ahora yace una extraña flor roja de cristal que se despende de la caja. Paso mis dedos por encima de sus pétalos, un nombre viene a mi mente: Lycoris. Este es el nombre de la flor.

Por un instante, intrincados patrones en relieve se enroscan alrededor de la caja cuando mi tacto se vuelve uno con la flor. Cada uno parece tomar la forma de enredaderas talladas que tejen un manto de botones floridos. El detalle de la composición se escapa de mi vista, no sé a dónde mirar. Cada hoja, cada flor parece moverse; nada permanece quieto. Ni siquiera la cerradura, cuyo cerrojo ahora se encuentra embellecido con una luna en cuarto menguante junto a un sol, fluctúan y bailan mientras más se los mire. Una sucesión de imágenes llega a mí. La señora Magdalena, un joven que habla con ella, corredores de una casa antigua y un diario envejecido.

—No te preocupes, lo tendré, muchas gracias —respondo cuando la visión de la caja vuelve a la normalidad. Tomo la caja en mis manos y la bolsa con los víveres. Camino hacia la entrada de la tienda y antes de salir, dirijo una mirada a Clara y a su abuela al despedirme.

Salgo de la tienda, giro a la derecha hasta el final de la cuadra para tomar de regreso el camino a casa. El cielo se oscurece cubierto por una alfombra de nubes grises, el viento de la tarde empieza a arreciar mientras se pueden escuchar los ronquidos de una posible tormenta. Ya nos encontramos a mediados de abril y las lluvias se han vuelto más frecuentes. La lluvia nunca me ha molestado, siempre he pensado que tomar un chocolate caliente envuelto en una cobija es la mejor receta para una tarde tranquila. Procuro no soltar las cosas, así que me las arreglo para sostenerlas con una de mis manos. También alzo un poco el cierre de mi saco. Cruzo la calle y subo por la pendiente. Paso junto al parque y me detengo un momento para ver a unos niños que están jugando. Los pequeños saltan de los columpios y caen sobre arena húmeda. A unos pocos pasos, se encuentra la escalera china y, mi juego favorito: la resbaladera. El espacio debajo de ella es el lugar que recuerdo con cariño de la época cuando era pequeño.

Aún puedo recordar el aroma de la tarde soleada y los sonidos de los demás niños caminando por el parque. Después de correr un poco con los demás, decidí buscar refugio en la sombra más cercana. No pensé que encontraría un tesoro debajo de la resbaladera. Me acerqué jadeando y unas gotas de sudor bajaron por mi rostro. Estiré mis manos para sostenerme de uno de los tubos que forman la escalera para poder columpiarme

dejándome caer. Entonces pude observar en el suelo un objeto olvidado. Era un pequeño cubo repleto de colores-entremezclados en mosaicos. Al sostenerlo empecé a jugar con sus lados, anteriormente ya había visto uno de estos juguetes, pero nunca había interactuado con uno.

—Disculpa, es mío —escuché decir a alguien mientras me di vuelta para ver quién era—. A unos pocos metros observé a un chico de mi edad que había visto antes en la escuela. Llevaba una camiseta de dibujos animados y lentes rectangulares que se cubrían con el cabello que caía por debajo de su frente.

—Lo dejé olvidado hace un momento, por favor devuélvelo que si lo rompen de nuevo ya mi papá no me va a comprar otro —repitió mientras estiraba su mano.

—Claro, toma. Solo estaba descansando un rato —respondí mientras entregué el cubo de vuelta a su dueño. Sabes, nunca he armado uno de estos. ¿Tú lo puedes hacer?

—Sí puedo, si quieres te enseño, —indicó con la mirada baja, sopesando quizá la posible respuesta que esperaba de mi parte—. Soy Sebastián.

Desde ese momento, los recesos en la escuela se llenaron de charlas. De un cubo pasamos a una pirámide y a varias recomendaciones de libros y juegos que compartimos. Desde entonces, Sebastián ha sido mi mejor amigo. Han pasado los años y parecía que esta amistad se mantendría intacta. Es curioso como el compartir recuerdos con una persona a lo largo del tiempo puede hacer que algunas partes de su esencia se vuelvan parte de uno mismo. Sebastián se ha vuelto más expresivo y yo, por otro lado, un poco más reservado. Sin embargo, hay momentos donde uno siente que brechas se forman alrededor de los vínculos que rodean a las personas, pequeños espacios imperceptibles que necesitan únicamente de una leve brisa para hacerlos temblar. Los lazos se tuercen, giran, estiran y en ocasiones se rompen.

Son más de dos semanas desde la última vez que hablamos y el recuerdo aún se conserva fresco en mi memoria. Salimos por la tarde para acompañar a su hermana menor hacia el mismo parque donde nos conocimos. Ella solía ir en las tardes para encontrarse con su amigo y su perrito que siempre lo acompañaba. Pasaban la tarde entre risas y juegos, con mi mejor amigo veíamos que todo esté bien mientras conversábamos. Sin embargo, tras el accidente del pequeño, es su abuelita quien la acompaña porque el perrito aún la espera en las tardes para saludarla. De alguna manera, siento que él no ha podido olvidar a su amo, o tal vez el ver a la hermana de mi mejor amigo, aún le recuerda todo lo que hacían juntos.

Últimamente las ideas no se conservan en mi mente; siento que estas se dejan caer como si las pasara por medio de un colador. Algunas, las más fuertes y profundas permanecen, pero las más recientes no consiguen echar raíz. Mi madre siempre ha considerado importante el nutrir los espacios de la mente, en mantenerla activa y saludable en hacerla brotar después de ver germinar su semilla; de regarla y cuidarla. Sin embargo, por más cuidado que se la pueda tener, ningún fruto consigue escapar ileso de los golpes de una tormenta pasajera. Las imágenes en mi mente tornan a los recuerdos una capa que quita claridad y, en ocasiones, son los colores de mis sueños los que se tornan vívidos en mi memoria. No ha sido mucho tiempo, pero ya no puedo recordar cual fue el motivo de nuestra discusión. Cuando siento que estoy a punto de sostenerla en mi mente, se desvanece.

Doblo hacia la derecha después de salir del parque y veo a Sebastián que coloca el seguro de la puerta de su casa, con su hermana menor a su lado. Creo que para esta tarde la abuelita no estaría disponible. Me alegra saber que poco a poco sus padres han vuelto a confiarle la tarea de acompañar a su hermanita al parque. Con pasos cortos me aproximo a la entrada de la vivienda y me detengo frente al garaje.

—Sebas, ¿qué tal todo? —pregunto cuando veo a mi amigo salir de la entrada de su casa—. Él para en seco antes de apartar un poco la mirada. —Lo siento mucho, en serio no puedo recordar que sucedió —digo alzando un poco la voz, pero no parece que esto importe en este momento.

—¿Vas a seguir con eso? —responde con la frente arrugada—. La verdad con esto te estás pasando de la raya. Entiendo que estés estresado por todo lo que tenemos que estudiar, yo también no tengo tiempo para casi nada, pero no es a mí a quien debes pedir disculpas —mueve la cabeza señalando a su hermana que evita mirarme—. El no recordar por completo lo sucedido hace aún más extrañas las cosas. Sebastián toma la mano de su hermana y juntos se dirigen hacia la acera.

—Mi mami dijo que pasará por tu casa más tarde—dice mientras pasa junto a mí—.

Sebastián se aleja por el mismo camino que yo transité hace apenas unos minutos atrás. La imagen se guarda momentáneamente en mis ojos. Su silueta tomando la mano de su hermana. Él ajusta cada uno de sus pasos al andar de las pequeñas piernas de su hermanita. Ella balancea su brazo con suavidad mientras da unos pequeños saltos para no pisar las líneas del concreto. Los rayos del sol vespertino se filtran a través del follaje de los árboles proyectando sombras sobre el pavimento. Estas acompañan a sus portadores

atadas enteramente a sus designios. O al menos así debería ser... La sombra de la hermana de Sebastián parece por momentos dejar de obedecer a su dueña, retrasa sus movimientos en vez de seguir sus pasos, se retuerce intentando alejarse. Mueve sus brazos hacia afuera intentando aferrarse al sol.

Mientras sostengo la caja de madera, siento en la punta de mis dedos un tibio cosquilleo que sube por mi brazo. Imágenes borrosas cubiertas de cal, lentamente son enjugadas por gotas de luz. Entonces lo recuerdo.

Quedamos en salir en la tarde luego de clases. Por fin en la librería confirmaron que uno de los libros que estábamos esperando había llegado. De regreso a casa, me recibió el olor de la comida que mi madre preparaba. Olía al picadillo de cebolla y perejil que va de acompañante para un aguado de pollo o un sancocho. En la mañana había hecho un poco de frío y una sopa caliente siempre cae muy bien en ese tipo de climas. Hay algo en los aromas de los alimentos que se mantiene incluso después de haberlos terminado, como si de alguna forma permanecieran en la nariz listos para ser evocados. Son los momentos que acompañan a las comidas, cargados de sensaciones, los que vuelven a la vida cuando percibimos el vestigio de una esencia similar. Para mí, días lluviosos y tardes frías van de la mano con sopas calientes.

Entré a mi casa lanzando mi chompa en uno de los sillones de la sala. Subí a mi habitación para dejar mis cosas, ignorando la llamada de mis padres que estaban almorzando. Uno de los inconvenientes que suelo tener cuando espero algo con ansias, es el no permitir que mi mente consiga enfocarse en otra cosa. En el ámbito académico me ha permitido mantener la concentración al momento de realizar los trabajos y en el ocio, bueno pues... Evita que quiera almorzar solo para ir comprar algo que me gusta. Entré en mi habitación, me senté en el lado izquierdo de mi cama y abrí el cajón del velador. Moví algunas tarjetas y juegos que mantengo guardados para sacar la botella de cristal donde tengo el dinero que ahorro para algunos de mis gustos personales. Me alegré al comprobar que había contado bien los veinticinco dólares que tenía reservados para el libro. Una desventaja del gusto por la lectura es lo costoso que resulta tener libros impresos.

Después de cambiarme me dispongo a salir para no llegar tarde y estar a tiempo para pasar por la casa de mi mejor amigo. Sin embargo, la figura de mi madre entra en mi campo visual y me interrumpe mientras me coloco nuevamente la chompa que dejé en la sala.

—Voy a comer a lo que regrese —le digo antes siquiera de escucharla—. Solo voy a comprar el libro que te había dicho, por fin lo tienen en la librería y quedamos con

Sebas para ir a comprarlo hoy. Mi madre me mira con una pequeña sonrisa y extiende su brazo hacia mí. No lo había notado, pero llevaba un paraguas en la mano.

—No te hagas muy tarde, ya sabes que debes estar en casa antes de las cinco —menciona estrechando un poco las comisuras de sus labios y con una mirada que no admite lugar a nuevas respuestas—. Hoy estás libre pero no debes olvidar tu sesión con el doctor Ramos.

—Lo sé mami. Además, me ha estado yendo bastante bien. La última vez dijo que esos desvanecimientos estarían estrechamente relacionados con la tensión de los exámenes de grado y todo el asunto del ingreso a la universidad —respondo bajando un poco la mirada para no verla directamente a los ojos—. Apenas conseguí subir el cierre de la chompa, tomé el paraguas y salí por la entrada sin prestar atención en lo que supongo fueron las palabras de despedida de mi madre.

El cielo de la tarde yace cubierto por una cortina de nubes que no permiten que el sol haga su trabajo. Atravieso el umbral de la entrada de mi casa, sin prestar mucha atención a las gotas que acarician mi rostro, mientras aligero el paso. Sigo con el paraguas en la mano, pero olvido abrirlo completamente.

Una de las ventajas de asistir a una escuela que se encuentra cerca de mi casa es que, por lo general, mis compañeros también viven por la zona, incluyendo a mi mejor amigo. Su casa se encuentra cruzando el parque y a pie no me demoro más de unos diez minutos. No me demoro en doblar la esquina y continuar con el camino calle abajo. Ingreso al parque por la entrada más próxima y lo atravieso para acortar el camino. Nada más al salir una pequeña figura envuelta en naranja y morado salta frente a mí y casi hace que tropiece al intentar esquivarla.

—Buuu —grita la pequeña figura observando con ojos curiosos a través de la abertura de su capucha—. ¡Te asusté!

—¡Amanda ten cuidado! —indica la voz de mi mejor amigo—. Logro conservar el balance y veo a Sebastián con una mezcla de preocupación y divertimento en su rostro.

—Claro que me asustaste Mandy —respondo abriendo mucho los ojos para poner una cara de sorprendido. Ante lo divertido de mi expresión, Amanda entorna su mirada y deja escapar una risita traviesa.

—Viste hermano, te dije que se iba a asustar; con esta ya son seis veces —dice girando nuevamente su cabeza hacia mí—. Solo cuatro sustos más y yo gano.

—Pero según mis cálculos yo ya voy ocho. Y si mi memoria no me falla, el trato era que el que llegue a los diez primeros sustos tenía un helado invitado por tu hermano.

—A fin de cuentas, ¿por qué debo ser yo el que tiene que pagar sus apuestas? — responde Sebastián fingiendo indignación.

—Porque... para eso están los hermanos mayores —indicamos al unísono con Amanda.

Tras el largo saludo acompañado por las risas que produjeron el evento del susto que la pequeña Mandy intentó darme, continuamos juntos el camino rodeando el borde del parque hasta llegar a la parada del autobús. Nunca me canso de las conversaciones y las risas que llegan al compartir momentos con mi mejor amigo y su familia. De alguna forma el ser hijo único me ha permitido apreciar la importancia de personas que pueden entrar en tu vida y se quedan en ella sin pedir nada a cambio. En mi caso, gané un hermano que ha estado para mí en los momentos en que lo he necesitado y una pequeña hermanita que me permite unirme a sus ocurrencias.

Aguardamos unos minutos bajo la parada para resguardarnos de la llovizna que poco a poco va incrementado su fuerza. El cielo ha ido tinturando el gris claro que tenía al salir de mi casa, para convertirlo en una cortina denegrida, acompañada de extraños rugidos que retumban ocasionalmente. Escucho uno a la distancia, y casi puedo sentir el recorrido que hace hasta llegar a mis oídos. Su voz acarrea los parajes que ha viajado y su vibración hace que se me ponga la piel de gallina. Mi cabeza empieza a sentirse pesada. La lluvia siempre ha sido de mi agrado, pero los truenos no tanto.

Siento mis manos frías y sudorosas al subirme al autobús para llegar al centro comercial y mi respiración empieza a agitarse. Mis zapatos no se mojaron tanto, aún así, los siento pesados con cada paso que doy, mientras mis dedos brincan de asiento en asiento para conservar el equilibrio con el autobús en movimiento. Tomo asiento en un espacio que se encuentra disponible. Sebastián y Amanda están tan solo unas filas por delante. Los latidos de mi corazón se aceleran y mis ojos se mueven de lado a lado intentando enfocar la mirada en un punto concreto. El doctor Ramos dijo que el estrés es uno de los factores que han empezado a causarme un poco de ansiedad. Cierro mis ojos y enderezo mi espalda pegándola al asiento. Coloco mis manos sobre mis rodillas y aflojo la tensión que mis dedos han ido acumulado. Doy vuelta las palmas e inicio con las respiraciones.

Uno... Inhalo una pequeña bocanada de aire y la sostengo aguantando la respiración.

Dos... Ingresa la segunda y siento como la mezcla de aromas ingresa por mi nariz, ninguno me reconforta, solamente quiero que esto termine.

Tres... Mi pecho está lleno, lleno de los recuerdos de los últimos días, lleno de incertidumbre, lleno y vacío. Algo le falta, algo me falta...

Exhalo el aire guardado con una corriente suave y continua, como si estuviera soplando una vela. El autobús frena sin ni una gota de delicadeza y pienso en salir de ahí lo más rápido que puedo. Si bien es cierto que los ejercicios de respiración que me recomendó el doctor Ramos me ayudan un poco a para no sentir tan fuerte la opresión en mi pecho, aún no es suficiente para desacelerar los latidos de mi corazón. Me levanto del asiento y me dispongo a moverme hacia la salida trasera del autobús. Paso pegado a los soportes para brazos de los asientos disculpándome con las personas que intentan ponerse de pie. Necesito tomar aliento, necesito un poco de aire fresco. Apenas las compuertas se abren doy un salto hacia la calle. Cierro mis ojos, muevo mi cabeza hacia arriba y tomo una larga y profunda respiración. Está aquí lo que me falta, entre cada latido de mi corazón. Gotas caen en mi frente mientras el frío aire llena mis pulmones. Nuevamente pienso en el ejercicio...

Uno... Inhalo y mantengo la respiración por unos instantes.

Dos... Un poco más, un poco más.

Tres... Casi lo tengo, casi puedo rozarlo con la punta de los dedos.

Exhalo... No lo alcancé.

Abro mis ojos y veo como Sebastián y Amanda bajan del autobús tomados de la mano. Se acercan esquivando los charcos con lodo que, por la premura de mi salida, no conseguí evitar.

—¿Todo en orden? —dice Sebastián aún con su atención en Amanda—. Te ves pálido, bueno más pálido de lo usual.

—Sí, solo necesitaba un poco de aire, el autobús estaba repleto y huele a compañerismo. No sé cómo puedes quedarte dormido entre tanto caos —respondo forzando una sonrisa para cambiar el tema—. En verdad que envidio esa habilidad.

—Es simple, solo cierras los ojos y duermes. Es más, a veces no tienes ni siquiera que cerrar los ojos —responde riendo con una fingida expresión de somnolencia.

Con la distracción de esta pequeña charla que llevo con Sebastián, Amanda aprovecha la oportunidad para tomar impulso y dar un salto al charco más cercano. Escucho el sonido de sus zapatos que chapotean sobre el charco que está junto a mí. El agua salpica a todos los que estamos cerca consiguiendo que varias personas se aparten de nuestro lado, por temor a que la pequeña repita su hazaña.

Finalmente subimos las escaleras de ingreso al centro comercial para dirigirnos a la librería. Por fortuna, a pesar de lo concurrido del centro comercial, la librería por lo general nunca se encuentra abarrotada de gente. De esta forma, nuestra misión ha sido un éxito. Apenas salimos de la librería, rasgo la envoltura plástica del libro para revelar la hermosa portada que con tantas ansias esperaba tener en mis manos. Al fin una nueva aventura distópica de ciencia ficción está a mi alcance y no puedo esperar todas las pláticas que vendrán con esto. Caminamos un poco alrededor de la plaza interior del centro comercial para dar una mirada al resto de tiendas, pero con la firme intención de buscar algo para comer. Mi estómago gruñe recordando el aroma de la sopa que venía de la cocina de mi casa y este momento replanteo mi apuro por venir sin almorzar.

Por fortuna la fila para el puesto de pollo frito no es muy larga y salimos con un par de pechugas apanadas en las manos. Mientras comemos sentados en una banca que encontramos disponible cerca de la entrada del patio de comidas, resisto el impulso de sacar nuevamente el libro para leer por quinta ocasión la sinopsis en el lomo posterior. Lo único que me molesta más que las páginas dobladas son las manchas de grasa y restos de comida sobre un libro nuevo.

Antes de emprender nuestro camino de retorno acompañamos a Amanda a dar una vuelta por la juguetería, donde se aficiona de un conejo de felpa y a la tienda de mascotas para que pueda comprar golosinas para un perrito con el suele jugar. Cuando salimos el cielo continúa nublado, pero la lluvia amainó; tan solo unas pequeñas gotas llevadas por la brisa humedecen nuestros rostros al caminar. No quisiera volver a encerrarme con tantas personas, así que en esta ocasión propongo tomar un taxi, alegando a que no deberíamos andar sin un paraguas en caso vuelva a llover. Por supuesto, el taxi nos lleva de vuelta en la mitad del tiempo que el autobús y decidimos bajarnos en el parque ante la insistencia de Amanda.

—No nos quedaremos mucho rato Mandy, solo un juego rápido y regresamos —dice Sebastián a su hermanita—. Ya se está haciendo tarde y pueda que vuelva a llover.

—Bueno —responde Amanda bajando la mirada y haciendo un puchero—. Solo una vez a las escondidas, pero yo no cuento.

Jugamos piedra, papel y tijera con Sebastián para decidir quién es el que cuenta. Perdí dos veces seguidas así que me dispongo a arrimarme a uno de los postes de madera de los columpios mientras cubro mis ojos con mi antebrazo para empezar a contar.

—Uno... Dos...

—¡Hasta el veinte! —escucho gritar a Amanda—. ¡Y sin trampas!

Terminando la cuenta regresiva siento como una punzada de dolor se aproxima a la parte izquierda de mi cabeza. Me volteo para empezar con la búsqueda y veo el parque completamente vacío. El viento hace que los columpios bailen en un leve bamboleo que hace que sus bisagras metálicas suenen con el movimiento. Hace apenas unos instantes, los colores de los sube y baja lucían de un rojo vivo que incluso en un día nublado irradiaban la calidez de un juego infantil. Sin embargo, su tonalidad ahora ha perdido brillo consiguiendo enfriarse con todo a mi alrededor. La resbaladera, los asientos de los columpios, la escalera china, incluso los arbustos y el pasto palidecen mientras el dolor en mi cabeza toma fuerza con cada segundo que pasa.

Enfoco mis pensamientos en buscar a Sebastián y Amanda y fallo en el intento de ignorar el malestar en mi cabeza. Me llega el aroma del pasto mojado con motas de polvo que se desprenden con mis pasos. Cuando topo la arena húmeda, los zapatos se hunden ensuciándose con el lodo que esta forma a mi alrededor. Otro destello atraviesa las nubes del firmamento alargando el vaivén de las sombras que proyectan los juegos infantiles. Escucho el bramido de un treno retumbar en mi cabeza. Por un momento me detengo y la imagen de un brillante pantano se interpone en mis ojos. Una sustancia espesa cubre por completo mis pies hasta los tobillos y un desconocido efluvio ingresa por mi nariz consiguiendo que estornude. Las barras metálicas y su alfombra de concreto cambiaron su forma por la de árboles enroscados -cuyas ramas se tuercen en intrincadas espirales- y un manto de piedras lisas que brillan cristalinas incluso al encontrarse en el fondo del líquido. Algunas parecen adquirir distintas tonalidades mientras desprenden notas de sonidos al pisarlas, otras se mueven formando lo que en otro tiempo diría que son las sombras de los árboles que me rodean. Finalmente, consigo ver algunas que hacen brotar ondas sobre la superficie, como si estas fueran capaces de gotear desde adentro hacia afuera.

Solo... estoy solo... tengo que buscarlos. Si solo es un juego solo son las escondidas, solo están escondidos, solo hay que encontrarlos, solo así despertaré. Me doy prisa, salgo del terreno viscoso hasta un pequeño claro con tupida vegetación. La hierba se quiebra con mis pisadas, derrochando esquiras que se asemejan a cúmulos de azúcar granulada que cubren la tierra como una pátina de turquesa traslúcido. Los márgenes de las hojas se sienten afilados y sólidos, aunque estas se bambolean con flexibilidad cuando las aparto de mi camino.

Un olor a humo se desprende de una casa que logro ver a la distancia. Apenas una pared de marrón oscuro con un gran ventanal que abre su interior a los ojos curiosos.

Una diadema de tejas rojas adorna su corona y en su interior veo el contorno de su espalda cubierta por sus caireles sujetos en una media cola. Apenas vislumbro el perfil de su rostro, terso y delicado, con sus ojos cerrados, protegidos por sus rizadas pestañas. Contengo la respiración hasta verla exhalar un suspiro. El ruido de lo que pienso son pisadas en unos arbustos cercanos, hace que voltee mi cabeza y al regresar a ver hacia la casa, ya no se encuentra ante mí...

Me volteo para acercarme con prisa al sonido que había escuchado. Doy zancadas para avanzar más rápido. En un inicio el ruido se asemejaba al de un animal agazapado entre matorrales. Sin embargo, con la proximidad noto que más que un cúmulo de plantas, la espesura parece estar compuesta por piedras superpuestas cubiertas por musgo traslúcido. Detengo mi marcha antes de atreverme a posar mi mano sobre el musgo que decora a la extraña vegetación que tengo delante de mí. Aguardo un momento para escuchar algún vestigio del sonido que previamente había escuchado y pongo atención ante el menor indicio de movimiento, solo para corroborar que no haya sido una ilusión producto de los nervios que no permiten que mis manos se mantengan quietas.

Los pétreos arbustos se sacuden dejando caer hilillos de polvo verdoso sobre mis zapatos. Estiro mi mano para posarla sobre la piedra y siento como los músculos de mi brazo se tensan con la fuerza de un calambre. Mis piernas dejan de responderme mientras motas de musgo saltan hacia mi nariz. Un bulto sombrío, una sombra que no es la mía aguarda detrás. Más bien a través de las piedras que, desnudas ya del musgo, adquieren la apariencia de masas gelatinosas. La sombra se estira un poco deformando su apariencia inicial. Vetas de luz desaparecen al entrar en contacto con su silueta, proyectando un halo brillante que dibuja todo su contorno. De alguna manera la luz evita tocarla. Con angustiosa parsimonia la sombra se levanta desdoblando un par de piernas que no conseguía distinguir al estar como un ovillo en el suelo, de la misma forma se puede apreciar el contorno de los brazos y la base de su cuello moldeado como una pequeña joroba. Mi corazón aumenta su ritmo siguiendo los movimientos de la sombra. Mis mejillas se tiñen por el calor que sube a mi rostro cuando mi respiración empieza a agitarse. La sombra voltea su cabeza...

Abro mis ojos y ahogo un grito al verla. No tiene rostro definido, ni facciones que pudiera apreciar. En lugar de ojos se encuentran un par de cuencas vacías, orificios áridos que emanan un vapor blanquecino. Al moverse da la impresión de que la bruma baja por sus mejillas hasta la mitad de un labio partido en dos. Mudo en su centro, las bifurcaciones

se encuentran luchando por abrirse paso entre hileras de dientes que buscan proferir un grito que no llega.

—Devuélvelo —exclama con su voz, fría y gutural una y otra vez—.

Las piedras se zarandean de lado a lado agrietándose mientras la criatura las atraviesa sin esfuerzo alguno lanzándose hacia mí. Caigo hacia atrás preso del impacto de la criatura. Su cuerpo se resbala del mío, está frío y húmedo. Puedo sentir como intenta aferrarse a mi cintura. Grito con desesperación agitando mis brazos mientras me arrastro para poder incorporarme. Mis brazos rozan con las afiladas puntas de las plantas a mi alrededor y un calor baja hasta tocar mis muñecas. Levanto de nuevo mis manos y empujo con fuerza a la sombra para alejarla. Esta intenta gritar de nuevo, pero tan solo un llanto es lo que consigo escuchar. Entre jadeos logro ponerme de pie y mi cabeza da vueltas. El llanto de la criatura se hace más y más intenso, incrementando las punzadas que atraviesan mis sienes. Cierro mis ojos apretando con fuerza los lados de mi cabeza y lo escucho...

—¿Mandy estás bien? —grita Sebastián—.

De inmediato, al escuchar el grito de mi mejor amigo, mis párpados se abren. Veo a Sebastián en cuclillas abrazando a Amanda alrededor de su brazo mientras frota con ternura su espalda. Aún me encuentro en el parque, hace tan solo unos segundos terminaba de contar y recorría el espacio de los juegos infantiles para empezar a buscar a Sebastián y Amanda. Ya no estamos ahí, sino detrás de un banco cerca de la fuente. ¿Cómo es posible? Mis zapatos se encuentran húmedos, pero incluso mi pantalón está mojado sobre las pantorrillas cerca de mis rodillas, como si hubiera saltado sobre un charco o incluso dentro de la fuente. Tan solo fueron unos instantes cuando llegó el dolor. ¿Acaso me quedé dormido?

—¿Qué sucede? —pregunto acercándome a Sebastián—. Este entorna su mirada mientras ayuda a Amanda a pararse. No responde mi pregunta.

—Nos vamos Mandy, no pasa nada —dice enjugando las lágrimas de su hermana con la manga de su chaqueta—.

Ambos se alejan ignorando mis palabras. Sebastián ni siquiera voltea a ver. Aún mi cabeza me pesa, pero al fin el dolor empieza a amainar. No entiendo por qué se asustó, no entiendo por qué Sebastián se fue sin hablarme. Creo que no podré olvidar la mirada de la pequeña y sus ojos llenos de miedo.

Los destellos luminosos que cubrieron mi visión al entrar en contacto con la caja empiezan a menguar su lumbré tan pronto como llegaron. Aún siento el cosquilleo que

baila en cada uno de mis dedos, con el vestigio del calor que los recorría mientras las imágenes de mi memoria recuperaban su brillo. Ahora sé que Sebastián tenía la razón, que soy yo el que debe disculparse, con él, con Amanda. Todas las personas tenemos una piedra de toque, algo que se encuentra amalgamado dentro de lo más profundo de nosotros, en aquellos espacios que no son tan transitados y en ocasiones puede convertirse en el motor que nos impulsa a lo largo de nuestros días. Son sensaciones tan intensas que a pesar de que nuestros recuerdos pierdan claridad o hasta su lucidez, el sentimiento perdura. Para Sebastián, su familia; para mí en estos momentos, la memoria de un sueño.

Mi corazón está intranquilo. Una gota de sudor frío desciende desde mi frente hasta detenerse al borde de mi labio. De manera inconsciente abro un poco mi boca y la saboreo con la punta de mi lengua. Recuerdo que las primeras sesiones con el doctor Ramos fueron a causa de mi falta de sueño. Mi madre se encontraba preocupada por las ojeras que empezaron a desarrollarse con mayor profundidad alrededor de mis ojos. En las mañanas por lo general me sentía cansado, a punto de quedarme dormido mientras desayunaba. El colegio se volvía eterno, las voces de los profesores durante las clases se amortiguaban como si una capucha de espuma cubriera mis oídos y el tiempo parecía no transcurrir. En aquel entonces, aunque han sido un par de meses apenas; las recomendaciones partían desde ejercicios de respiración hasta la desconexión de aparatos electrónicos por algunas horas antes de dormir. El único consejo que no seguí ya que, en mi caso, debido a mi gusto por los libros, se encuentra contraindicado, fue el de dedicar la última hora de manera exclusiva a la lectura.

Por otro lado, un té caliente de valeriana ha conseguido llevarme a la cama en menos de una hora. Entonces después de anhelarlo con ansias, la despedida del insomnio trajo consigo los sueños... Parajes vivos llenos de atardeceres, aguas en calma en cristalinas sendas que recorren desiertos de sal. Todos sus colores tomaron fuerza y al despertar aún se mantenían vívidos y frescos en mi memoria. Es irónico que mi terapia para dormir se ha transformado en maneras de evitar que eso me suceda mientras me encuentro despierto. Eso fue lo que vi en el parque, eso fue lo que viví en el parque. Ahora que lo pienso con mayor detenimiento, eso es lo que siento cuando el dolor llega, el momento en que los tonos del día dejan de ser opacos y la opresión en mi pecho parece que fuera a perder el control. Donde las sombras se mueven por sí solas e intento recordar aquella pieza que parece encontrarse ausente.

La luz siempre se mantuvo escondida entre las nubes del firmamento. Mi mano, que se encontraba cansada por el peso de la caja, se relaja un poco, como si aquella carga

se hubiera vuelto más ligera. Tan solo unas cuadas más y llegaré a casa. Mi cabeza se ha vuelto un intrincado laberinto de pensamientos que creía se encontraban inconexos, pero no puedo evitar preguntarme si tan solo no puedo recordar las uniones de todos ellos. Si entre mis sueños puedo hallar lo que daría sentido a lo que me encuentro experimentando. Al aproximarme a la intersección de la calle, el sonido de la bocina de un carro me saca de las cavilaciones que mantenía conmigo mismo. Por fortuna, en esta ocasión, no fue uno de los desvanecimientos, aun así, debería prestar más atención al andar. Verdaderamente no quiero que mamá se preocupe, y un titular con la muerte de un chico atropellado por un camión ya ha sido algo que hemos visto recientemente. Al doblar la esquina luego del paso peatonal solamente resta subir hasta la entrada de mi casa a mitad de la calle.

A pesar del aligeramiento en el peso de la caja, la última cuadra se vuelve muy extenuante. No solo mi mente quiere un poco de descanso, sino mi cuerpo se siente rígido y lento. Paso mis dedos entre mi cabello para rascar un poco mi cabeza. El contacto es tibio y húmedo y puedo sentir como se rizan un poco los mechones aledaños a mi frente. En un día normal, la inclinación de la pendiente es apenas perceptible; sin embargo, en esta tarde la fatiga empieza a doblegarme. Cubro mi boca por el bostezo que empieza a escaparse y apresuro mis pasos para llegar a mi casa. Veo que las cortinas no se encuentran corridas y ya no falta mucho para el anochecer; lo que me indica que al menos uno de mis padres se encuentra en casa. Sabía que mamá estaría al llegar, pero me sorprende ver el carro de mi padre estacionado en el parqueadero ya que usualmente llega pasadas las ocho de la noche.

Trazo los últimos pasos hacia la puerta de entrada y deposito la caja juntamente con las bolsas de las compras en el suelo para buscar mi juego de llaves. Reviso cada uno de los bolsillos de mi pantalón y los compartimientos externos de la mochila que llevo en la espalda sin conseguir encontrarlo. Decido rendirme en la búsqueda para evitar sacar las cosas de mi mochila y a su vez aprieto el botón para sonar el timbre. Espero un momento sin obtener respuesta antes de volver a presionarlo. Por fin aparece una voz proveniente del citófono que corta el silencio que hasta el momento había acompañado mi camino de regreso.

—Si buenas tardes, ¿quién es? —indica la voz de mi madre, distorsionada por la estática—.

—Ma, soy yo —respondo mientras vuelvo a cargar con las cosas—. Ábreme, ya vine con las compras.

Escucho el timbre electrónico que indica que la entrada ya se encuentra abierta. Ingreso atravesando la puerta y dejo que esta se cierre detrás de mí teniendo cuidado de no topar por equivocación con la funda del florero que se encuentra cerca de la entrada. Mi madre me recibe en la estancia con una mirada serena de bienvenida.

—¿Cómo te fue? —pregunta mi madre iniciando su habitual cuestionario de llegada—. ¿No olvidaste nada?

—Todo en orden ma, solamente estoy un poco cansado. Y no, no olvidé nada —respondo torciendo un poco los ojos mientras esbozo una corta sonrisa—. Tengo todo, el café, los desechables y con el vuelto me compre un chocolate y unas papitas.

—Gracias mijo, como andas con la cabeza en las nubes y ya mismo tienes las pruebas de ingreso, me preocupa que no te estés sintiendo bien —dice suavizando su mirada—. Por favor ve a dejar las compras en la cocina.

Deposito la caja de madera sobre uno de los sillones de la sala y la cruzo rápidamente para llegar a la cocina. Me acerco a la pequeña mesa de madera que solemos utilizar para desayunar. De hecho, acostumbramos a utilizar esta mesa para cada una de nuestras comidas y la del comedor solo en ocasiones especiales o cuando tenemos visitas en la casa. No me agrada ver sus ojos llenos de preocupación, de alguna forma siento que estoy fallando. Nunca he dado que hacer a mis padres, y el no saber a ciencia cierta qué es lo que me está pasando los llena de incertidumbre. Quiero demostrarles que estoy bien, que estaré bien con la ayuda del doctor Ramos o de mis amigos. Pero las recomendaciones y sesiones con el psicólogo solo han fomentado más dudas en lugar de ayudarme a encontrar respuestas y la distancia con mis amigos se vuelve un impedimento para hablar de mis inquietudes. El ver la imagen de aquella chica dentro de mi mente calma mi corazón, pero el saber que está en otro lugar, un lugar tan alejado que solo lo puedo encontrar dentro de mis pensamientos, hace que la soledad se apodere de mí. Ese lugar es el que comenzó con mis problemas, pero no llegar a él me asusta aún más que la posibilidad de que desapareciera por completo y todo volviera a la normalidad.

Lleno un vaso con refresco y tomo la bolsa de papitas que compré en la tarde. Regreso hacia el recibidor y subo los primeros escalones para dirigirme a mi habitación.

—Cierto mami, me encontré con Sebas y dijo que su mamá va a venir hoy a la casa para el café —le digo a mi madre antes de seguir subiendo por las escaleras—.

—Lo sé mijo, por eso te pedí que me traigas las cosas, hablé con ella en la mañana. Y un favor, no dejes tus cosas tiradas, llévate esto contigo —reclama mi madre señalando la caja de madera que había dejado cerca de la puerta de entrada—.

—Pero si es tuyo mami —respondo un tanto confundido mientras la veo dirigirse de inmediato a la cocina—. Si bien es cierto que he olvidado algunas cosas, como el incidente con Amanda, recuerdo con nitidez que Clara mencionó que la caja había llegado por encargo de mi madre.

No obtengo respuesta de su parte y prefiero evitar que me regañe, así que al subir llevo la caja conmigo. Cuando la observé por primera vez en la tienda de abarrotes, su simpleza fue la impresión predominante que me llevé de ella. Se encontraba completamente lisa hasta el instante en que las sombras la revistieron momentáneamente con los grabados y patrones repujados. Todo lo que vi, todo lo que escuché, todo se sintió tan vivo, tan genuino como las imágenes de la realidad. Coloco la caja sobre la cama, me siento a su lado cruzando las piernas en una posición de loto y empiezo a observarla con detenimiento. Todavía conserva el mismo tono y las vetas irregulares que se dibujan sobre la madera. Sin embargo, paro en seco al observar un detalle que no se encontraba presente horas atrás... Próximo al orificio que actúa como cerrojo donde debería entrar la llave, unas marcas oscuras denotan espacios con siluetas de flores.

Ya entrada la tarde, un poco antes del ocaso, la madre de Sebastián llega a mi casa. Después de saludarla decido regresar a mi habitación para no importunar la larga conversación que seguramente mantendrá con mi madre. Mejor despejo un poco mi mente dedicando mi atención al libro que estoy leyendo para hacer un poco de tiempo hasta que se vaya.

Incluso después de terminar con la bolsa de papitas fritas y el refresco, mi estómago aún no se queda conforme y hace ruidos en señal de protesta. Por fortuna consigo escuchar el sonido de la puerta abrirse, lo que me indica que la madre de Sebastián ya partió para su hogar. Salgo de mi habitación aún con el libro en mano y los restos de bocadillos para depositarlos en la basura. Casi de manera simultánea, mi padre sale de su habitación sujetando un contenedor vacío. Creo que ha tenido la misma idea que yo y por supuesto el hambre también ya le debe estar haciendo efecto. Bajamos juntos y encontramos a mamá recogiendo las tasas del café que se sirvió con la madre de Sebastián. Al verla, tanto mi padre como yo nos disponemos a ayudarla con los platos que aún quedan en la mesita de centro de la sala.

—Deja eso ahí mi amor —dice mi padre tomando una de las tazas de las manos de mi madre—. Ya nosotros nos encargamos de recoger lo que falta.

—Gracias a los dos, pero con eso que han comido ya no deben estar balando de hambre, ¿o sí? —contesta mi madre al ver los restos de golosinas que llevamos con nosotros—.

—¡Sí, por eso bajamos mami! El café huele delicioso —digo haciendo una profunda respiración para sentir su aroma—. Ya sabes que un tarro de canguil nunca va a ser suficiente para mi pa y una funda de papitas fritas para mí tampoco.

—Oye mijo y de qué tienes ganas para la merienda —me dice mi padre tras escuchar el comentario—.

—Hay un poco de pollo al horno que sobró del almuerzo —interviene mamá—.

—Mijo anda a ver si aún tenemos tortillas y nos hacemos unos taquitos.

—Sí pa, sí hay, ya saco el ajicito también —respondo después de abrir la alacena—. Tomo la funda de tortillas, el ají y se me ocurre rallar un poco de queso para acompañar a los taquitos. Mi padre toma las presas de pollo y las desmenuza haciendo pequeñas hilachas. En un principio se queda mirando la piel del pollo con cierta duda en su mirada, pero también la corta y la pone con el resto de la preparación.

Mi madre coloca los utensilios para dos personas, toma asiento en la mesa del diario y exhala un cansado suspiro.

—Mija, ¿no vas a comer con nosotros? —le pregunta mi padre—.

—No mi vida, coman nomás ya con el cafecito que tomé es suficiente para mí. Además, la conversación me dejó un poco cansada.

—¿Pasó algo? —pregunta mi padre mirando a mi madre con curiosidad—. ¿Necesitaba algo María Helena?

—Solo el número del doctor Ramos, quiere ver si lleva a Amanda porque no lo ha pasado bien desde que su amiguito de la escuela falleció. Puedes creer que va todas las tardes al parque porque su animalito aún va a verla —responde mi madre con los ojos llenos de lágrimas—.

Tras la merienda comparto tiempo con mis padres viendo una película juntos antes de dormir. Como de costumbre, mi padre se queda dormido en la primera media hora. Permanezco pensando en lo que comentó mi madre, en cómo ese animalito sigue jugando con Amanda día tras día. Aún con la falta de su amo, de alguna forma, el pequeño lo lleva consigo o tal vez aún no se ha percatado de su partida. Cerca de la media noche, mis padres van a su cuarto y, de la misma manera, yo voy al mío para descasar. Estos pensamientos me acompañan a lo largo de la madrugada antes de conciliar el sueño. Si alguien puede olvidar una pérdida, ¿será posible que también se pueda olvidar un

encuentro? Mañana es feriado, así que pienso ver si el perrito también esperará por Amanda, quizá Sebastián la acompañe como esta tarde y pueda hablar con él para arreglar las cosas.

Mi cuerpo se mueve de lado a lado por la cama. Estiro las piernas sintiendo en mis dedos la sensación fresca de las sábanas que se abrigan lentamente con cada una de mis vueltas. Al final retiro uno de mis pies del interior de la cama mientras giro para abrazar una de mis almohadas hasta quedarme dormido. Poco a poco las imágenes del día toman posesión de mi conciencia. Salgo después del desayuno con mi madre calle abajo, escucho el sonido de mis zapatos en los charcos de agua y siento el aroma del pan recién horneado cuando pasamos junto a la panadería. Los colores del cielo despejado de la mañana que, durante el transcurso del día, se difuminaron con los matices de las nubes que trajeron consigo el lamento de la tormenta y los recuerdos que llegan a bocanadas en los vacíos que dejan agitados suspiros. Una bocanada pinta el firmamento de caoba como la caja que aguarda en mi velador. Una segunda bocanada trae la mirada de Amanda y el aroma del café de la tarde, por último, una tercera llega con cristalinas flores que decoran su hermoso cabello trenzado que cae serpenteando alrededor de su cuello para darle un colorido contorno a la silueta de su rostro.

El café de su aroma, el café de sus ojos que me quitan sueño, se pierde con la caída de un baño de crisantemos rosados que se posan a su alrededor. Todavía con sus ojos cerrados, toma uno con su mano y lo acerca cuidadosamente a su nariz para sentir la dulzura de su olor. Apenas logran los pétalos rozar sus labios, pero aquel roce basta para darles el rubor del aliento de su amanecer. Se hace un pequeño ovillo florido casi llegando a juntar el borde de su quijada mientras abraza sus rodillas. Deja de tener piel para quedarse cubierta de hojas, las curvas de su cadera se vuelven ramas que se enroscan en un delicado tronco. Echa raíces al suelo con su cabellera y sus brazos se elevan buscando el calor de las estrellas. La madera se vuelve brillante y su cuerpo se cubre del reflejo del cristal. Me encuentro cerca observando aquel inmenso arupo florido, cuya cumbre parece danzar con la brisa nos rodea. Es entonces cuando la tierra tiembla fragmentando todo a nuestro alrededor. Veo como sus pétalos caen uno tras otro volviéndose polvo fértil que riega el suelo. Trato de tomarlos entre mis manos mientras me acerco dando grandes zancadas hacia el árbol. Un dolor profundo golpea mi pecho y cálidas gotas se resbalan por mis mejillas...

El timbre de la alarma del despertador hace que abra mis ojos. Despego la cabeza de la almohada que se encuentra un poco húmeda. Ya con los ojos abiertos, todavía puedo

sentir el tacto de las hojas sobre mi piel. Apago la alarma y veo que son las seis y media de la mañana. Por supuesto olvidé reprogramarla para que suene más tarde antes de irme a dormir. Una vez que despierto, no es común que vuelva a dormirme de inmediato, y ahora cargo con la consecuencia de levantarme temprano en un feriado.

Por fortuna, el reloj biológico de mis padres no es selectivo entre los días de la semana, fines de semana y días festivos, así que siempre se encuentran desayunando a la misma hora. Me quedo recostado en la cama observando los nuevos labrados de la caja unos minutos hasta cuando escucho que la puerta de la habitación de mis padres se abre y entonces siento sus pasos por las escaleras. Esa es mi señal para desprenderme de las cobijas, ponerme un par de medias y bajar por algo de comer.

El tiempo palidece en su ritmo en los días libres. Usualmente, cuando me encuentro inmerso en el trajín de las actividades diarias, tiende a apresurarse y su transcurso pasa casi desapercibido. Sin embargo, en un día festivo los minutos parecen incluso tener un letargo que me hace desear la calidez de mi cama. De esta manera paso gran parte de la mañana esperando que llegue el almuerzo para luego salir por la tarde a corroborar la historia que mi madre nos contó la noche anterior. El clima afuera es tan irregular como suele serlo en estas épocas del año. Las mañanas inician húmedas y frías con la neblina ensombreciendo los caminos. Cuando miro por la ventana, solo puedo distinguir una danza de motas de luz titilantes que poco a poco empiezan a desaparecer entre la bruma. Sin embargo, conforme el calor de la mañana empieza a tomar su postura, las nubes son ahuyentadas por el abrazo que el sol intenta brindarnos. Aún así, tanto el cielo despejado como la visibilidad del panorama no son más que gratas ilusiones que buscan sacar sonrisas y liberar itinerarios antes que la lluvia nos haga regresar al calor de nuestros hogares.

Antes de salir de mi habitación me acerco hacia la ventana y miro nuevamente hacia el exterior. El cielo continúa despejado, pero alcanzo a divisar un pequeño indicio de blanco difumado entre el azul claro que se pierde en el horizonte. Es lo que mis padres llamarían un sol de aguas. Desde la noche anterior no he dejado de pensar en las hojas de las plantas, en como las flores se mantienen dormidas envueltas en sus capullos antes de entregarse libres hacia el exterior, en como ahora son sus siluetas las que se encuentran dibujadas en la caja, en cómo un árbol florece ahora dentro de mis sueños y en cómo me pidieron que encuentre el aroma de una flor... El reloj indica que ya se aproxima la hora del encuentro, así que me apresuro tomando una chaqueta y una bufanda para colocarlas

dentro de mi mochila. Paso por la sala, tomo las llaves y unos caramelos que coloco dentro de mis bolsillos y salgo de mi casa.

Esta vez no pienso demorarme tanto, así que, con la esperanza de que la tarde se mantenga despejada al menos por unas cuantas horas, no tomo el paraguas y en su lugar saco la bicicleta del garaje de mi domicilio. Me subo con un impulso mientras uno de mis pies se mantiene en el pedal y empujo hacia adelante. Al pasar por la verja de entrada de la casa dejo que sea la gravedad la que me lleve consigo bajando por la calle hasta llegar a la esquina. Siento como el aire pasa alrededor y se forma un nudo en la boca de mi estómago por la velocidad de mi trayectoria. Voy por el camino de siempre y no tardo mucho en llegar a la calle de la casa de Sebastián. Lo pienso mejor y vuelvo a rodear el camino del parque para que en caso de encontrarme con él no dé la impresión de ser insistente para tratar de arreglar las cosas. De hecho, incluso ahora que lo recuerdo, no sabría cómo explicarle lo que me sucedió. Al menos me gustaría que Amanda vuelva a sonreír cuando nos volvamos a encontrar.

Me aproximo pedaleando hacia el interior del parque y atravieso hacia el otro lado cruzando la zona de la fuente. Esta vez no hay lluvia, no hay brisa y los juegos no se ven en calma por la cantidad de niños que se encuentran dándoles buen uso; sobre todo no hay pantanos ni sombras, ni hojas de cristal. Mi respiración empieza a agitarse por el ejercicio, así que bajo de la bicicleta y tomo asiento cerca de los arbustos que se encuentran por uno de los lados de la fuente. Espero un poco mientras recobro el aliento. Una familia pasa frente a mí, todos vestidos con atuendos deportivos. Escucho las risas del niño que ondea una rama mientras intenta hacer una floritura de una imaginaria espada bajo la constante vigilia de su madre. También está la rabieta que la niña hace a su padre a la vez que tira fuertemente del borde inferior de su camiseta, y la mirada amable pero firme del padre que explica a la pequeña la razón de su negativa. Vuelvo a observar al niño que no deja de blandir la rama ante la invisible presencia de sus enemigos cuando una pequeña mota peluda atraviesa por sus piernas evitando por poco un golpe en su lomo.

Lo veo dar un saltito hacia un lado exaltado con el fallido impacto mientras emite un agudo ladrido. Con el sonido del animal, el niño se percata de su presencia y suelta la rama que cae a sus pies. Agacha la mirada y se inclina un poco hacia adelante doblando sus rodillas para igualar la estatura del perrito.

—Lo siento —dice el niño estirando sus brazos hacia el animalito—. Ven aquí.

El perro acerca su hocico para olfatear los dedos del niño, sin embargo, antes que termine de estirar los dedos y posar su mano para conseguir acariciar su cabeza peluda,

el perrito frunce la nariz y enseña los dientes mientras gruñe con irritación. De manera inmediata tras escuchar el reproche del animal, el niño retira su brazo y se incorpora junto a su madre.

Por unos instantes el perrito se mantiene atento a los movimientos del niño ignorando al resto de personas en el parque. Su mirada queda prendada, estática sin ningún atisbo de parpadeo con cada uno de los pasos, como si el vaivén de uno de los cordones desatados de las zapatillas del muchacho emitiera un sonido que ningún otro ser se permite escuchar. Por fin sus ojitos se cierran en un parpadeo y su nariz no ha dejado de moverse con el suave compás de su respiración. No puedo saber lo que su olfato puede apreciar o si en algún lugar, aquellos cordones desatados son llevados por la persona indicada. Su blanco pelaje parece flotar con el bamboleo de sus patitas cuando camina con su cola moviéndose de lado a lado como una pequeña cascada o un pom pom aterciopelado. Se nota que hasta ahora está muy bien cuidado, y que a pesar de que su dueño ya no se encuentra con él, sigue recibiendo las atenciones y el amor de su familia.

Las vetas blanquecinas que en la mañana tinturaban el firmamento como algodón difuminado, adquirieron fuerza conforme el tiempo consumía el paso de la tarde. Con parsimonioso encanto las nubes formaron cúmulos adquiriendo la forma de figuras que a los niños les encanta sugerir gracias a su vívida imaginación. El sol se opaca por el tránsito de una pesada nube que ya no tiene la impresión de mantenerse pasajera. Sol de aguas... esa expresión regresa a mi mente con la premonición de una nueva tarde lluviosa. El perrito regresa a la ruta que mantenía antes del encuentro con el niño. Da la impresión de que sabe hacia dónde se dirige por la seguridad que lo acompaña en su caminar, solamente se detiene de vez en cuando, alzando su cabecita hacia uno de sus lados para luego continuar con su marcha. Al llegar a la fuente da un salto hacia el borde terminando su maniobra con suma destreza. Buscaba saciar la sed que vino con su larga caminata, entonces bebe un poco del agua de la fuente. Después de pasar su lengua relamiendo sus barbas mojadas se recuesta y permanece con la mirada fija hacia su lado derecho. No veo ninguna señal de Amanda, su abuela o de Sebastián. Imagino que aún quizá el horario de su visita al parque cambió porque no es un día regular de clases. Casi lo había olvidado, pero hoy es un día festivo. Es posible que toda la familia haya salido de viaje o decidieran pasar juntos el día, en cuyo caso Amanda obviaría su visita de juegos en el parque.

Me quedo sentado observando al animalito que alza la mirada ocasionalmente hacia la dirección contraria a la que me encuentro. Lo sabe, sabe el camino por el que Amanda debería llegar. Me levanto para acercarme hacia él, de pronto recuerdo la

reacción que tuvo con el niño, así que freno el impulso de intentar acariciarlo y en vez de eso, tomo asiento en uno de los bancos de madera que se encuentran alrededor de la fuente. Me pregunto cuánto tiempo permanecerá ahí esperando por la visita de Amanda, y si aún en los fines de semana hace el mismo recorrido con la posibilidad de jugar un momento con su amiga. Por lo pronto, me quedo esperando a la distancia, quizá solo aguarde hasta que empiece a llover.

Los ruidos del parque me distraen, más no así al pequeño peludito que permanece en su autoimpuesta vigilia. Mi estómago emite un gruñido, giro mi muñeca para ver el reloj; ya ha pasado un poco más de una hora. Debo admitir que la paciencia nunca ha sido una de mis virtudes. En tiempos largos de espera, me parece que los minutos no trascurren con normalidad. Mis párpados empiezan a sentirse pesados y un largo bostezo sale de mis pulmones. Cierro un momento mis ojos permitiendo que sean los sonidos de mi alrededor los que compongan la imagen que mi vista ahora no puede apreciar. Escucho el tumulto de voces con palabras que se sobreponen unas con otras perdiendo el sentido, escucho los pasos en sucesiones fuera de orden que se vuelven retumbos en el concreto asentado, escucho rebotes de pelotas, gritos y llantos; pero en el fondo de todos ellos un susurro, el débil suspiro del perrito seguido por un tierno gemido.

Abro mis ojos y veo como la sombra de una nube serpentea cubriendo los espacios que dan forma a la fuente. Su recorrido, en un principio lento y en calma, paulatinamente toma velocidad orbitando alrededor de esta hasta convertirse en una única línea negra que da vuelta a su contorno. El perrito se incorpora y de un salto baja hacia el concreto pisando el oscuro anillo que ahora se encuentra en el borde externo de la fuente. Dejo de escuchar las risas, los pasos y las voces, solo encuentro sonidos en el movimiento de la cola del animalito, en sus gestos, en su respiración. Mis ojos están muy abiertos y es ahora mi cabeza la que tomó prestada su pesadez. Luciérnagas luminosas parecen desprenderse de la luz vespertina, deambulando hasta posarse sobre las gotas de agua que escapan del interior de la fuente. Para mi sorpresa estas no llegan a topar el suelo, más bien lo hacen, pero sin conseguir humedecerlo. Mantienen su consistencia imbuida por el titilar de las luciérnagas mientras se agrupan en la forma del cuerpo de un niño.

—Ya está tarde, hoy no va a venir y mamá nos regañará si nos coge la lluvia— escucho que alguien le dice al perrito. La figura se agacha y en un ademán de caricia, frota sus palmas alrededor de la cabeza del animalito. —Vámonos...

El niño se pone de pie y el perrito lo sigue pegado a sus piernas mientras se dirigen por el camino que habían tomado para llegar. Los sigo con la vista hasta que se encuentran

justo frente a mí; el niño parece notarlo y para un momento. Ambos cruzamos miradas y un escalofrío me recorre la espalda. El niño sonríe y se agacha para ponerse en cuclillas acariciando de nuevo al perrito. Entre sus dedos una mota de lana se desprende moldeando una flor que deposita en mi delante.

—Su recuerdo —dice volteando la mirada y retomando su camino— Y el mío.

Cuando lo veo salir del parque las voces de las demás personas vuelven a tomar fuerza. Regreso a ver a la fuente y se encuentra como lo estuvo hace apenas unos minutos... Sin su anillo sombrío, sin gotas de luz. Estiro mis brazos para tomar la flor compuesta por las lanitas del perrito. En mis manos, su tacto deja de ser suave y peludo. Una rápida sucesión de imágenes se amontona de golpe en mi memoria: calles mojadas y charcos en las veredas, listones floridos y cajas vacías, una camiseta, un zapato y el sonido de un camión. La flor toma firmeza entre varios suaves matices, su peso se mantiene intacto hasta finalmente aparecer como un ornamento de cristal. Una flor de pensamientos blancos de cristal.

La flor luce igual de delicada que las anteriores. Los colores purpúreos que adquiere cuando la escasa luz del sol toca sus bordes perlados se refracta a su alrededor, generando una ilusión de aparente maleabilidad por sus contornos. Giro el adorno tomándolo del tallo. Siento un ligero mareo ante la combinación de luces que danzan frente a mí asemejándose a un caleidoscopio. A pesar de su apariencia fina y delicada sé que no le ocurrirá nada ante una caída o si la guardo dentro de uno de mis bolsillos. Creo que la fuerza de los recuerdos es suficiente para que las memorias del animalito no se deterioren, especialmente si lo mantiene vivo constantemente con la compañía de su amo.

Tras haber mantenido la misma postura por algún tiempo, mis piernas sienten un hormigueo recorriéndolas por completo. Muevo los pies juntamente con las articulaciones de las rodillas de arriba abajo para desentumecerlas. Al cabo de un momento ya siento su movimiento con normalidad, por lo que con una de mis manos como apoyo, tomo impulso para ponerme de pie. Me agacho para tomar mi mochila y colocarla sobre mi hombro. Escucho el tintineo y siento la vibración proveniente de su interior que, tras una secuencia de tres repeticiones se detiene. Abro la mochila hurgando en su contenido hasta hallar mi teléfono móvil. Lo tomo y deslizo mi dedo pulgar hacia abajo para observar las notificaciones de mensajes recientes. Ninguno de mis amigos, solo puedo observar el más reciente que envió mi madre. <<Hijito, no te demores mucho que debemos ir a recoger los papeles de la oficina del doctor Ramos para el trámite de los exámenes de ingreso de la universidad>>. No me tardo mucho en llegar a casa después de salir del parque si tomo

la misma ruta que utilicé en el camino de ida. Solo la última parte del trayecto, la cuesta que llega a mi casa, hizo que tarde un poco en el camino de regreso. Por desgracia mi bicicleta no cuenta con cambios de marcha, así que no importa cuánto pedalee en las subidas, esta no avanza como a mí me gustaría. A pesar de la lluvia que arreció mientras retornaba, prefiero bajar y hacer a pie este último tramo.

Llego a casa y apenas cuento con el tiempo suficiente para secarme un poco, cambiarme de ropa y dejar mis cosas tiradas en la cama por lo que mis padres me indicaron que me apresure para ir al consultorio del doctor Ramos. Honestamente, me sorprende que se encuentre atendiendo pacientes en un día feriado. Si bien es cierto que muchos proveedores del área de la salud dan la impresión de que cuentan con un sentido de abnegación, he considerado que este no es necesariamente el caso y llegado a cierto punto en el recorrido de sus carreras profesionales sus juramentos empiezan a flaquear hasta volverse vestigios de una vocación pasada. El doctor Ramos es joven y aún mantiene intacto el gozo de hacer todo lo posible para ayudar a sus pacientes. Me dirijo un momento a la cocina para tomar una de las barras de chocolate que me sobraron de la compra que realicé en la tienda el día anterior antes de salir por la puerta trasera hacia el garaje de la casa. El vehículo ya se encuentra encendido y mis padres ocupan los asientos delanteros. Ya he asistido a algunas consultas con el doctor Ramos y por fortuna en esta ocasión solamente iremos a retirar documentos. Solo espero que mis padres no se tomen su tiempo conversando con el doctor y podamos salir pronto de ahí. Los consultorios, hospitales o capillas vacías son lugares donde todas las cosas parecen encontrarse inmaculadas entre corredores y decoraciones colocadas, y el silencio se vuelve más pesado que los ruidos del exterior, por lo que siento incomodidad incluso para expresarme. Veo el perfil de mi madre y mi mano siente el frío de un objeto a mi costado. Dejo el instante donde me encuentro, me veo dormido con mi madre en vigilia por la puerta de mi habitación. Veo a mi padre con sus brazos alrededor de ella. Veo a mi madre con lágrimas en sus ojos mientras observa nuestras fotografías. Una nueva flor de cristal se encuentra ahora mis manos, un Nomeolvides tal como esperamos que mi madre nunca nos pueda olvidar.

El automóvil arranca y sale del espacio cubierto en la cochera. La lluvia cae fuerte y los vidrios empiezan a empañarse por el contraste del calor humano que abriga el interior y el frío de las gotas que no permiten que las plumillas del carro tengan descanso. Permanezco en silencio por la mayor parte del camino dejando que la música y el sonido

de la lluvia sean quienes acompañen la conversación de mis padres. Normalmente suelo ser más expresivo y el verme envuelto en una plástica nunca ha supuesto un problema para mí. Sin embargo, en situaciones como esta, donde vamos a un lugar que no es enteramente de mi agrado, mi mente prefiere deambular entre pensamientos para aligerar el paso del tiempo que supone una fuente de estrés para mí. En la medida de lo posible, mis padres son muy comprensivos y me dan mi espacio cuando es necesario. Por supuesto, esto ha tenido un límite desde que empezaron los episodios de falta de sueño y posteriormente de los desvanecimientos y tuvimos que buscar la ayuda del doctor Ramos. La congestión vehicular en los días lluviosos nunca es buen colaborador cuando se quiere hacer las cosas pronto. Parece que, al contrario de lo que se creería, las personas prefieren salir en medio de un aguacero para matar el tiempo en centros comerciales.

Mi padre coloca su vehículo en la calle frente a la casa donde el doctor Ramos tiene su consultorio. Es una casa de un solo piso, cuyo terreno se encuentra enmarcado por una cerca.

—Anda con tu mami, no vale que vaya sola —me dice mi padre—.

—Está bien ¿Si trajeron paraguas? —respondo asintiendo con la cabeza como un acto reflejo desde el asiento posterior, aunque no sea capaz de verme —.

—No te olvides de la bufanda y ponerte la capucha —indica mi madre regresando a ver hacia el asiento trasero mientras extiende su brazo y me pasa un paraguas—. Lo tomo sin bacilar observando como las ligeras gotas que caían de pronto, se tornaron en un fuerte aguacero.

Al escuchar el sonido de los seguros del auto accionarse me deslizo por el asiento hacia el otro lado del vehículo. Abro la puerta con una mano mientras saco el paraguas e intento desplegarlo con la otra para no mojarme al salir. No logro hacerlo con la destreza suficiente para evitar que mi brazo izquierdo se humedezca hasta la altura del hombro. Junto a mi madre pasamos por el camino adoquinado de la entrada que se encuentra delimitado con varias macetas que tienen arreglos florales. Me detengo un momento cerca de la puerta principal del consultorio para contemplar un arreglo que tiene cinco pensamientos lilas con vetas amarillas combinados con un gran lirio rosáceo. Mi madre toca el timbre y sin demora la secretaria del doctor nos abre la puerta. Ingreso al consultorio junto a mi madre y dejo los paraguas en la parte exterior para no empapar la entrada. Por fortuna un rodapié de bienvenida se encuentra en el ingreso donde secamos nuestros zapatos antes de seguir a la secretaria a la mesa de recepción.

—Buenas tardes, me podría ayudar por favor con los documentos que dejamos para que llene el doctor —comenta mi madre a la secretaria mientras acomoda la cartera sobre la mesa—. Son los papeles para la beca.

—Sí, aquí los tiene —responde la secretaria entregando un sobre manilla cerrado a mi madre—. Ella guarda el sobre en su cartera y regresa a verme con afán de salir del consultorio.

—Por favor tomen asiento unos minutos en la sala de espera —dice la secretaria—. El doctor Ramos me indicó que quiere hablar con usted un momento.

—Claro, permítame le indico a mi esposo para que venga del automóvil —mi madre asiente con su cabeza y se dispone a tomar asiento en el sillón que se encuentra junto al mío. Toma el celular de su bolsa y marca el número de mi padre. Al cabo de unas cuantas timbradas, la voz de mi padre se escucha por el altavoz del teléfono.

—¿Mi amor que pasó? —pregunta mi padre a través del entrecortado sonido—.

—Ven que el doctor quiere hablar con nosotros —dice mi madre mientras se acomoda un mechón de cabello detrás de su oreja.

Aunque las sesiones que he mantenido con el doctor Ramos me han permitido descargar un poco de las emociones que he tenido guardadas, no me agrada la idea de permanecer en el consultorio más de lo necesario, especialmente con los recuerdos y las flores que encontré en estos últimos días. Me siento nervioso y he llegado a pensar que todo lo que me ocurre no son sueños simplemente sino recuerdos. Pequeños fragmentos e imágenes que se encuentran ahí solo para leerlas. Mi padre ingresa al consultorio y se acerca a nosotros dejando un camino de agua que sigue brotando de su chaqueta mojada. Mi madre al verlo aparta un lugar junto a ella indicando con unos toques de su palma abierta que tome asiento. Al cabo de unos minutos la secretaria deja de oprimir las teclas de su monitor y se levanta de su puesto en la recepción.

—El doctor Ramos terminó su consulta —nos dice con una amable sonrisa señalando la dirección de la oficina del doctor—. Dicho esto, me levanto del sillón donde me encuentro solo para ser interrumpido por la secretaria.

—Disculpa, pero el doctor quiere hablar con tus padres a solas, por favor espera aquí mientras se desocupan.

Tan pronto como mis piernas se estiraron al levantarme, me dejó caer nuevamente en el sillón. La puerta de la oficina del doctor Ramos se abre y lo veo salir sonriente conversando con el paciente que acababa de atender. El doctor se hace a un lado mientras

sostiene el pomo de la puerta con una de sus manos y la otra la tiende a su paciente mientras se despide.

—Pasen, por favor —dice observando en la dirección donde se encuentran mis padres y manteniendo la jovial sonrisa que por lo general permanece siempre en su semblante—.

Mis padres avanzan para saludarlo conforme ingresan a su oficina. La puerta se cierra y lo último que consigo observar es la espalda de mi padre a través de la abertura que desaparece dejando al paciente del doctor Ramos fuera y a mis padres en el interior. Es entonces cuando sucede... Observo al encargado de la tienda de la señora Magdalena regresar a ver por un instante a la puerta del consultorio que se cierra detrás de él. Gira para encaminarse hacia la salida, pero antes de dar tan solo un paso, un gruñido vibrante asciende por su garganta avivando la carraspera que mantenía contenida. Lleva una de sus manos al interior del bolsillo interno de su chaqueta y extrae un paquete de pañuelos que le sirve para ahogar lo que tal vez hubiera sido un ataque de tos que nunca sucedió.

Antes de siquiera dar un paso, toma el papel que tiene en sus manos y lo arruga con la punta de los dedos, dándole forma entre cada doblez. Veo a la hoja estirarse, contraerse y contorsionarse bajo los designios de las manos del encargado. Su cara se tuerce un poco, sopesando el próximo movimiento y entrecierra levemente sus ojos mientras deja escapar la lengua de sus labios. De nuevo mi atención regresa a la creación que poco a poco va tomando forma entre sus dedos. El pañuelo desechable era blanco y aterciopelado, sin embargo, con cada toque, motas oscuras lo empiezan a denegrir y corrugar, en tanto un polvo ceniciento cae al suelo formando un montículo. El encargado de la tienda parece notarlo y de forma descuidada esparce el polvo con la punta de su zapato. Al fin, una rosa negra de papel ha tomado forma con el esbozo de una sonrisa que surge con una mueca de sus labios dejando a la vista retazos de sus dientes amarillentos. Puedo entender el orgullo de una creación propia y como nuestra mente puede perderse en su contemplación. La rosa no es obra mía y no pude evitar verla cuando tomaba forma hasta florecer con la simpleza que tiene su belleza.

El hombre avanza casi arrastrando sus pies. Con cada paso que da, el polvo ceniciento parece haber dejado de desprenderse de la rosa de papel. Da la impresión de salir de las articulaciones del hombre. Gradualmente las motas de polvo se levantan del suelo ayudadas por una brisa leve. Se juntan en una danza que forma remolinos alrededor del cuerpo del hombre. Muta su forma dejando una estela brumosa que recubre su espalda

semejante a encontrarse envuelta con puntiagudas patas que se mueven deformándose en extrañas posiciones.

El tiempo se dilata con su andar. Ante mis ojos sus pasos se vuelven lentos y su postura sinuosa como si lo observara a través del lente de una cámara empañada. La imagen del manto de sombras que lo acompaña hace que apriete mis puños con fuerza y baje la mirada. No quiero verlo, creo que jamás he deseado ver algo así... La sombra se vuelve más imponente y el peso de su mirada ya no proviene de sus ojos sino de las cuencas blancas que se formaron a partir de los remolinos de sombras que se encuentran sobre su cabeza. Me detengo y miro directamente al par de agujeros mientras su piel deja de tener el color blanco rosáceo al que estoy acostumbrado. En su lugar, el brillo de su tez va palideciendo y perdiendo su contraste natural, agrietándose como si el agua de su cuerpo súbitamente se hubiera desvanecido. Ahora un grisáceo y corrugado papel ocupa su lugar; difumina la niebla entre oscuros destellos. En su mano una rosa negra se condensa. Aparto la mirada nuevamente para intentar de alguna forma salvaguardar mi mente.

Recuerdo con fuerza las palabras que salieron de sus labios cuando hablé con Clara. En aquellos breves instantes donde su imagen se interpuso ante mis ojos... “¿Sigues buscando tu puerta? Si no encuentras al que tiene la rosa negra, no podrás llegar a ella”. Vuelvo a verla. La silueta de su espalda con sus caireles que ondean a través del marco del ventanal de la cabaña en el entramado de cristales. Sus ojos, aún cerrados, se pierden en la lejanía cuando intento llegar a ella. Ahora estoy corriendo con la respiración agitada y solo puedo observar su espalda cubierta por un vestido blanco y su cabello sujeto en dos pequeños cachitos que hacen que su cabello rizado caiga en cascadas por los lados de su cabeza. Niños jugados en derredor, ladridos de mascotas y polvo que se levanta en el arenal del parque que siempre frecuento. Estiro mi mano hacia la suya sin dejar de correr. Mis dedos apenas consiguen tocarla y su palma se abre para tomar la mía. Está fría pero llena de una calidez que recuerdo haberla sentido en algún momento. Vuelvo a vaciarme entre recuerdos ilusorios. Con su contacto mi mente regresa a su sitio.

El encargado de la tienda emite una profunda respiración y carraspea con su boca sedienta. Entretanto, una punzada de dolor toma fuerza en mi cabeza, como si una aguja asestara un pinchazo directamente en el interior. Mis dedos siguen rígidos por más que intento relajarlos. Con cada bocanada de aire que intento filtrar siento que se torna más difícil. El aire ha perdido su etérea composición y casi puedo sentir su peso cuando entra por mi boca y baja hacia mis pulmones. Es húmedo, frío y amargo cubierto por completo

del miasma que brota alrededor del encargado de la tienda. La secretaria se encuentra tranquila con sus diligencias y no parece notar nada en la figura del hombre que pasa frente a ella. De seguro nadie puede ver como es.

Gotas de sudor frío caen por mi rostro y mis músculos quedan rígidos en la posición en la que se encuentran. Pretendo amarrar uno de mis cordones e intento con todas mis fuerzas no volver a levantar la mirada. Con el paso del encargado de la tienda, las luces tienden a ser consumidas hacia las espirales que lo rodean y los colores de las flores de las macetas que decoran el espacio lentamente las abandonan; su vida se apaga como si su sola presencia las hiciera marchitar. Las sombras de los sillones han perdido su forma. Todas se despegan del centro de sus cuerpos y se amalgaman bajo los pies del encargado al pasar.

Al fin escucho el sonido de la puerta de entrada cerrarse con la mirada aún en el suelo. Suelto el aire que no notaba que lo mantenía contenido dentro de mí y permitió que mis dedos sean libres al liberar mi puño. Al levantar la mirada las sombras que seguían al encargado de la tienda se disparan desde el borde la puerta de entrada a sus lugares respectivos. Me pongo de pie y siento como toda la sala de espera da vueltas a mi alrededor. Doy un paso hacia atrás, olvido que se encuentra el sillón donde estaba sentado y por poco el mareo ocasiona que pierda el equilibrio. Me agarro del respaldo del sillón para no caer. El hombre ya no está, pero el dolor de cabeza sigue intacto. Me recuerda su presencia con nuevas punzadas que no dejan de azotar mi frente. Mis ojos regresan hacia la puerta de la oficina del doctor Ramos cuando un destello a mitad del camino llama mi atención. Me acerco al objeto con mi mano sobre el borde de la mesa, en caso necesite de un nuevo apoyo. No podría asegurar que tan solo es producto de mi imaginación, pero creo poder vislumbrar en el suelo algún vestigio de aquel polvo sombrío que dejó el encargado de la tienda al caminar.

Mis piernas se flexionan para quedar en cuclillas y poder tener una mejor visión del objeto que llamó mi atención. Lo tomo entre mis dedos y siento su frío contacto al incorporarme. Es un lirio lila de cristal con sus flores abiertas que otorgan la apariencia de una estrella blanca del tamaño de uno de mis dedos. Puedo notar como las pequeñas hojas de tu tallo se bambolean mientras lo muevo para acercarlo un poco más hacia mi rostro. Su brillo refleja los colores de la sala y su textura irradia en mis ojos los tonos del atardecer. Mi cabeza se alivia con las imágenes de la flor. Las luces empiezan a danzar en derredor y en mis oídos escucho el canto lejano de un ave. El sol se pone en un blanco horizonte y solo queda un techo lleno de fotografías, un joven dormido, una puerta cerrada

y un pajarito que flota en medio de un haz de luz con el rostro del doctor Ramos y un par de manos que intentan ocultar sus lágrimas.

La última imagen se diluye con el resto de los recuerdos que se acumulan dentro de mi cabeza. El ave brillante y las gotas derramadas por los ojos del joven aclararan mis ideas y retoman la voz que llega desde mis sueños ¡Él la tiene! Es el hombre con la rosa negra, al que debo encontrar para verla... Al menos eso es lo que creo. Recuerdo las palabras de Sebastián: “La verdad con esto te estás pasando de la raya”. Lo sé, tengo muy claro que con esto me he pasado de la raya ya hace tiempo. Que siento que las verdaderas tonalidades del mundo transmiten su esencia verdadera cuando mis ojos se cierran. Al inicio solamente ocurría en mis sueños. Ahora todo se transforma, filtra su esencia en indicios de la realidad. Los desvanecimientos ya tomaron el control. No importa que sea solo el sueño de un lazo perdido. Dejo que viva la sutil mirada de quién mira el espejismo de una sonrisa. Soy el que observa de reojo, preso del fatal embrujo de una atracción pasajera. Todo cobra forma con cada suspiro conciso y genuino. Ahora debo buscar en el olvido. “¿Vas a seguir con eso?” me preguntó Sebastián. Sí, lo seguiré...

Ahora que todo está decidido me pongo de pie e introduzco la flor de cristal en uno de mis bolsillos. No estoy seguro de que tan resistente sea, pero siento su firmeza a pesar de su aparente fragilidad. Salgo disparado hacia la puerta para seguir al encargado de la tienda. Al pasar frente a la recepción consigo escuchar a la secretaria del doctor Ramos llamar mi nombre, pero no me detengo para escuchar lo que intenta decirme. Tomo el pomo de la puerta de entrada, lo giro y salgo a través del umbral que nos separa con el exterior del vestíbulo mientras me coloco la chaqueta. El sonido apabullante de la lluvia camufla el golpe de la puerta que bruscamente se cerró tras de mí. Una cortina de agua se esparce a mi alrededor, volviendo muy difícil el apreciar de manera correcta incluso las formas de los vehículos que se encuentran tan solo en la cuadra de enfrente. Siluetas se mueven por doquier perdiéndose en medio del aguacero. Todos los transeúntes lucen igual. Enfoco un poco mi mirada y consigo ver el indicio de un halo sombrío que dobla la esquina al cruzar la calle. Estoy seguro de que es él.

Antes de dejar el pórtico, coloco la capucha de la chaqueta sobre mi cabeza y tomo la sombrilla que dejamos con mi madre antes ingresar al consultorio. Con los primeros pasos que doy sobre en camino de entrada a la propiedad, mis zapatos tienden a resbalarse por la acumulación del agua sobre las baldosas. Sin embargo, mis pies no se detienen y consiguen tomar firmeza para no perder de vista la dirección que tomó el hombre hace apenas unos instantes.

Mis piernas continúan dando un paso tras otro hasta llegar a la vereda. Un gran charco de agua acumulada en una de las rejillas de la alcantarilla en la calle no es impedimento para que lo cruce sin vacilación alguna. A pesar de la prisa, intento de alguna forma tener un poco de cuidado para cruzar la calle. Verdaderamente no quiero que mis padres se preocupen aún más y un titular con el accidente de un chico atropellado por un vehículo en pleno aguacero no ayudaría en absoluto para que confíen en que me encuentre bien y con todas mis facultades para empezar la vida universitaria.

Llego a la otra cuadra y aligero el paso mientras me dirijo hacia el cruce que linda con la avenida principal. En lugar de ir por el paso cebra, doblo la esquina y me detengo un momento. Giro mi cabeza de lado a lado y entrecierro los ojos con la intención de observar con mayor detenimiento el panorama para captar algún rastro de la sombra que acompaña al encargado de la tienda. A lo lejos en dirección sur de la avenida puedo ver una mancha difuminada entre la cortina de agua. Un destello de luz irrumpe en el firmamento cuando un relámpago cae en la lejanía. La sorpresa hace que mi cuerpo se estremezca y dé un pequeño brinco por la impresión. No puedo creer la rapidez con la que se desplaza el hombre. Pasan unos segundos y siento el rugido del cielo cuando el trueno llena todo el espacio a mi alrededor. Escucho el aullido de algunos perros asustados que se acercan a las puertas de sus casas raspando incesantemente para que sus amos les permitan ingresar.

No me puedo permitir perderlo de vista así que empiezo a trotar sin importar que ya casi no uso la sombrilla para resguardarme del agua que cae sin parar. Al avanzar con mayor rapidez empiezo a jadear por el esfuerzo y el gélido aire entra a mis pulmones. Luego de una cuadra, el paraguas ya es un estorbo para mí por la resistencia que hace con el viento que se dirige en la dirección contraria a la que me voy encaminado. Lo cierro con torpeza utilizando mis manos y lo dejo caer en medio de la vereda. Una pareja que pasa junto a mí exclama algo que no consigo escuchar. Quizá sean quejas por haber dejado el paraguas en medio camino. Mantengo mi mirada fija en la mancha sombría que persigo y permito que sea mi cuerpo el que reaccione por su cuenta para aumentar la velocidad de mi carrera. Estoy cansado y pienso en el recorrido que hice con la bicicleta en la tarde... Si no hubiera salido, tal vez no me costaría tanto mantener el ritmo.

Estoy empapado y exhausto. En este punto no puedo diferenciar si es a causa de la lluvia o por mi propio sudor. La mancha se detiene frente a una casa cerca del callejón junto a una floristería.

Después de ver exactamente el lugar al que se ingresa el encargado de la tienda siento que al fin puedo respirar con normalidad. Siento un hormigueo en la base de mi estómago y una sensación de angustia empieza a arreciar hasta llegar a mi pecho. Los dedos de mis manos se inquietan. Permito que se extiendan y contraigan moviéndolos como si mis manos se estuvieran deslizando por las teclas de un imaginario piano. Dejo de trotar y la velocidad se vuelve una caminata rápida. De nuevo el cielo estalla en una luz cegadora hacia el horizonte con otro relámpago que desciende quebrando el horizonte. Ya no hay rastro alguno del hombre en el ingreso del parterre y antes que el trueno vuelva a retumbar en el firmamento, la sombra y el hombre desaparecen en el interior del domicilio.

La calzada se encuentra llena de charcos lodosos que se empozan en los costados que limitan con la vereda. Los autos no se detienen y sus reflejos pasan como destellos borrosos sobre el agua. Por un instante dejo de percibir el contacto frío de la lluvia sobre mi ropa mojada. Las gotas de agua pierden su substancia. Se sienten ligeras, como si su falta de consistencia apenas pudiera rozar con mi cuerpo. Dejan de verse como gotas y su caída se vuelve taciturna. Todo a mi alrededor se mueve con lentitud, el tiempo se extiende en su propio andar y los sonidos de mi entorno se vuelven ecos mientras avanzo hacia aquel lugar.

Estoy ansioso y asustado. Tengo la impresión de estar cerca del borde de un abismo al que debo mirar; hacia el lugar donde quizá pueda entender la razón de mis desvanecimientos, del cansancio que me agobia, de los espacios entre mis memorias y la mezcla de aquellos extraños sueños. Un escalofrío nace de la base de mi cuello, recorre mi espalda hasta llegar hasta la cadera. Aún estoy agitado y mis manos se resbalan cuando las froto entre sí. Inhalo profundamente y sostengo la respiración por unos segundos. Abro mis ojos y sigo...

El exterior de la casa se encuentra cercado por una burda valla de madera. La pintura de las estacas que la componen se desprende por secciones por la falta de mantenimiento a lo largo del paso del tiempo. Cuenta con espacio suficiente desde la apertura que funciona como acceso de la valla hasta el pórtico como para usarlo como jardín. Sin embargo, una maceta rota con tierra regada a uno de sus costados es lo más cercano a un adorno que está visible. El pasto ha crecido y da la impresión de no haber sido podado en meses; la fachada y el techo de la casa de una sola planta presentan los mismos indicios de descuido que se aprecian desde cualquiera de los ángulos de visión que permite la calle.

Volteo mi cuerpo para deslizarme a través de la apertura que tiene la valla de madera. El primer paso que doy en el interior de la propiedad hace que mi cabeza se embote con un caudal de pensamientos. Imágenes inconexas, restos cobrizos y destellos luminiscentes nublan mi visión. El aire se vuelve más denso cuando lo respiro y todo a mi alrededor da la impresión de estar cubierto por las motas de polvo que se desprendía el cuerpo del encargado de la tienda. Esta es su propiedad y está completamente cubierta de él. Giro mi cabeza para ver de nuevo hacia la calle. Por un momento la lluvia parece haber menguado como si nunca hubiera empezado y los colores de la valla externa aparentan la vitalidad de una obra recién pintada. Mis ojos se mueven para mirar a la casa. El cielo está despejado bajo los tonos de un sol ceniciento. Ya no siento las ráfagas de viento que incomodaban mi trote bajo la lluvia y acabo de percatarme que mis ropas se encuentran secas.

El breve trecho que me separa de una de las ventanas laterales del domicilio se estira y ensancha solo para regresar de nuevo a la normalidad. Los cambios en la luz hacen que los espacios a mi alrededor se muevan como las olas de un mar agitado. No permanecen quietas e incluso puedo escuchar el sonido de sus golpes contra la valla. Mis pasos casi se han detenido y mi estómago da vueltas. Pierdo por un momento el enfoque y solo quiero doblarme para vomitar. Por fortuna me compongo lo suficiente como para seguir avanzando. Trato a toda costa de seguir una línea recta, o al menos lo más recta posible sin conseguirlo. En este tiempo ya no es solo mi estómago el que siente los estragos. Me siento mareado, con mi cuerpo quieto mientras la casa orbita con mayor rapidez. Definitivamente no puedo permanecer de pie y dejo que mi cuerpo caiga con el apoyo de mis manos y rodillas para continuar. El pasto del jardín está húmedo, aunque por el momento el lugar parece que no recibió una gota de lluvia por un largo período de tiempo. Uso mis manos y me arrastro hasta tocar la pared de madera donde el mundo parece detenerse de golpe al fin. Extiendo mi brazo hacia arriba y agarro el alfeizar del ventanal con mis dedos para incorporarme.

Un trueno retumba en la distancia, y un escalofrío me recorre la espalda cuando siento el golpe de agua helada contra mi piel. Alzo la vista y la lluvia cae de nuevo, pesada y persistente, empapa mis cabellos aplastados bajo la capucha de mi chompa y pega la tela a mi cuerpo como una tela húmeda. Cierro los ojos un instante, siento el latido acelerado en mis sienes y la certeza de que algo se quebró. Parpadeo. Cuando vuelvo a mirar, todo ha cambiado. El mundo ha vuelto a la normalidad. O, al menos, a un reflejo de ella.

He perdido la confianza de mis propios sentidos y el mundo ha dejado de tener el sentido convencional al que estoy acostumbrado. Me cuesta centrarme en una sola idea, en un solo recuerdo. La casa se encuentra bajo el tacto de mis manos, bajo el peso de mi conciencia. La ventana luce tal como la contemplé antes de ingresar a los terrenos del jardín. Sucia y rota en su borde izquierdo por encima del marco inferior. El cristal que la compone da la impresión de haber perdido su transparencia hace ya algún tiempo atrás. Cuando miro, solo puedo observar manchas difuminadas que visten los detalles del interior con mezclas de tonos apagados. Un gran bulto azul oscuro decorado por espirales marrones llama mi atención. Permito que la tensión de mi cuerpo lo mueva hacia adelante. Mis labios casi rozan la ventana mientras mi aliento cálido empaña un poco el cristal. Lo limpio con la manga mojada para ver el interior con mayor claridad.

El ingreso de la habitación se encuentra iluminado por una vieja lámpara de cobre que bien podría hacer de perchero por los múltiples brazos que la adornan. En el centro de la habitación, una alfombra afelpada oculta una gran cantidad del piso, cuya textura me recuerda al parquet que revestía la casa de mi abuela. Una estantería de múltiples plataformas se encuentra asentada junto a un escritorio de madera con una rosa negra dentro de una caja de cristal con una única silla. El diseño luce intrincado, como el tronco de un árbol que se alza y enrosca sobre sí mismo y deforma su columna por el peso de su edad. Espirales de luz se crean desde la lumbrera de la lámpara solo para ser devoradas por ocasionales cúmulos de polvo negro. Las luces titilan y se desprenden. Pretenden escapar fuera de sus ataviadas cadenas mientras las sombras de los objetos que soy capaz de observar pierden sus formas en busca de su liberación.

Con mi mano aún posada en el costado de la casa empiezo a rodearla para encontrar una forma de ingresar, pero mi búsqueda solo me lleva a ventanas cerradas y ninguna otra puerta. Debo entrar en la casa de algún modo y si no es posible hacerlo sin ser visto, creo que no me queda más remedio que hacerlo con la propia autorización del hombre de la rosa negra. Me conoce, al menos lo he visto más de una docena de veces en la tienda de la señora Magdalena. Una idea cruza por mi mente y de inmediato mi mano busca sentir en mi bolsillo el bulto del lirio de cristal. Sigue ahí... Cierro mis ojos y sonrío, no puedo evitar reír un poco por lo que estoy a punto de hacer. Dejo atrás el cansancio que me azota con cada paso que doy hacia la puerta. Mis zapatos se hunden en el lodo del jardín, mis piernas se tambalean solo para volver a recomponerse con firmeza. Quiero dejar atrás el miedo, quiero dejar de lado la debilidad. No creo estar perdiendo el juicio y estaré en problemas luego con mi familia. Sin vacilar toco el timbre junto a la puerta.

Una zancada resuena desde el interior de la casa. Muerdo mi labio por los nervios que no se han ido del todo.

—Un momento, ya voy —escucho decir a la voz que en tantas ocasiones escuché mientras compraba mis golosinas —.

Inhalo una bocanada de aire que decide permanecer atrapada adentro de mis pulmones. Una luz se enciende por el otro lado y su silueta aparece por debajo de la barredera de la puerta. Escucho el tintineo de sus llaves cuando las introduce para liberar el seguro de la puerta. Bajo la mirada hacia el pomo que empieza a girar con lentitud. Suelto el aire de golpe cuando la puerta se abre en mi delante.

—Muchacho, pero si estás empapado —el hombre de la rosa negra me mira con una sonrisa amable en su rostro—. ¿Qué se te ofrece?

—Señor, hmmm, buenas tardes —digo con la mirada baja—. Qué suerte, no me equivoqué de casa.

Mis manos, que se encontraban entrelazadas producto de mis nervios, se sueltan con torpeza. Una de ellas busca en el interior de mi bolsillo y tomo por el tallo al lirio de cristal. Cuando saco mi mano con la flor entre mis dedos los ojos del hombre de la rosa negra se abren por un instante de par en par.

—Se le cayó esto en el consultorio del doctor Ramos. Mi voz se entrecorta un poco y siento como las palabras se tambalean cuando salen de mi boca. Coloco mis brazos alrededor de mi torso y friego con las palmas abiertas mis brazos. Castaño mis dientes con la esperanza de aparentar que mi leve tartamudeo es producto del frío. Al fin de cuentas me encuentro empapado.

—Cuando nos dimos cuenta con la secretaria usted ya había salido y por la lluvia no nos escuchó cuando le llamamos. Qué suerte que no se rompió con la carrera que me pegué para seguirle.

—En verdad ha sido una suerte —responde el hombre con el tono suave que emplea cuando atiende a los niños en la tienda—. Por favor pasa, pasa que te estás helando ahí afuera.

—Muchas gracias, con permiso —comento mientras ingreso a su domicilio.

Al entrar me aseguro de asentar los pies en el rodapié de la casa para limpiarlos antes de proceder. La puerta se cierra a mis espaldas y un auténtico escalofrío me pone la piel de gallina. El aire se percibe húmedo, como si el moho se filtrara a través de todo el espacio que nos rodea. Un escozor en mi nariz hace que estornude.

—Salud —dice el hombre y saca una servilleta de uno de sus bolsillos—.

—Gracias —respondo al hombre—. Acepto el ofrecimiento de la servilleta y la llevo hacia mi nariz. Intento no hacer tanto ruido al momento de sonarla. Los ruidos fuertes son una de las cosas que normalmente me molesta en general. Cuando alguna persona en particular ríe de manera estrepitosa o se limpia muy fuerte la nariz, de alguna forma los sonidos toman precedencia sobre todo lo demás y en definitiva no es el tipo de personas con las que yo buscaría relacionarme.

El hombre de la rosa negra me conduce por el pasillo interior de su domicilio. La sala se encuentra atravesando una puerta a tan solo unos cuantos pasos de la entrada. Me da la impresión de que el corredor se ensancha conforme caminamos a lo largo. Las luces se encuentran encendidas pero parecen que titilan conforme avanzamos. Este juego de destellos ocasionales hace que me desoriente y mis pasos no se sienten tan seguros. A pesar de todo, mis piernas sienten la fatiga de la persecución que realicé al hombre y se tambalean cuando ingreso a la nueva habitación.

—Debes estar con frío, espérame aquí que te voy a traer una toalla para que te seques —dice el hombre con la sonrisa que puso al ver el lirio de cristal—. Esa sonrisa no se ha desvanecido desde el momento en que apareció en su rostro. Sus facciones dejan de verse naturales para mantenerla, con su piel estirada alrededor de la boca que marca los hoyuelos en las comisuras de sus labios y sus ojos se mantienen abiertos y estáticos sin parpadeo alguno.

El hombre deja la habitación y en cuanto su sombra desapareció tras el marco de la puerta, la sala pareció exhalar un suspiro antiguo, como si por fin pudiera revelar alguno de sus múltiples rostros. Las paredes, antes tibias y blancas, se marchitaron en segundos, cuarteándose como piel reseca por los años de la madera vieja y roída. Las cortinas, que volvían ameno el espacio con sus colores vivos, cayeron pesadas, llenas de polvo, y el aire se volvió aún más espeso, rancio, cargado de un olor a encierro y soledad. El suelo crujió como si recordara el pasado, y el reloj de péndulo, que hasta el momento no emitía sonido alguno, dejó escuchar un sonido bajo, como si despertara de lo un sueño profundo. En un rincón, la lámpara titiló antes de apagarse del todo y dejó la estancia sumida en una penumbra fría y amarillenta, donde todo retornó a su ruina.

Volteo para ver la ventana donde la luz rojiza que observé en el jardín se filtra por los espacios del vidrio y cubre por completo mi campo visual. En el exterior, negras cenizas parecen caer cual copos de nieve ensuciando el jardín y se introducen dentro de la sala por fracturas del cristal de la ventana. Bajo esta luz, las cosas lucen más viejas, como si el mundo mismo hubiera envejecido.

Las motas de ceniza ceden bajo mis zapatos al abandonar la sala. Dejo un rastro de huellas que difícilmente podrán pasar desapercibidas. El corredor se abre frente a mí como la garganta de una bestia dormida. Las paredes, ennegrecidas y resquebrajadas, denotan humedad en hilos lentos que parecen vestigios de sangre vieja. La pintura se cuarteada en escamas que caen sin hacer ruido, y el silencio pesa más que el polvo suspendido en la penumbra. Me adentro con cautela, la tensión en mis piernas se vuelve más evidente con cada paso y mi mano temblorosa roza las puertas a cada lado, una a una. Todas cerradas. Frías al tacto. Algunas se resisten incluso al intento de girar el picaporte, como si algo del otro lado se aferrara a ellas con uñas invisibles.

El corazón me retumba en las costillas mientras me detengo frente a otra puerta más. Inspiro hondo, sintiendo cómo el aire me quema la garganta. Giro el pomo. Nada. Otra vez. Es entonces cuando la vi: al fondo del pasillo hacia la izquierda, apenas iluminada por una grieta de luz mortecina que se colaba entre los tablones rotos del techo. Esa puerta. La única que parecía aguardar por mí. Yo sé a dónde quiero llegar y la casa debe saberlo también...

Me acerco, con la certeza que tras ese marco de madera astillada me aguarda algo más que una habitación cualquiera: aquello que temo y espero encontrar desde el instante en que puse un pie en esta casa. Vi aquel estudio desde el exterior, pero me preocupa saber qué apariencia tomó desde que el hombre de la rosa negra dejó la sala. No necesito esforzarme para abrir la puerta, esta cede con un leve toque de mi mano y se abre. Mis ojos se abren de par en par y se corta mi respiración. No puedo creer lo que veo. El estudio ahora está prácticamente vacío, excepto por el escritorio donde se encuentra la caja de cristal con la rosa negra y junto a este el extraño aparador. Cuando lo vi, parecía que sostenía cajas de cristal similares al de la rosa, pero no son flores lo que tengo en mi delante. En su lugar, rostros con los ojos cerrados reposan en hileras en cada uno de los niveles que componen al aparador. Parecen inertes, pero aún guardan el color en sus mejillas, como lo harían de encontrarse vivos. Sus ojos cerrados se mueven sin abrir los párpados y emiten quejidos como si solo se encontrasen dormidos. Muecas de dolor maquillan las facciones de algunos y otros dejan rastros de esporádicas sonrisas. Rostros alegres, tristes y molestos. Rostros de niños, jóvenes y ancianos. Incluso animales con sus orejas peludas sueñan en la eternidad. El aparador se extiende hacia el infinito con filas y filas que respiran el polvo de sombras que infesta este lugar.

Doy un paso hacia el interior con mi mano agarrada a la pared de madera. De repente la pared ya no cruje bajo mis dedos, sino que se alza firme y pulcra, sin señales

del moho que antes la consumía. La ventana, que juraría haber visto resquebrajada como tantas otras en la casa envejecida, brilla con la nitidez de un cristal recién limpiado. La calle al otro lado luce tranquila, con el cielo nublado, la lluvia que empieza a amainar y sin rastro de la luz rojiza, como si jamás hubiera estado asechado por las sombras. El techo ha vuelto a su sitio, ya no promueve una altura que roza el firmamento y en lugar de los rostros durmientes, son cajas de cristal llenas de flores de cabello las que decoran la estructura del aparador. Un nuevo aroma entra por mis fosas nasales, un aroma que camufla perfectamente el olor a humedad de la alfombra del estudio. Es delicado y dulce y toma precedencia en las memorias de mis sueños pasados. Estoy seguro, es su aroma... El aroma que venía cuando seguía sus rizos, el aroma que envolvía los pétalos que buscaban mis manos, el aroma que llega con los colores del alba, el aroma que llena ciclos celestes y envuelve las praderas.

En la penúltima estantería, cubriendo su forma con enrevesados muros translúcidos refulge una flor que llama mis pensamientos como ninguna otra, un crisantemo rosado. Su flor. Me acerco sin dudar dando vuelta a la mesa hasta casi tener a mi alcance la estantería de las flores. Me estiro y estoy a punto de tomarla. Su imagen llega a mí con el roce de mi dedo. La veo sentada en una mesa con lágrimas corriendo por sus mejillas. El hombre de la rosa negra frente a ella y una hebra de cabello rizado en sus manos.

—Veo que no hemos aprendido buenos modales en casa —dice la voz del hombre a mis espaldas—. Un témpano de hielo, así de fría la siento, sin rastro de la amabilidad que la caracterizaba.

Me quedo inmóvil, como si el más leve movimiento pudiera regresarme al cuarto que apenas hace unos momentos me calaba los huesos. La presencia detrás de mí pesa más que la sombra que lo envuelve. No escuché sus pasos. No sentí el aire moverse. Fue como si la casa misma lo hubiese exhalado desde sus paredes.

—¿Te enseñaron, al menos, a pedir permiso antes de entrar en un estudio privado? —prosigue, su tono cortés, incluso suave.

Me doy la vuelta con lentitud, tragando saliva. Él está allí, pero ya no con la ropa sencilla que tenía. Se encuentra envuelto en un abrigo negro de tela antigua, con un broche en forma de rosa prendido de una de sus solapas. Su cabello parece tinturado con ceniza y su postura es rígida, sin espacio para ninguna curvatura. Sus ojos son profundos y vacíos, y sus labios dibujan una sonrisa que no llega a ser amable.

—Yo... buscaba el baño, no sabía que era privado. La puerta estaba entreabierta —balbuceo, con la vista fija en el crisantemo que reposa sobre el atril de terciopelo azulado. Por un segundo ya no parece una flor, sino un rostro. Uno que me resulta familiar, el rostro dormido que lo he soñado en varias ocasiones.

—Ah, el crisantemo... —murmura él, notando mi interés—. La flor que guarda la memoria en el cabello. Cada pétalo, una hebra. Cada hebra, su propia historia. Pero tú los ves, ¿no es cierto? Ves los rostros. Eso no es común... y muy curioso.

—¿Qué... qué son? —pregunto, con la voz quebrada.

Él se acerca un paso más. Su perfume es intenso, como tierra mojada y algo más dulce, casi pútrido.

—Fragmentos de almas atrapadas en un instante. Rostros que ya no existen, salvo aquí, para mi deleite. El crisantemo es especial, al menos para ti lo es. Este —dice, señalando el que observaba— me ha costado conseguirlo. Pero ahora tú vienes a reclamarlo, como si bastara con desearlo.

—No lo reclamo... solo... no comprendo.

—Nadie lo entiende al principio. Pero no estás aquí por casualidad, ¿verdad? Algo te trajo hasta esta sala, hasta la flor —hace una pausa y me contempla con lástima—. Ahora nadie recuerda a su dueña, ni siquiera tú que pronto lo harás. Te haré una propuesta.

Sus ojos brillan como brasas hundidas.

—Llévate el crisantemo. Es tuyo si lo deseas. A cambio, solo te pediré algo sencillo, algo que te sobra: una hebra de tu cabello. Pero no cualquiera... —sonríe—. Aquella que guarda un recuerdo que incluso tú no sabes que temes perder. Dame algo de tu pasado para devolverla a tu futuro.

Coloca un fino cuchillo en el borde de la mesa y siento un escalofrío recorrerme hasta lo profundo de mi pecho. Vacío.

—¿Y si me niego?

—Ah, muchacho —dice el hombre de la rosa negra e inclina apenas la cabeza—, negarse no es una opción que este lugar comprenda bien. Aquí, todo lo que entra, deja algo atrás. Tú ya estás dentro y si gustas también pueden permanecer algunas de tus penas. La única pregunta es: ¿qué estás dispuesto a olvidar para poder llevarte lo que deseas?

Pienso en los últimos meses, en las visitas con el doctor Ramos, en el rostro preocupado de mi madre, en las conversaciones con mi padre. En las noches en vela y los días donde sueño despierto. Metas, deseos. Importante, todo muy importante, todas son cargas que quisiera liberar, o por lo pronto que sean menos pesadas. Pienso en el

malentendido con Sebastián, en la mirada asustada de Amanda. Pienso en ella, en su rostro, en su aroma. Quiero darle un nombre, quiero conocer su nombre.

—Acepto —tomo el cuchillo de la mesa—.

Miro su hoja curvada y el mango de madera que se asemeja al patrón de raíces de un árbol antiguo. Una repentina calidez me invade y mi cabeza se siente ligera. La luz se vuelve prístina en mis ojos, refulge con tanta intensidad que me veo forzado a entrecerrarlos. El aire cambió de textura. Lo sentí. Como si el mundo comenzara a deshilacharse a mi alrededor, capa por capa, hasta dejarme suspendido en un instante que no pertenecía al presente. Cerré por completo los ojos, y cuando los abrí de nuevo, ya no estaba aquí.

El tiempo había retrocedido.

La habitación era pequeña, bañada por una luz dorada que se filtraba en cascada por una ventana con cortinas de encaje blanco y celeste. Todo me parecía más grande entonces, más cálido. El aire olía a leche caliente, como si el mundo hubiera decidido envolverse bajo una manta suave y callada. Y allí estaba ella...

Mi madre. Sentada al borde de la cama, su figura recortada contra la luz. Cantaba. Su voz era suave, como si con cada nota fuera una caricia. Las palabras no eran del todo claras —no lo fueron entonces, tampoco lo son ahora—, pero la melodía tenía la suavidad de sus abrazos. Todo en mí se calmó, como si el tiempo dejara de avanzar solo para escucharla.

Y fue ahí, justo ahí, donde ocurrió. Sentí algo brotar dentro de mí, algo cálido, desconocido, que subía desde el pecho y se abría paso hasta mis labios. Sin saber por qué, sin siquiera entender qué significaba, sonreí. Mi primera sonrisa.

No fue algo aprendido, ni provocado. Fue tan solo una respuesta, un reflejo puro ante el amor inmenso que flotaba en esa pequeña habitación mientras mi madre me arrullaba como si tan solo estuviéramos los dos en el mundo. Ahora entiendo que las demás sonrisas han sido moldeadas a partir de aquella y que todos nosotros guardamos la primera sonrisa en lo profundo del corazón. Aunque no las podamos recordar, son estos recuerdos luminosos los que, sin saberlo, cuidan el brillo de nuestras miradas. La perdí...

Poco a poco los colores de la habitación perdieron las tonalidades que los acompañaban. La luz acaeció hasta volverse una mancha purpurea en el firmamento. El calor se esfumó de mi cuerpo y dejó un gusto amargo en mi paladar como si hubiera tomado un sorbo de café luego de saborear una golosina. La oscuridad del cielo me arroja hacia el paraje helado. Cada paso da origen al siguiente mientras escalo hacia su entrada.

Mis zapatos delatan su rastro al hundirse en el pasto que se quiebra con mis pisadas. Alzo la mirada, tan solo unos pocos metros y conseguiré llegar. La cabaña... Su forma es tal y como la recordaba de un sueño. Intrincadas puertas labradas con oscuras enredaderas repujadas adornan el contorno del pórtico. Las tejas, rotas y caídas dejan correr sus ocre pasados y hacen visible el peso de los años que carga. Se encuentra cubierta por la neblina de sus ventanas que, contrario a su propósito, no permiten observar el interior de nada.

Al acercarme, los matices marrones de madera vieja pierden profundidad, se difuminan con la tenue luz que envuelve el día. Mi mano asecha con ansia la cerradura para liberarla, y al tocarla mancha el cielo con vetas purpúreas. Entro. Un destello encandelilla mis ojos mientras ingreso. Mis dedos, ajenos a las astillas, ahora se deslizan en el frío tacto de la nueva entrada. Una brisa salina me rodea cuando me acostumbro a la luz que ahora emana de las cristalinas paredes. Un amplio corredor se extiende en mi delante y a ambos lados, alineados como centinelas sin rostro, se alzan cientos de espejos.

Altos, angostos, de marcos labrados con formas que no supe reconocer. Cada uno era un cristal sin imperfecciones, y sin embargo, ninguno devolvía mi reflejo. En su lugar, cada superficie mostraba un lugar distinto, diversos momentos guardados en el tiempo. Algunos espejos eran grises, opacos. No mostraban nada, o al menos no todavía. Y mientras el pasillo se extendía sin final visible, supe que no era un simple corredor. Era un archivo viviente de lo que fui, lo que perdí, lo que aún llevo conmigo. Cada paso era un encuentro, el tacto de algo que el tiempo no logra borrar.

Sigo caminando. No puedo detenerme. Porque en algún punto de ese corredor — lo siento —, me espera un espejo que no solo me mostrará el pasado; sino algo que aún estaría por vivir. Sé lo que tengo que hacer...

Atravieso los bordes traslúcidos como si fuera parte del sueño y entro a mi habitación. Voy directo a mi velador y tomo la caja y las flores que mantengo en resguardo. Escucho pasos que advierten mi subida por las escaleras de la casa. Doy un brinco y me encuentro de nuevo en el corredor del palacio. Uno a uno los adornos caen sobre la superficie liza. Desde que me encuentro aquí las palabras se repiten en el interior de mi mente, a lo largo de la costa estrellada. Las olas retumban desde el horizonte y su espuma me regresa cada momento que creía olvidado. Su mano junto a la mía, los dulces que guardábamos terminando una carrera. Las risas, los llantos que se perdieron, los momentos que estarán por llegar.

La caja se abre y el crisantemo flota frente a mí. Gira con lentitud hasta quedar a tan solo unos pocos centímetros del toque de mis dedos. Pinturas de seda llenan mis ojos,

espejos vibrantes reflejan su brillo. Camino con la flor por delante, ella busca su espacio de idilio. Veo a mis padres que salen de la oficina del doctor Ramos y me acerco con ellos a la puerta de salida. Todos sonreímos de regreso a casa. Un viento celeste empuja en mi contra y gira para luego seguir la dirección por la que no puedo detenerme. Me encuentro en el parque, pero Sebastián y Amanda no están a plena vista. Escucho sus risas que provienen de los arbustos cerca de la fuente, los encuentro y dejamos el parque riendo a carcajadas. El crisantemo se detiene y lo tomo con mis dedos. Siento un golpe en mi espalda que me hace trastabillar.

Ahora te veo...

—Toma creo que esto se te cayó —dice mi imagen entregando la flor en tus manos—.

—Gracias pero no es mía —respondes con uno de tus libros que descansa entre tus brazos—. Tomas la flor de igual forma y sonríes. Con tu sonrisa se quiebra el espacio, se torna en un cristal nublado.

No puedo mover los brazos ni siento el calor de mi cuerpo. Mi vista se torna igual de brumosa que el estado del espejo.

—Duerme —dice el hombre de la rosa negra mientras coloca mi rostro en la caja de cristal donde tu crisantemo descansaba—.

Duerme y espera. Ella vendrá a pedir su girasol.

Arreglo de flores

Lycoris

Un café, una casa y un relato

Para muchos su día a día está compuesto de alegres cánticos y radiantes colores, de palabras amables acompañadas con cálidos gestos, de virtuosas sonrisas y banales respuestas. Un verdadero espectáculo de compasión e inquietante aberración ante todo aquello que intente alejar la pulcritud del panorama. Sin embargo, como casi todo, la vida misma está abierta a interpretación. Intelectuales afirman que la realidad existe cuando se mide; no podría estar más de acuerdo. Desde mi perspectiva, todo se alinea ante una inefable conclusión: La vida es un arrogante desfile de sombras...

Contemplando la iglesia escucho un susurro, una débil voz que sin éxito hace comunión con los sentimientos encontrados. El dolor del recuerdo trae consigo una súplica que termina en un suspiro. Estático aguardo; lágrimas caen de la misma manera que los pétalos olvidados lo hacen de la última flor marchita. Espero que el viento no sea selectivo, que los lleve a todos pronto a su destino ya que sin duda irán en su búsqueda. A veces quisiera, que al menos uno alejara de mí el recuerdo que evoca. Que el afecto siendo presa del tiempo, envejeciera de la misma manera hasta desaparecer.

A pesar de la pérdida que me encaminó a compartir la comunión en casi diez años. El cobijo de las palabras del padre fue suficiente para amainar dolor que afecta a los no creyentes. Son pasadas las cinco de la tarde cuando mi papel en el desfile toma posesión cuando salgo de la basílica. Me vuelvo una sombra más...

A pocos minutos de la basílica se encuentra la cafetería Espina de Rosa, uno de los contados lugares donde el sabor del café es tan cálido como el recibimiento reciben los comensales; en lo personal voy ahí por el buen café. La caminata hacia el establecimiento desde la iglesia refresca mis pensamientos y cada gota que cae indica la llegada de una fría tempestad.

Después de una taza de café, con mis pensamientos serenos me encamino autobús para dirigirme a mi nuevo domicilio. A pesar de la negatividad con la que contemplé los acontecimientos del día, un breve momento de relajación llega con las buenas noticias que recibí de mi hermana Magdalena. Consiguió para mí un cuarto en la casa de huéspedes de la abuela de Ángela Lozada, una de sus amigas, a un cómodo precio y aparentemente acorde a mi estilo personal. Según Magdalena, todo lo que se acopla a mis gustos es feo, aburrido y viejo. A mi parecer, los saltos de modernidad ignoran lo que

vuelve a las cosas genuinas. La pérdida de la belleza en el alma es el alto precio que la humanidad paga a costa de los beneficios del ocio y la comodidad.

El atardecer deja de mostrar sus colores cuando bajo en la estación cercana a la universidad. Con una calma aparente me encamino en dirección contraria al edificio principal de la universidad. Hay algo en la composición de su estructura que calma mis pensamientos más torrenciales. Considero que el edificio me otorga una idea de identidad colectiva y pertenencia. Pasados quince minutos mi travesía casi llega su fin. Subo por la calle hasta su primera intersección y continuo hasta el desvío que desemboca en un estrecho zaguán. El viejo estilo que describe al callejón no atrae de primera mano a los transeúntes que pasan de largo. Sin embargo, si consiguen adentrarse unos pocos pasos, los aromas sensibilizan a todo aquel que inhala la combinación de tabaco, humedad y té.

Son este tipo de rincones, auténticos testigos de las representaciones más dulces y profanas que decoran la naturaleza de una ciudad vieja. ¿A cuántos estafó el gitano de turno? ¿Cuántos besos apasionados fueron interrumpidos por las quejas de un mendigo que resguarda del frío? ¿Por cuántos años más las paredes permanecerán como el refugio silente de banalidades y ocasionales indiscreciones? Solo el tiempo lo dirá...

Aunque me costará admitirlo, Magdalena tuvo razón. Al final del callejón yacía esperando la fachada de la vieja casona de huéspedes. La casa consta de cuatro plantas, cada una adornada por pintorescos balcones que exponen efigies cuyos arrugados semblantes desprenden una sensación de incomodidad. Caída la noche, si no fuera por la lumbré desprendida de la ventana del departamento superior, su carcasa se vuelve uno con las sombras con todo a su alrededor. La casa parece un apéndice más de la noche misma. Me acerco hasta la gastada puerta de madera, observo el pomo metálico y la aldaba lisa al tacto modelada para asemejarse a dos colibríes en vuelo. Ingreso a la casona y me encuentro con un rodapié cuya bordada leyenda ha desaparecido gracias al roce constante de zapatos manchados por polvo y agua de lluvia.

Recorro unos pocos pasos por el pasillo principal de la planta baja para encontrarme con el comedor iluminado por una única y pequeña lámpara. En la larga mesa de doce puestos, la cabecera posterior se encuentra servida. Una tetera de porcelana que bien podría ser utilizada como ornamento reposa sobre una charola repujada con diseños florales. Desprende el calor propio de un utensilio que hace no mucho tiempo se separó del calor del fuego. Frente al juego de té, un vaso se encuentra dispuesto con un arreglo pálido de flores rojas matizadas con puntos negros. Sus delicados pétalos caídos se curvaban en un austero saludo. Por último, un plato mediano que contiene tres bocados

de pastas con su respectivo tenedor aguarda sobre una servilleta de tela bordeada por encajes. Junto al cubierto se encuentra una nota con una llave. Tomo la nota para leer su contenido.

Señor Cardona,

Por favor sírvase esta comida preparada con mucho cariño. Dejo la copia de la llave de su dormitorio y espero que tenga una buena noche. Me hubiera gustado haber compartido con usted la merienda y una charla para conocerlo mejor. El desayuno se sirve a las ocho de la mañana y no olvide por favor dejar la funda de la ropa sucia frente a su puerta ya sea el martes o jueves para lavarla.

Atentamente,

Doña Rafaela Hernández (La casera)

Pd: Dejando a un lado a mi nieta, los demás inquilinos son personas entradas en años y rara vez salen de sus dependencias, tenga la bondad de no importunarlos.

Soy el menor en mi casa y encontrar una nota dirigida a mi como señor, hizo que esboce una divertida sonrisa. Antes de subir para descasar, tomo la nota para dejar en su reverso un mensaje de agradecimiento para Doña Rafaela.

La alarma de mi reloj despertador cumple con su función y me aleja del manto de la somnolencia. Abro mis ojos mientras recuerdo el día anterior. Brillantes destellos de polvo se observan nítidos en su caída hacia el alfeizar de la ventana. Son bañados por la escasa luz solar que logra filtrarse a través de las aberturas en las persianas. Me levanto desganado al tener que desayunar tan temprano en la mañana. Para un estudiante acostumbrado a las clases nocturnas, las ocho de la mañana son el equivalente a la hora embrujada.

Termino de tomar una ducha y me visto. Salgo de mi dormitorio y bajo las escaleras hasta el comedor. A plena luz del día, la casa conserva la misma extrañeza que tenía la noche anterior. A pesar de haber visto de pasada cada uno de los pisos, noto que se encuentran alfombrados y decorados con magníficas imitaciones de pinturas que, de no ser por la certeza de haberlas apreciado personalmente en algunos de mis viajes; habría jurado que eran auténticas.

Al llegar al comedor encuentro la mesa servida de una manera similar a la noche anterior; con las únicas diferencias que en esta ocasión están colocados cubiertos en dos puestos en lugar de uno solo y el ramo rojo pálido fue sustituido por un arreglo de flores similares de tonos rosáceos casi blancos y con las mismas tinturas negras que a sus predecesoras embellecían. Me doy vuelta y observo la decoración de la sala ahora que las

tinieblas se encuentran reclusas ante el sol de la mañana. A diferencia de los corredores de los pisos superiores; el espacio donde me encuentro es modesto. Como es lógico, mi atención se centra inmediatamente en los intrincados patrones de madera que convierten la trivial función del librero en una visión digna de contemplarse y perderse en ella. La mejor manera de juzgar tanto a un entorno, como a una persona o familia es, sin lugar a duda a través de sus libreros. Sin vacilar, me acerco al librero y observo con mayor detenimiento las ideas que mantiene resguardadas. La mayoría de los libros se encuentran con las páginas amarillentas y sus lomos cubiertos de polvo. Entre los nombres que rápidamente consigo divisar se encuentran Cervantes, Antonio Machado, Borges y Cortázar.

En medio de la segunda repisa encuentro un cuaderno con forro de cuero en cuyo lomo están grabadas las iniciales E.R. Su aspecto envejecido llama mi atención. Tomo el cuaderno en mis manos. Una áspera voz me invita a sentarme. Doña Rafaela, la casera, se presenta conmigo con un saludo de buen agrado. Es una mujer de pequeña estatura con la piel opaca y caída en las notorias arrugas de su rostro. Sus facciones a pesar de verse marcadas por el peso de los años conservan el residuo del encanto juvenil que debió ostentar en sus tiempos de florecimiento. Vacilante, dejo el libro de costado en el mueble antes de presentarme con Doña Rafaela de la manera más respetuosa que me es posible. Intento trasladarme al asiento dispuesto a la derecha de la cabecera, cuando la casera me detiene e insiste que tome el lugar en el otro puesto ya que ese puesto nunca ha sido de su agrado.

Tomamos el desayuno en tanto la señora dirige una plática cargada de preguntas sobre mi infancia y estilo de vida. Ahora que el techo que me resguarda y la comida que llega a mi boca dependen enteramente de ella es prudente mantener buenas impresiones. Durante nuestra conversación, Doña Rafaela menciona el gusto que tiene al volver a comer en compañía. Esto me desconcierta un poco, puesto que su nieta también es residente de la pensión. Arrugo un poco la frente mientras mi labio marca una mueca. Al observarme, me comenta que su nieta se comporta más como una comensal que como parte de su familia; y que al igual que los inquilinos de más edad, ésta prefiere comer en su habitación.

Aparentemente los huéspedes jóvenes se han ido, ya sea por el paso del tiempo que eventualmente convierte la inocencia en adultez o por la búsqueda de lugares acordes a lo que los jóvenes encuentran más adecuado para disfrutar de su vitalidad. Aprovecho la confianza recientemente adquirida tras compartir un par de palabras y los alimentos y

me aventuro a preguntar acerca del libro que me tiene intrigado. De manera cortés, Doña Rafaela comenta que aquel libro es una historia escrita por Doña Esther Rivadeneira, su difunta abuela. También comparte que siempre contaba la historia a su hija y nietos, asegurándoles que es un extracto de su diario personal. Con cautela pido a la casera si es posible que me permita leer el relato de su abuela, a lo que responde que ella misma leerá el diario para mí; puesto que ha escuchado la historia tantas veces que asegura sabérsela de memoria y puede completar las porciones donde la letra ya no es legible.

Con una taza de té vacía en la mano, la voz de Doña Rafaela empieza el relato.

Del diario de Esther Rivadeneira

5 de marzo de 1898

No puedo creer que sean ya dieciséis años desde el día más feliz de mi vida. Ni la cálida tarde en la capilla del redentor donde juré mis votos de amor con Justo Lozano, mi difunto esposo e innegable primer amor, consigue acercarse al gozo, temor y alegría que desbordaba cuando te sostuve por primera vez en mis brazos. Cuando eras pequeña adoraba tanto verte jugar. No hay nada más bello que observar a la hermosa mujer en la que te estás convirtiendo hijita mía. Feliz cumpleaños mi hermosa Ángeles.

—E.R

12 de junio de 1898

Ya no puedo más, siento que me he quedado seca de tanto llorar. Ningún médico de Barcelona ha podido identificar lo que tiene mi mujercita. Como último recurso he gastado casi toda la pensión que dejó mi padre trayendo al doctor Müller de Holanda. Esperaba que alguien con la reputación de ser descrito como un enviado de Dios, obrara en mi hija una milagrosa recuperación. Siento que el altísimo nos ha dejado solas, su amor por nosotras partió con el último aliento de mi marido. Solo la pena llega a un hogar con mujeres solas.

—E.R

18 de junio de 1898

He hecho todo cuanto me han recomendado, pero la fiebre no baja... Cada día la veo más débil y pálida. María Elena me sugirió consultar a los gitanos, dice que sus remedios pueden hacer cosas increíbles. No puedo creer que esa gente, que vive alejada de Dios tenga la bendición de su sabiduría. No, sus ritos no provienen del paraíso y no mancillaré la pureza de Ángeles entregando

su futuro a manos gitanas. Debo mantener mi fe, es una prueba de amor hacia mi niña y al Señor.

—E.R

24 de agosto de 1898

Nada de lo que come se queda en su estómago, la fiebre la hace delirar. De tanto en tanto se despierta gritando de dolor a causa de la cefalea. No puede atenderse sola. Solo han pasado unos pocos meses desde que este suplicio comenzó, pero parece que mi pequeña hubiera envejecido años. He implorado perpetuamente misericordia a los cielos sin respuesta; creo que tendré que hacerlo también a los infiernos. Hoy por la tarde veré a Jayah, la gitana de la que María Elena me habló.

Pasada la hora del almuerzo me encaminé hacia el mercado ambulante. Ingresando, las danzas, colores y aromas aportan un inusual e impío carisma a la evolvente euforia que por poco consigue afectar mis sentidos. Siguiendo la descripción que me fue proporcionada no me dio complicación alguna dar con el carromato de la gitana. El diseño de madera cubierto por cientos de telas parchadas de diversos colores, rasgo característico de los embaucadores gitanos, pasa a segundo plano por las hileras de macetas colocadas en los costados dando la impresión de ser un rebelde jardín que se opone a la monótona piedra del paisaje urbano.

Hice sonar la campana colgada de un listón cerca de la puerta del carromato. Una melodiosa voz me preguntó sobre los asuntos que me trajeron a aquel lugar; así que solicité la ayuda de Jayah, la zahorí. Una madura mujer de cabello negro rizado con vetas grises y un rostro con rasgos atemporales me invitó a pasar. En el interior, me ofreció cordialmente una taza de té, gesto que en un inicio pensé en rechazar; sin embargo, es bien sabido que no se debe nunca despreciar la buena voluntad de un gitano así que tomé un sorbo antes de contar acerca de la enfermedad de mi niña. Al terminar, la gitana se levantó y salió por unos instantes del carromato. Cuando regresó traía consigo una maceta de barro con un arreglo de flores blancas que nunca había visto. El ornamento estaba pintado con el paisaje de un valle embellecido por un lago en el medio. El sol poniéndose en tonos ocres y anaranjados se ocultaba tras enormes árboles florales, mientras pétalos rosáceos bañaban las montañas que amparaban el fondo.

Jayah sonrió y comentó que acababa de traer consigo el remedio que mi corazón tanto anhelaba: solo debía dar de beber a mi niña el té fabricado con aquellas preciosas plantas. Al escuchar sus palabras, un caudal de lágrimas brotó de mis ojos; al parecer aun me quedaban lágrimas de alegría. Según la gitana, aquellas flores blancas bulbosas de pétalos curvados provienen de una lejana isla en oriente, donde las voces de antiguos dioses aún se escuchan en el viento, donde el abrazo de las deidades se encuentra presente en el florecimiento de los bosques y las respuestas a las oraciones no son medidas por la fe de sus creyentes sino, por la voluntad del precio acordado a pagar. La naturaleza es tal como es, no conoce ni el bien ni el mal, solo el balance que debe ser respetado. A continuación, acordamos el precio y me explicó el ritual para fabricar la medicina.

Voy a pecar, ¡Señor mío voy a pecar! No existen palabras para expresar el dolor que siento. En breve dejaré de ser una de tus hijas, sino es que ya he dejado de serlo al comprender que el amor que te profeso es menor al anhelo de ver a mi hija volver a reír. Oh Señor, te daré la espalda, por el bien de mi niña. Le he entregado mi cordura a la gitana como pago si mi pequeña vive. Y las blancas lágrimas piden alimento para consumir su bienestar.

—E.R

25 de agosto de 1898

La flor de infierno, como Jayah la denominó, brotando de la tierra es roja. Ésta es la encargada de sustraer el odio y menguar malestar de la tierra. Su vestido bermejo, es la expresión de las heridas en la naturaleza. Las mías son blancas, ya que germinaron bajo el cuidado de nunca haber tenido contacto con la tierra y no conocen las punzadas de dolor que emanan del mundo. Al igual que mi Ángeles, son puras.

Entrada la noche, salí de casa cubierta con el chal que mantuve puesto por muchos años sobre mi cabeza a causa de la viudez. Atravesé el patio para encontrar la mediagua donde descansan mi sirvienta y su familia. Carmen adora a los gatos callejeros así que siempre encuentro algunos dormitando en su puerta. Observé cinco mininos respirando profundamente, algunos de ellos no despertarán por el fuerte sedante que coloqué en su agua. Tomé uno con precaución para no alertar a Carmen de mi presencia y retorné a mis aposentos.

Casi una hora había transcurrido cuando por fin reuní el valor suficiente para llevar a cabo lo que debía hacer.

La vida otorga vida es lo que la gitana musitó. Pero algunas tienen un precio más elevado que otras. El alimento de salvación de mi niña equivale a tres vidas. Después de esta noche, solo dos más.

—E.R

28 de agosto de 1898

Los días pasados no he conseguido hacer nada más que velar la tranquilidad de Ángeles gracias a las hierbas que Jayah envió para mantenerla dormida. Me estoy volviendo loca, de eso estoy segura. Cada tanto mis manos tiemblan, las siento frías y húmedas. Al verlas mi piel se ve manchada por los tonos de mis pecados. Las lavo incansablemente, pero ahora creo que nunca volverán a encontrarse limpias. ¡Aun no! No puedo perderme a mí misma; el precio se pagará cuando mi niña despierte, sana y fuerte como siempre lo fue. Esta noche volveré a salir, la iglesia de monseñor Velasco me espera.

Después de hoy, jamás tendré perdón. Lo más profundo de mi esencia se ha embarrado del más atroz de los pecados. En la iglesia no pude levantar la mirada siquiera. Los cánticos celestiales perforaban mis oídos y destrozaban mi corazón. Me arrodillé, pero no a pedir clemencia o salvación; me arrodillé para despedirme de las puertas del paraíso para toda la eternidad. Al salir de misa, doblé la esquina lateral para estudiar la columna de pobreza que siempre se encuentra esperando para despertar la bondad ajena y llevarse algo de comer a sus bocas.

No es complicado escoger. A pocos pasos de la esquina, se encuentra una madre sola con sus hijas, la mayor de edad similar a mi mujercita, la menor aún en brazos succiona desesperadamente el pecho vacío de su madre. Me acerqué y al verlas no pude contener mis lágrimas...

Mi llanto provenía de la tristeza de mi despedida con el Santísimo, de mi condolencia innata ante los agravios de la mendicidad y de mi asquerosa gratitud porque esta ha continuado existiendo. Unas monedas, una manta, un poco de agua limpia y una bolsa con alimentos bastaron para comprar a la mayor de sus hijas como parte de mi servidumbre. Creo que, aunque no hubiera ofrecido nada,

de todos modos, me la habría entregado. Para ella, mi gesto era una promesa de una mejor vida. Es madre y al igual que yo, desea lo mejor para sus hijas.

Nunca pasó por mi mente el preguntarle su nombre...

—E.R

30 de agosto de 1898

No tolero seguir mirando esas flores. Sus tonos han ido cambiando y ahora las veo como realmente son: un nido de arañas ponzoñosas que gozan el dolor del mundo mientras finge aliviar las penas del alma.

Mañana concluye todo, solo uno más y tendré de vuelta a la luz de mi vida, no sé si podré hacerlo. De solo pensarlo clavo mis unas en lo profundo de mi piel, lloro descontroladamente y me falta el aire. Me quema incluso pensar en la mirada del Todopoderoso. El más cruel de los designios, el alimento predilecto de esta bestia espantosa; el alma más pura, la más cercana a Dios: un infante recién bautizado, libre del pecado.

—E.R

31 de agosto de 1898

Abrí mis ojos extrañada de ver el dosel de la cama de mi madre en lugar del mío. Mi vista había mejorado y mis oídos parecían mucho más agudos. Juntamente con mi conciencia, llegaron las advertencias. Voces viciosas y tétricos cantos me exigían desvanecer mientras me incorporaba para sentarme en el filo de la cama. Al caminar unos pasos para verme el espejo, las plantas de mis pies se enjugaron de carmín. Mi tez es pálida como los copos de nieve, mi cabello antes liso y castaño rojizo, es rizado y negro como las sombras de la noche. Mis ojos, cuyas pupilas se han vuelto felinas, se pintaron de carmesí al igual que mis labios. Mi madre siempre me dijo que era hermosa.

Me di vuelta dando un brinco. En el rincón se encontraba mi madre con la mirada perdida, agazapada con sus brazos envolviendo sus rodillas, sosteniendo una maceta con unas bellas flores rojas punteadas con manchas negras, murmurando incoherencias sin cesar. Me acerqué a ella apartando el cuerpo del padre Velasco tan rápidamente que pareció que me encontraba suspendida en el aire. Mi madre me crio para ser feliz, por ende, ignoraba muchas cosas. Al despertar, el vacío en mi mente se llenó de todo lo que las flores conocían.

Supe que los bosques también podían reír y el viento llorar...

Supe que ningún ser consciente puede llegar hasta la creación...

Supe que mi madre me amaba...

Supe que ella se equivocó...

Supe que monseñor Velasco no era bueno...

Supe que al igual que ella, yo tampoco tendría salvación...

Supe que, para mí, la vida otorga vida y podría compartirla...

Al agacharme la abracé y a pesar de comprender que de momento no me entendería, acunándola con una sonrisa la tranquilicé.

Eres mi madre y con el pasar de los años te convertirás en mi abuela. Recordarás el eco de mis nombres como el de tus progenitoras. No te preocupes, porque no descenderás al infierno. Cuando llegue el momento yo te alimentaré; regaré tus pétalos de la misma forma que tú hiciste conmigo. Juntas compartiremos la vida y te volverás mi madre de nuevo. Seremos madre, hija y abuela hasta que no quede vida en la tierra o las estrellas fallezcan pálidas en el firmamento.

—A.L

El auténtico desayuno

Cuando la última palabra del relato se desprende de la voz de Doña Rafaela y vuela a través del eco de la casa; no tengo claro porque mi respiración se inquieta. Posiblemente es por relato en sí, o la tonta idea que pasó por mi mente al encontrar similar la descripción de las flores con el blanco arreglo colocado sobre la mesa. Quizá fueron los ojos de la casera que siempre observaron los míos sin parpadear mientras recitaba el diario de su abuela; sin jamás bajar la mirada.

Estático aguardo unos instantes hasta que mediante un gesto nervioso me incorporo para dejar la sala. Noto una gota de sudor frío que resbala desde mi frente. Mi cabeza se siente pesada y mis piernas se niegan a responderme. Poco a poco los muros empiezan a deformarse, danzando en formas irregulares para convertirse en las celdas de mi racionalidad. No necesité verla para saber quién había llegado. Ángela entra a la sala y flota hacia mí con un gesto preocupado. Reprende a su abuela cuando esta la llama Ángeles, con el argumento que no es el momento para que ella recuerde. Que por ahora debe seguir siendo su abuela.

Cuando miro a Ángela directamente, la conexión al fin queda clara en mi mente. Ángela me toma las manos y con una delicada pero urgente voz, me susurra que es hora

de desayunar. Siento que mi conciencia se desvanece, y dejo que mi mente se sumerja en el olvido.

Despierto agitado y abro mis ojos. Respiro profundo permitiendo que la calma me abrace después de la terrible pesadilla. Me cuesta levantar el brazo a causa del amortiguamiento por mi mala postura al dormir. Llegado el momento en el que consigo ponerlo en alto, quedo completamente horrorizado. Pálido observo la huesuda y manchada mano que se mueve según mi voluntad. No siento mis piernas. Intento gritar, pero el único sonido que escapa de mi boca es un quejido gutural que difícilmente proviene de la garganta de un joven de veinte años.

Ángeles se encuentra con un libro en sus manos y lo deposita en el escritorio cuando nota que he despertado. Se acerca al borde de mi cama, besa mi frente, sonríe y me da las buenas noches mientras sale del cuarto con un ramo de flores manchadas con un negro veteado y rojas como pétalos de sangre.

Pensamientos

Escucho el sonido de los platos desde la cocina. Me despierto mientras siento el aroma venir desde el otro lado. Luego llega el calor que siempre lo acompaña cuando mamá está preparando el almuerzo. Me pregunto ¿qué será el día el de hoy? No me gusta cuando la comida tiene solo croquetas, siempre juego bastante y un poco de carne me ayudaría mucho. Papá siempre le dice eso a mi hermano “Debes comer bien y mucha carne para crecer grande y fuerte”, papá sabe mucho y por eso le creo. Por eso no entiendo por qué mi hermano me la comparte de vez en cuando y solo cuando mamá y papá no están viendo. Yo también debo crecer grande y fuerte porque, aunque soy el menor, nadie cuida a mi hermano mejor que yo.

Siempre he recordado su aroma. No sabía que tenía un hermano hasta que me abrigó con su camiseta. Escuchaba un desfile de pasos y chapoteos en las calles pasando junto a mí. Sentía mi lomito mojado y tiritaba mientras pedía que me compartieran un poco de comida. De vez en cuando algunos niños de la edad de mi hermano me brindaban de sus golosinas, pero aún era muy pequeño y no podía comerlas. Entonces el sonido de sus pasos y el timbre de su voz se quedó grabado en mis orejitas.

—Rayos y justo hoy no traje mi bufanda —dijo mi hermano a su amigo mientras abría la cajita donde me encontró.

Abrí mis ojos y noté en su olor algo diferente. Cuando otros pasaban junto a mí a veces olían como si tuvieran hambre y quisieran llorar. Otros en cambio olían igual que mamá cuando marqué toda la sala de la casa como mi territorio. Los que no me agradaban eran los que olían como el señor de la tienda cuando le recuerdo que no debe acercarse a nosotros. Pero no mi hermano, el olía como huele siempre que vamos a jugar, o como huele mamá cuando mira a mi hermano jugando con papá y claro como huele papá cuando mamá lo abraza y acaricia su cabeza al final del día. Esos aromas que huelen a pasto fresco y a la sensación de la brisa que acompaña mis orejas al sacar mi cabeza por la ventana del auto.

—¡Que haces! —respondió su compañero levantando la voz—. Tu mamá te va a castigar si llegas así a la casa.

—No importa, no ves que está temblando.

Había llovido muy fuerte y el olor del pavimento mojado me hacía estornudar. Al sentirlo acercarse pude ver cómo se sacaba su chompa mojada y luego la camiseta que se

encontraba por debajo. Me arropó con ella con mucho cuidado envolviéndome en su tela. Un poco de sudor, jabón de avena y la calidez del sol. Ese es el aroma de mi hermano.

—Desde hoy es mi familia y mi mamá siempre dice que la familia es lo más importante ¿No? —dijo mi hermano con la voz que siempre me llama a jugar—. Un estornudo muy fuerte me asustó un poco y me puse a llorar.

Al llegar a casa mamá lo reprendió, pero mi hermano nunca perdió la firmeza. Olía a la determinación de mamá cuando me dice que deje de ladrar.

—Está bien —dijo mamá dejando caer un suspiro—. Pero tú debes cuidarlo, darle de comer, bañarlo y limpiar todos los accidentes que haga de aquí en adelante. Es tu responsabilidad. Mi hermano asintió con una sonrisa mientras se apresuró a subir las gradas dando grandes zancadas en tanto me llenaba de besitos al llevarme corriendo a nuestra habitación.

—Lo ves —me susurró cuando me depositaba con suavidad en nuestra cama—, de ahora en adelante tú y yo seremos los mejores amigos. Yo cuidaré de ti y tú de mí, así ni siquiera el coco podrá con nosotros. Cuando estoy despierto nunca se aparece, pero en las noches a veces no me deja dormir. Esa será tu labor, eres el guardián de mis sueños. Desde entonces antes de dormir reviso debajo de la cama para que mi hermano pueda dormir tranquilo y el coco jamás ha vuelto a aparecer.

Me apresuro brincando para salir de la habitación y bajar a almorzar, pero mis patitas consiguen frenar en seco justo antes de atravesar la puerta. Olvidé la camiseta de mi hermano, me pregunto cómo pude ser tan descuidado. Regreso y olfateo todo a mi alrededor. Una pequeña estela me indica que escondí mi hueso debajo de la cómoda y una más pequeña me guía hacia el borde la puerta donde marqué mi entrada para que nadie pase sin mi permiso. Al final veo la más fina que se encuentra casi difuminada con el aroma del polvo que se acumula debajo de la cama, en la guarida del coco, es la que buscaba. La que huele a él, la que tiene el olor de la camiseta de mi hermano. Me acerco apenas asentando las uñas de mis patitas sobre el piso de madera. Nunca lo he visto, pero debo ser muy cuidadoso de no llevarme una sorpresa en caso el coco por fin decida aparecer. Para que mi hermano tuviera miedo de ese monstruo unos años atrás, debe ser una criatura muy espantosa, aún más que las bestias de metal que no nos dejan jugar en las calles.

Me quedo quieto un momento, volteo mis orejas hacia atrás para escuchar si mis padres o mi hermano vienen. Nada, entonces acorto el espacio restante con un pequeño

saltito y agarro la camiseta de mi hermano del borde de la cama. Al tenerla en mi boca puedo ver como al zarandearla contra el suelo va dejando estelas de su olor. Recientemente mi hermano ya no huele como antes, su aroma es más ligero y no permanece mucho en nuestras cosas. Eso no me gusta y cada vez que puedo agito su camiseta en todo nuestro cuarto para dejar muy claro que no es solo mío. Ahora sí todo se siente mucho mejor.

Me gusta jugar al escondite, aunque mi hermano no es nada bueno para esconderse. Solamente cuando era muy pequeño conseguía engañarme porque dejaba regadas miguitas de galletas o papitas en diferentes lugares de la casa y mi nariz se distraía mucho con cada aroma. A veces no lo puedo evitar, cuando algo huele rico tengo que saber qué es incluso si luego no sabe tan bien, como con el perfume de mamá, pero las golosinas de mi hermano siempre han sido deliciosas. Cuando llueve, mamá no nos permite salir a jugar y dice que mi hermano pescará un resfriado. En esos momentos es mejor cuando papá está en casa y mi hermano pide permiso para que él le diga a mamá que nos deje ir al parque.

—Amor deja que vaya, prometió no hacerse tarde y no regresar cubierto de lodo —pide papá a mamá mientras la abraza y nosotros espiamos por el borde la puerta.

—No puede ir, se va a enfermar con esta lluvia y si el perro llega hecho un desastre va a ensuciar toda la casa —responde mamá con un suspiro. En otro día, cuando haga sol saldrán al parque. Mientras tanto pueden jugar algo en casa.

—Al menos lo intentamos —dice mi hermano con su mano acariciando mi cabeza. Vamos, nos toca jugar a las escondidas. Hasta entonces nunca habíamos jugado a las escondidas, pero solo al escuchar la palabra jugar mi colita empezó a moverse de lado a lado mientras daba vueltas alrededor de mi hermano. Con algunos saltos empujaba sus piernas con mis patitas y me agachaba para dar caza a los cordones desatados de sus zapatos. Lo seguí de regreso a nuestro cuarto y conseguí aferrarme al que estaba suelto en su zapato derecho durante la pequeña marcha improvisada que hicimos hasta llegar.

Entrando a nuestro cuarto mi hermano corre hacia el costado de su cama para tomar, por la cola esponjosa, al blanco conejo de felpa que se encontraba en el suelo. Era uno de los peluches favoritos de mi hermano y me lo dio la primera noche que me trajo a casa. Ladro un poco para hacerle saber que me lo tiene que devolver, pero lo mueve haciendo círculos con sus manos mientras no aparto la vista de encima. Lo conozco bien y sé que lo lanzará por la puerta hacia el corredor; he estado practicando y muy pronto

conseguiré atraparlo antes de que toque el suelo. Me alisto esperando el lanzamiento, pero mi hermano gira sobre su pierna cambiando la dirección hacia el otro lado cuando lanza mi juguete, que cae detrás de la mesa del escritorio. Mis patitas traseras me impulsan hacia la silla que está colocada frente al escritorio y consigo frenar antes de estrellarme con ella. Doy un giro por el costado de una de las patas de madera para colocarme justo en el inicio de la abertura que separa la mesa de la pared. Mi cabeza pasa a través del hueco mientras mi pelaje se aplasta a mi cuerpo. Escucho la voz de mi hermano y sus pasos alejarse hasta llegar a mi juguete. Consiguió engañarme, pero la siguiente no le será tan sencillo.

Al salir ya no lo vi en nuestra habitación. Olfateo para encontrarlo cuando el aroma de las galletas que olvidó en su mochila me interrumpió llevándome directamente hacia ellas. Nuevamente busco la estela que me dirige a su olor y la sigo fuera de la habitación, sin embargo, esta se difumina por todo el piso en varias direcciones. Mi hermano es muy listo, sabe que si se mueve por muchos lugares en ocasiones me cuesta encontrarlo. Pruebo con verlo en el baño que está más cerca de nuestro cuarto, luego me dirijo hacia el cuarto de nuestros padres con cautela ya que a ellos no les agrada tanto cuando me subo a su cama; finalmente intento con el armario dentro del cuarto de nuestros padres y al fin lo veo... Desde entonces, la lluvia significa que jugamos a las escondidas. Ahora mamá ya no me dice nada cuando quiero salir mientras llueve, solamente me abre la puerta y suspira al despedirse.

Listo con la camiseta en mi hocico mis patitas traseras toman fuerza para emprender la carrera hacia la cocina.

—Otra vez con lo mismo —escucho decir a mi hermano entre risas detrás de mí. Volteo mi cabeza y lo veo recostado sobre la cama, muy cerca de donde estaba su camiseta. No lo escuché entrar ni subirse a ella. Mi hermano es el mejor, sabe que a mí casi nunca se me escapa nada y tuvo que haber aprovechado mientras revisaba la guarida del coco para hacerlo sin que lo notara. Aunque antes sus pasos eran muy sonoros y podían escucharse en toda la casa, ahora son más sigilosos que el gato que viene a molestar en la ventana en las madrugadas. Ladro un poco reconociendo que me tomó por sorpresa y recordándole que la próxima vez estaré más atento.

—Vamos, el almuerzo está servido —responde mi hermano dando un salto de la cama. Camina con prisa y lo pierdo de vista cuando sale de la habitación girando hacia la derecha para dirigirse a las escaleras. Lo sigo, pero ahora es tan rápido que si lo pierdo

de vista se desvanece y su olor ya no lo puedo encontrar en el resto de la casa, solo viene de la camiseta que llevo conmigo. Bajo por las escaleras que toman la forma de una pequeña letra L. El olor del almuerzo que preparó mamá es cada vez más fuerte y se me hace agua la boca. Atravieso la sala ondeando la camiseta de mi hermano para registrar su huella también en el sillón y finalmente llego a la cocina donde puedo escuchar el tintineo de los cubiertos mientras mamá los coloca sobre la mesa, el sonido del refresco que se encuentra abriendo papá y sus voces sobreponiéndose en una conversación.

—Hasta que al fin vino su real majestad —dice mamá al verme entrar por el corredor junto a la puerta de la cocina. Empiezo a salivar y mi colita se mueve al pensar en que quizá en esta ocasión mamá ponga unas cuantas salchichas en mi plato. Mamá recorre la mesa con su mirada pasando el puesto vacío de mi hermano hasta llegar donde se encuentra papá. Mi hermano ha dejado de comer con nosotros, pero siempre es él quien me recuerda que debo bajar para el almuerzo. Mamá coloca mi plato en el suelo junto al asiento de mi hermano; sus ojos gotean y su aroma es igual que el que tenía mi hermano cuando en una tarde de lluvia regresando de la escuela se mojó su libro favorito. No deja de ver la camiseta que deposito en sus pies para al fin poder comer mi almuerzo.

Ya mismo es hora de mi cita. Voy directo a la puerta posterior para ver si se encuentra abierta y no lo está. Ladro un poco llamando a mamá para ver si me escucha y viene a abrirla. Todas las puertas parecen siempre estar hechas a la medida de los demás miembros de mi familia, creo que deberían hacer una para mí y así no los estaría molestando cuando tenga que ir al parque o a ver a nuestra amiga.

—En un momento voy, quédate tranquilo —dice mamá desde el segundo piso mientras raspo con mi patita la puerta. Ella siempre comprende que debo llegar pronto a mi cita, sino es posible que no la alcance a ver. Una vez por semana mi hermano y yo jugábamos con ella, ahora solo la saludamos mientras regresa a casa de la escuela.

Vainilla y chicle de uva. Ese es el aroma que mi nariz recuerda desde que mi hermano me llevó con ella por primera vez. Aún tenía la mirada en mi plato mientras lo llenaban con muchas salchichas. Mis padres y mi hermano finalmente me permitieron probar esa barra de chocolate. Era tan deliciosa como me imaginaba. No, era cien veces más, tal como lo suponía un aroma tan fragante solamente podía tener un toque de pollo con salchicha y cerdito asado pero dulce. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo sin conocer su sabor. Disfrutaba de mi postre con mis orejas pegadas al plato mientras

lamía lo último que quedaba, cuando la habitación empezó a dar vueltas. Levanté mi cabeza para tratar de ver a mi hermano. Se encontraba a unos pocos pasos de distancia, pero mis patitas no conseguían coordinarse para caminar en su dirección. De pronto toda la cocina desapareció y de nuevo caía desde el segundo piso de las escaleras como me ocurrió una vez cuando era pequeño. El momento justo antes de tocar el suelo abrí mis ojos, di un brinco y mi cabeza casi tocó la parte inferior de la silla que se encontraba por encima. Tan solo fue un sueño... Era muy bueno para ser verdad, ya sabía que mi familia nunca me daría el chocolate, siempre dicen que eso es malo para mí. Por fortuna las escaleras se encontraban lejos y no tuve que ir nuevamente donde el doctor para que pinche sobre mi lomito y ponga esa horrible cosa bueno... ahí atrás. Escuché el alboroto que hizo al llegar a casa abriendo con fuerza la puerta.

—¡Vamos! que ya nos está esperando —me llamó desde el primer piso alzando tanto su voz que incluso los vecinos tuvieron que haberlo escuchado.

Juntos avanzamos por la acera llena de los charcos que quedaron luego de la llovizna de la tarde. A mi hermano y a mí nos encantan los charcos. Siempre que vemos uno saltamos para salpicar el agua hacia la calle. Así sé que siempre camina a mi lado, con el chapoteo que dejan sus pasos en la acera mojada, el sonido de la pelota que llevaba consigo rebotando en el pavimento. No podía esperar a que ya decidiera lanzarla, no sabía que lo haría hasta cuando estuviéramos con nuestra amiga.

Me urge verla nuevamente.

—No te vayas lejos —dice mamá al pedirle que nos deje salir. Como cada tarde, tomo el desvío intentando alejar mis pasos de los llamados de aquella jauría que insiste en que juegue con ellos. Rodeando la cuadra para evitar pasar junto al terreno baldío me detengo en la esquina. Jadeando asomo lentamente la mirada. No hay nadie. Claro, este no es su territorio, están en plena cacería y no volverán hasta el anochecer. El viento hace que mi lomito se tense y mi lana se erice mientras me acerco al bordillo de la acera. Gotitas humedecen mi cabeza. Por fin la veo... Su cuidada cabellera se enrosca en caireles arreglados con listones rojos. Nuestra amiga se encuentra tomando la áspera mano de su abuela mientras agita su brazo libre al verme en camino. Aligero el paso para intentar saltar el charco que interpone mi llegada con el cálido abrazo y las deliciosas golosinas que nuestra amiga lleva siempre consigo.

El impulso con el que di mi salto no fue suficiente para atravesar el agujero repleto de lodo; terminando mi maniobra con el sonido de un único chapoteo. Solo uno, un

chapoteo, ya no está. ¿Por qué ya no puedo escuchar el segundo? Si, siempre eran dos chapoteos. Dos chapoteos que se hacían tres, cuatro, cinco mientras saltábamos juntos en estos mismos charcos. Mis patas empapadas de alegría alcanzaban no más allá de sus rodillas dejando las deladoras marcas en sus pantalones que más tarde enfurecían a mamá.

—Eres el más inteligente y el más veloz, somos el mejor equipo —repetía siempre mi hermano. Me paro en seco unos segundos antes saludar a mi amiga. Ella se acerca y acaricia mis orejitas, me ofrece su mano y la golosina que esperaba.

Antes ella salía sola. Ahora siempre su abuela la lleva de paseo. Está cerca... Aún no veo su imponente armadura. Para verlo todo capto todos los olores que puedo sin detenerme. Mi nariz se mueve por el cosquilleo que ese turbio aroma me produce. Estornudo. Escucho su rugido acercarse. También ese día lo escuché. Era tan fuerte que mis oídos retumbaban por el bramido de su voz. No me asusté.

—Atrápala —dijo mi hermano cambiando el rumbo de nuestra pelota favorita. Me lancé a por ella tan rápido como mis patitas me lo permitieron.

—Alto —escuché gritar a mi hermano, pero soy el más rápido y no pude parar. Por supuesto, la atrapé.

—Mijita ten cuidado, acuérdate de lo que pasó —dice su abuela mientras zarandea a mi amiga retirándola del borde de la vereda. El camión pasa frente a nosotros exhalando una estela de su negra respiración. Su fétida presencia me enfurece y grito que se aleje de nosotros. Por supuesto, me teme y pasa de largo sin siquiera voltear.

—Buen chico, mejor regresa a casa de seguro mamá nos está esperando —me recuerda mi hermano ondeando una mano para despedirse de nuestra amiga. Sin embargo, ella parece no escucharlo, ni siquiera lo regresa a ver. Juntos recorremos el camino de regreso, ya no ha lanzado mi pelota, ya nunca la trae consigo. Pero no importa, aunque ya no sienta su aroma fuera de la su camiseta, aunque sea tan sigiloso que ya no pueda escuchar sus pasos o que en ocasiones deje de verlo en nuestro cuarto. Él siempre me cuida como yo lo cuido a él.

Llegamos a la puerta delantera y ladro anunciando nuestra llegada. Mi hermano ya no abre la puerta por nosotros, debemos esperar a que mamá o papá lo haga. Escucho el sonido de las bisagras cuando mamá abre la puerta. Sonríe un poco al verme. Soy obediente y muy buen hijo.

—Entra que ya está haciendo frío —dice mamá aguardando que mi colita termine de pasar por el arco de la puerta. Me detengo y volteo a ver a mi hermano. Ya no está, de

seguro subió sin que nos diéramos cuenta. Espero volver a verlo pronto y quizá en esta ocasión quiera lanzar mi juguete para jugar un poco. Mamá sonríe. Toda madre siempre estaría feliz cuando sus hijos regresan a casa.

Eso hicimos, regresamos a casa.

Lirio³

Cuando sientes que tu mundo tambalea y no tienes manera de devolverlo a lo que era, un leve recuerdo, una descolorida imagen, e incluso un sonido familiar pueden hacer la diferencia entre el sueño y la vigilia.

Era el primer día en dieciséis años en que mis padres no estuvieron para despertarme con dulzura, era el primer día en dieciséis años en que me sentía extraño en mi propio hogar; era el primer día en dieciséis años en el que me sentí solo. Desperté, abrí mis ojos lentamente, todavía estaba cubierto por el suave y placentero velo de la somnolencia cuando lo recordé. Pensando que todo fue simplemente un sueño grité sus nombres, pero la única respuesta que tuve fue la réplica de mis propias palabras que se perdían suavemente cayendo a través del eco de una casa sin vida, una casa vacía.

Me levanté con prisa y empecé a preparar las maletas, en una semana vendría por mí. Ella era lo único que me quedaba, lo único que hacía que yo perteneciera a algún lugar, sin ella yo estaría realmente perdido. La casa estaba en venta, eso ayudaría a mantenerme por un tiempo, la estuve limpiando todo el día, no porque me agraden las tareas de limpieza, pero mantenía mi mente ocupada, alejada de todo pensamiento, de todo dolor. No comí nada aquel día, algunos pensarían el motivo como un sencillo disgusto o falta de apetito. Sin embargo, la realidad distaba enormemente de la intuición, ya que su origen se encontraba en la intolerancia de ver aquella mesa desocupada.

En el patio escuché un débil sonido, el suplicante y amargo gorjeo de una criatura. Al verla me perdí enteramente en sus sollozos, sintiéndolos como perfectos acompañantes del pesar que me envolvía. Empecé a acercarme cuidadosamente, sin hacer movimientos bruscos para no asustarlo, era un hermoso pajarito. La criatura no volaba, intentaba escapar pero no podía, tenía el ala golpeada.

Con suavidad lo cobijé entre mis manos, jadeaba con angustia, lo llevé al baño, saqué unas gasas y lo inmovilicé. La luz molestaba sus ojos y por más que lo intenté, no se me ocurrió un lugar apropiado en donde poner a la pequeña criatura. La casa era clara y el único lugar en donde casi no entraba luz era en el dormitorio que había en el ático. Me gustaba el ático y más aún en mi situación actual ya que mis padres lo habían utilizado como un santuario familiar, lleno de fotografías suyas, lleno de fotografías nuestras.

³ Este cuento fue originalmente escrito durante el programa de estudios de pregrado en la Universidad San Francisco de Quito, 2018. Para este documento académico se efectuaron ajustes de estilo.

Subí las escaleras con precaución pensando en el estado del pajarito. Al llegar abrí la puerta de madera y entré acompañado por un leve chirrido de las bisagras. Una completa paz y nostalgia me invadió. Cada imagen representaba lo que alguna vez fue mi vida. El pajarito dejó de temblar, la luz ya no lo molestaba más; con una canasta y unas telas viejas le construí un nido para mantenerlo abrigado, el pobrecillo gorjeó con alegría cuando lo deposité en esta pequeña cuna improvisada.

Pasé dos días alimentando y cuidando al pajarito, era el tercer día cuando una ráfaga de viento hizo que se cerrara la puerta del ático, estábamos dentro y el mundo afuera; no parecía importarme hasta que mi estómago me recordó con un sonido que me salté las comidas del día. Me despedí de mi pequeño amigo y me encaminé a la puerta. Giré la manecilla y noté que la puerta se encontraba con seguro, al no tener como salir pensé que tendría que pasar la noche allí. Caminé hacia la cama, retiré las cobijas y me recosté. Eran apenas las cuatro de la tarde, no obstante gracias a la falta de luz parecía que había caído la noche.

Cerré mis ojos tratando de conciliar el sueño, sin embargo, mis pensamientos no me lo permitían, dándome por vencido los abrí. Tardé unos instantes hasta que mis pupilas se adaptaron a la falta de luz y en el techo pude contemplar una vieja fotografía de mis padres, estaba en blanco y negro; había olvidado que estaba rodeado completamente de todos nuestros momentos felices grabados en imágenes. Al verlos me sentía cómodo y tranquilo, sus miradas sonrientes me daban paz, solamente deseaba verlos hasta el fin de los tiempos y así fueron transcurrieron las horas.

Seguía contemplando las imágenes cuando una extraña sensación me invadió, sentía que todas se enfocaban en mí; observándome, juzgándome, parecían llenas de vida, pero a su vez carecían de la misma, eran estuches vacíos sin alma, con la apariencia de las personas que más quería en este mundo. Aquellas miradas profundas y penetrantes no se apartaban de mí, no parpadeaban, yo era el centro de su mundo y ellas del mío.

Sentí el paso de días, semanas incluso y nada cambiaba. Cada vez que volteaba estaba una cara sonriente burlándose de mi angustia. Mi cuerpo temblaba, aquel santuario que en algún tiempo representó alegría, ahora era para mí el mausoleo más tenebroso. Mi mente ya no reaccionaba. Deseaba con mucha fuerza irme y no ver las imágenes nunca más, pero a su vez no quería desprenderme de ellas, eran todo lo que me quedaba. Sentía que si las arrojaba lejos los olvidaría y lo que menos quería era olvidarlos.

Mis músculos dejaron de responderme, ya no quería que respondieran. Perdí la esperanza, las imágenes se encontraban rodeadas de tinieblas. Inesperadamente una

sombra capto mi atención y un tenue sonido; por más ilógico que parezca, iluminó la oscuridad. Era el aleteo del pequeño pajarito, aquel que había alimentado y cuidado el que ahora revoloteaba por toda la habitación. Se posó en una ventana abierta a lado de mi cama, por un instante me imaginé que se iría y toda la luz que emanaba desaparecería devolviéndome a la oscuridad, mas no lo hizo y permaneció junto a mí. Se convirtió en el guardián de mi mente; con su presencia las imágenes ya no me veían, cerraban los ojos ante la luz resplandeciente del pajarito y así permanecieron.

Gozaba de la compañía de mi guardián, solo Dios sabe que de momento esa era mi única verdad, él era mi soporte y el puente que mantenía mi cordura. Sin embargo, pensé que mi mágico sustento tenía el derecho de ser libre, de modo que le pregunté: Pequeño amigo, por qué te mantienes atado a este jarrón roto, diluyendo las memorias quienes más ha querido y que, a pesar de tratar desesperadamente de poner fin al recuerdo que no deja de aferrarse.

Con cada palabra que surgía de mi boca la luz empezaba a extinguirse, hasta convertirse únicamente en el vestigio de la lumbre que una vez fue, acompañada del eco de una voz que se hunde.

A la mañana siguiente ella vino a recogerme...

Crisantemo

Sentado en una silla aguarda bajo la lumbre de una vela. Una mesa de madera roída en los bordes donde sus manos se posan mientras envuelve las hebras rojizas entre sus dedos. El encorvado inhala podredumbre y humedad. Sus ojos no dejan de mirar los caireles que arrancó hace apenas un momento. Nada puede molestarlo, nada debe molestarlo. Su voz, esos sollozos en el desván no lo dejan en paz. No importa, piensa el encorvado mientras los acerca hacia su rostro, tan suaves, tan sedosos, será un placer poder leerlos, será una dicha saborearlos; todos y cada uno de ellos. Nadie puede entender el gusto de su alimento. El encorvado no comprende por qué se hizo la difícil, si ella vino a buscarlo, por qué después no quiso acompañarlo si tan solo buscaba ayudarla. No entiende, en un principio nadie nunca entiende, todo es más sencillo cuando ellos lo buscan. ¿Acaso no deseaba ser contemplada? Que su perfume no se pierda entre la pestilencia de las calles mientras deambula sin un rumbo fijo, solo como parte de un desfile sin sentido. No, ella no guarda sus gestos para sí misma, sus sonrisas llevan una dedicatoria escrita. Fueron suyas y muy pronto le pertenecerán a él... Ahora siempre estarán aquí para que las contemple.

Termina su inhalación y levanta la vista. Baja sus lentes y se refriega los ojos mientras sus dedos emiten un crujido cuando suelta su creación. Sus manos ya no son tan ágiles como antes, ya no son lo suficientemente precisas. Hace algunos años, ensortijar las hebras de sus flores no le suponía problema alguno; es más, incluso podría jactarse de su experticia con los nudos que dibujaban los pétalos que tanto admiraba. Los años no pasan en vano, piensa el hombre jorobado al reflexionar con tristeza que quizá este sea el último de sus años. Sin él, su jardín se marchitaría; sin él, la tienda quedaría desatendida; sin él, sus flores se marchitarían y perderían todo...

En pocas semanas el nuevo año inicia y sus arreglos apenas empiezan a tomar forma. Es tiempo de crisantemos, no ha colocado ninguno y su única dalia dejará de sentirse sola. Crisantemo, ese será su nombre.

Como sucede con las plantas de su jardín, las flores que decoran la estantería de su estudio privado en algún momento perecerán. Tarde o temprano, el tiempo atravesará sus hebras. Las deshilará y se perderán como flores marchitas cuyos pétalos caen en el olvido. Uno tras otro cae, uno tras otro... Es por esto por lo que el hombre encorvado nunca cesa su labor, su búsqueda nunca se detiene. Como todos, él tiene sus aficiones, pero más allá de un simple gusto estético, el hombre se alimenta de los recuerdos de su

jardín; los guarda en cristalinas paredes y los exhibe para ocultar sus verdaderos rostros en la plenitud del día. Así es como sus escasos invitados ven su colección: como flores de cabello que se encuentran guardadas en cajas de cristal.

Con un movimiento envolvente, por fin terminó. Su Crisantemo se encuentra lista para unirse a las demás. Sin embargo, antes de poner a buen recaudo a la nueva integrante, el hombre deja su máscara por un momento para disfrutar con plenitud de su obra. Lleva el pulgar y el índice hacia su boca y los remoja levemente con su saliva. Acto seguido, la luz que evitaba que el cuarto permaneciera entre las sombras se extingue por completo. El hombre deja de estar jorobado, su espalda se torna firme sin la menor curvatura. Las ropas casuales que traía puestas, las mismas que lleva de vez en cuando mientras camina por las calles del pueblo o atiende a los comensales en la tienda donde por años ha trabajado, dejan de lucir igual. En su lugar, un abrigo negro azabache es el manto que deja una estela de sombras y acompaña sus pasos. Mancuernas con forma de rosa decoran las mangas de su camisa y un par de zapatos de charol reflejan puntos de luz con cada uno de sus pasos.

Al hombre no le agrada la apariencia de su estudio. Nunca termina de convencerle. Ahora que la luz se apagó, piensa en cómo debería verse. Entonces, del bolsillo interior de su abrigo saca un pequeño relicario de plata ennegrecida. Lo abre con un chasquido que deja un eco en la habitación, mostrando un polvo ceniciento que comienza a escabullirse entre sus dedos. Lo deja caer en silencio. Un pequeño puñado solamente. Pero el polvo no descende como lo haría una sustancia inerte. Cuando toca el suelo, reptaba como una criatura viva, se alarga y dibuja varias formas sobre la madera. Líneas que serpentean en el suelo, círculos que se asemejan a enredaderas. Figuras que, para ojos comunes y corrientes, no son posibles de entender. Luego, el hombre chasquea los dedos.

Las velas se encienden solas, como si despertaran de un sueño profundo. La luz vuelve al estudio, pero no era la misma: ahora tiene un tinte gélido, casi azulado, que hace que las sombras se contorsionen en diferentes direcciones. El estudio ya no es lo que había sido. Las paredes se estrecharon en uno de sus costados, lo suficiente para que el aire se sienta más denso. Las estanterías cambiaron sus posiciones y los objetos dentro de las vitrinas parpadean con nuevos reflejos para acomodar al escritorio lustroso que se encuentra en lugar de la mesa de madera podrida. Donde antes había una pared llana, ahora un ventanal permite la vista hacia el jardín en el exterior.

La casa del hombre parece siempre acomodar las necesidades de su dueño. Aunque en ocasiones él prefiere mantener los rostros ocultos entre su infinita estantería,

cambia las flores que lucen cuando su sombra se encuentra dormida. Bajo la lluvia, las tejas se mueven bajo el compás de su respiración tranquila, y en los días de sol, los vidrios se tornan opacos para evitar que la luz amarillenta perturbe sus tardes de descanso. Los corredores escuchan y las paredes hablan por él.

—Mucho mejor— murmura con una sonrisa.

Al hombre de la rosa negra le complace cuando las cosas salen como él lo tiene previsto, aunque nunca se sentirá completamente satisfecho. En el mejor de los casos, pasarán semanas hasta que su hambre lo incite a probar de nuevo el embriagante dolor de un recuerdo.

Aún tiene cosas por hacer. Para el hombre es un tanto desagradable tener que encargarse de todo. “Tedioso, tedioso pero necesario” —se lo repite a sí mismo antes de despedir a su invitada—. Todo sería mucho más fácil si tan solo alguna vez pudiera quedarse con alguna. Poder guardar a sus dueños enteros, en lugar de desprenderlos solo de una ínfima parte que los compone. Así, cuando el hambre regrese, podría tomar lo que desea, no solo lo que ellos le entreguen. Reglas son reglas, y es su castigo impuesto el no poder devorar hasta dejarlos huecos. Reglas son reglas, piensa el hombre con desprecio.

Antes de salir de su estudio, recuerda ponerse de nuevo su máscara. Él conoce a su nuevo Crisantemo; ella también lo ha visto deambular por el bulevar del parque, y también la ayudó a guardar las compras que realiza en la tienda. Un extraño, sí, el hombre sabe que siempre ha sido un extraño conocido para todos; y así es como lo prefiere. De otra manera, las personas del vecindario no tendrían la confianza suficiente para saludarlo cuando pasan junto a él, y sería muy extraño que se ofreciera a prestarles una mano cuando están en algún pequeño apuro. Por eso, aquel es el rostro que escoge llevar consigo: el de un hombre entrando a la edad propicia para un retiro, el de una persona que puede hacer sonreír a un niño y, a pesar de su espalda jorobada, no demora en prestar un servicio.

El rostro, el cuerpo, la sonrisa no son suyas. Ya no recuerda a quién le pertenecían y tampoco sabe hasta cuándo los seguirá utilizando. Suspira. Por lo menos los conservará por unos cuantos años, piensa el hombre. Es duro encontrar un rostro adecuado. Quién sabe, tal vez el próximo sea el de su Crisantemo.

Con el cambio de piel, su silueta ya no es estilizada y sus movimientos dejan de fluir por el coqueo de su cuerpo. El hombre carraspea y permite que su mano se acerque al pomo de la puerta. Lo toma con delicadeza, como si el frío metal de alguna manera se pudiera quebrar como la flor que lleva consigo. Recuerda en ese instante que no debe

demorarse más y continúa hacia el pasillo que conecta el estudio con el resto de las habitaciones de la planta baja. Incluso desde el corredor, la escucha con claridad. Como si sus susurros pudieran atravesar el piso fundido que se encuentra sobre su cabeza. Su voz aún derrama tintes de angustia y su respiración se entrecorta con bajos quejidos. Solo falta un poco más antes de que pueda dejarla salir, tan solo unos minutos antes de que una nueva sonrisa aparezca en sus labios.

El encorvado sube por los escalones hacia el ático de la casa. Sus pasos resuenan con el eco de las habitaciones vacías. Desde el exterior, los transeúntes solo verán una casa de una sola planta; no podrían imaginar que en su interior, los cuartos tienen sus propios nombres y que cada una de las baldosas lleva consigo la historia de una vida. Que si uno se mantiene en silencio, es capaz de escuchar palabras que vienen desde las paredes, aunque su dialecto solo sea comprendido por su dueño. El encorvado se esfuerza por subir los últimos escalones. Su respiración está un poco agitada por el peso de la edad que lleva en esos momentos su cuerpo. Cómo no desea el hombre que, bajo la piel ajena, también pueda moverse con la soltura de su verdadero cuerpo. Es una lástima que no pueda llevarlo como quisiera. Reglas son reglas, piensa el encorvado con frustración.

La puerta del ático cruje con un lamento cuando el hombre la abre. A pesar de que las paredes se mueven siguiendo los designios del hombre, este no toma nada con delicadeza; después de todo, son parte suya y puede tratarlas como bien le parezca. El encorvado sonríe cuando este pensamiento llega a su mente. Recuerda que ahora Crisantemo es suya, o al menos una parte de ella, la que el resto del mundo puede recordar. ¡Oh!, qué succulenta cena le espera, si tan solo su aroma emana la dulzura de su llanto y el dolor de sus penas.

Ella vino a él como tantas otras, vino a él para recuperar algo que consideraba que no era suyo. Pobre muchacha, vino por su girasol, a reclamar una sonrisa que se entregó por amor y se dejó en el olvido de sus seres amados. Ni siquiera él recordará haberla conocido; cambió su futuro por la alegría de un pasado ajeno. Él volverá a sonreír de verdad, pero no junto a ella. Unos minutos más de angustia dejarán la sazón en su punto, así que, a pesar de su ansia, el hombre no apresura liberar su cadena.

El encorvado se arrima a la pared del ático y entra mientras entona un silbido. Su silueta se recorta contra la tenue luz que sube desde el piso inferior. Se alarga sobre el piso cubierto de polvo oscuro. El aire es pesado, con la mezcla de aromas de objetos enmohecidos y perfume floral. Sobre una pequeña cama junto a una ventana, la joven parece estar dormida; pero esto no es del todo cierto. Su cuerpo no emite movimiento

alguno, sus párpados tiemblan y su rostro está húmedo por lágrimas recientes. Solloza, inconsciente, y el sonido es apenas un susurro atrapado entre sus labios.

El hombre se acerca. Se detiene a su lado y la observa con una expresión que no es ternura ni compasión. Es expectativa, es deleite. La joven abre los ojos. Su respiración se agita y desea incorporarse, pero no puede. Sus músculos se mantienen tiesos. La confusión se desborda en su mirada mientras trata de hablar, pero ningún sonido sale de su garganta.

Los ojos del hombre brillan con un placer desconocido para la mujer. Saca un pequeño objeto del bolsillo de su camisa y lo levanta a la altura de su rostro con torpeza: una flor, perfectamente trenzada, hecha de cabello humano, de su cabello. Crisantemo. Su color castaño destella bajo la luz. El encorvado la contempla por un instante, luego se gira y guarda la flor en una caja de cristal.

En ese preciso momento, la joven deja de llorar. El cambio es inmediato, como si algo se apagara en su interior. Su rostro se relaja, su mirada pierde la angustia que antes expresaba. Pierde su brillo e incluso su voluntad. La joven parpadea y mira alrededor, un tanto confundida, pero calmada.

Él le ofrece una mano. Ella la toma sin cuestionar y se deja guiar hacia la puerta. Juntos bajan las escaleras en silencio. La casa permanece estática, sus muros tiesos y sin vida. Al llegar a la puerta de entrada, el hombre la abre y se hace a un lado.

Ella sale. Da un par de pasos, se detiene un instante como si intentara recordar algo, pero nada llega. Solo la melodía del silbido del hombre que cierra la puerta detrás de ella y vuelve a sentarse en la mesa de su estudio para su cena. Coloca flor tras flor, memoria tras memoria.

El encorvado sonrío...

Nomeolvides

Nada. Solo un abismo repleto de ideas resguarda el estado en el que te encuentras antes de volver a ti. Instancias previas a los primeros sonidos, consigues encontrar una definición para ti misma... Solías ser el viento que atraviesa incontables fronteras impuestas por el hombre. Solías cubrir la desnudez de la tierra con tu manto de espuma para adornarla y dar refugio a su vida. En ocasiones, te encontrabas en un letargo del que su voz conseguía alejarte. Todo termina con el sonido de la alarma. Como de costumbre, deben ser las ocho de la mañana.

Abro mis ojos y espero encontrar un poco de la luz matutina desde la ventana de mi habitación. Mi madre ha sido siempre la que, desde niña, me ayudaba a escoger la decoración, por supuesto, tomando en cuenta todas mis sugerencias. Nunca he desperdiciado la oportunidad de llenar mi cuarto de velas de diversos aromas, que tienden a disipar el aromatizante de manzana y canela favorito de mis padres. Espero por un momento que mis ojos observen las manecillas de mi reloj despertador. Sin embargo, este no es el caso. Las tinieblas continúan a mi alrededor. Siento que quizá el ruido tan solo fue producto de mi imaginación. Me incorporo con calma, muevo mis piernas en el interior de las sábanas para no caer por el borde mi cama de plaza y media, como muy a menudo me sucede. Sin embargo, continúo mi desplazamiento mientras el espacio parece dilatarse a medida que mis ojos se acostumbran a la falta de luz en el ambiente.

Observas con dificultad el amplio ventanal cubierto por unas pesadas cortinas que no te permiten contemplar la vista hacia el exterior. Sientes un frío que recorre tu espalda, tus manos se tuercen cuando intentan ser puños. Tu pecho respira jadeante. Aumenta su cadencia por el aire que no consigue llegar a tus pulmones. Esta no es tu habitación...

El escalofrío reptaba desde la base de mi columna como una víbora que se desliza por toda mi espalda con sus frías escamas sobre mi piel hasta llegar a mi cabeza. Creo que quizá es venenosa porque clava sus colmillos en mis sienes. Un dolor intenso hace que mi cabeza estalle en mil pedazos. El malestar no parece amainar, así que la aprieto con fuerza con ambas manos. Lágrimas empiezan deslizarse por mis mejillas. Presa del dolor, ahogo un grito y muerdo mi lengua.

No es momento de llorar, piensas mientras bajas las manos de nuevo para rodearlas alrededor de tu torso. La imagen de tu padre llega de improviso. Inhalas una respiración profunda, sientes el aroma de su colonia cuando de niña te levantaba para consolarte. Aún recuerdas la sensación de picazón en tu rostro por el saco de lana que

solía llevar puesto. Sientes en tu interior la calidez de su abrazo, la gentileza de su voz mientras alisaba tu cabello con sus dedos y la certeza de que, mientras estuviera a tu lado, nada malo podría suceder. Al fin, el dolor deja de ser como agujas punzantes en tu cabeza.

Cuando el alivio llega, relajo los músculos tensionados de mi mandíbula y mis dedos se sueltan mientras abro el puño que hasta hace poco mantenía apretado. Con el dorso de mi mano, seco las lágrimas que gotean hasta mi mentón. No es momento de llorar. Me libero de las sábanas y salgo de la cama. Me incorporo para bajar de la cama. Mis pies descalzos rozan con el piso alfombrado y camino hacia la ventana. Las cortinas lucen pesadas y, por la parte frontal, no se perciben frías al tacto. Tomo el borde izquierdo y las abro para observar el exterior.

Completa oscuridad es lo único que consigues divisar hasta las luces que aprecias en el horizonte. Un corte de luz parece afectar toda la zona cerca del lugar donde te encuentras. No es alto, quizá sea tan solo el segundo piso de una casa. Los perfiles de los demás domicilios son tan solo siluetas difusas que no te permiten realizar la conexión de dónde te encuentras. Mueves tus ojos para recorrer todas las direcciones que te sean posibles y los entrecierras con la esperanza de encontrar algún detalle que te sea familiar. En este momento una palabra se cuela por tus pensamientos, una emoción que jamás te agradó: temor. Este lugar de sombras tampoco es tu vecindario.

No reconozco la calle que desciende por una cuesta. Entrecierro mis ojos e intento leer el letrero con su nombre. Nunca he tenido buena vista y la falta de luz la vuelve una tarea imposible. Mis labios tiemblan y mis dientes castañean. Tengo frío, mis piernas están desnudas, llevo un pijama con pantaloncillos cortos y una blusa que deja mis hombros descubiertos. Me quedo estática y un nudo en la garganta se forma con el cúmulo de posibilidades que empiezan a transitar por mi mente. No es mi ropa, mi madre nunca me daría esta ropa. No sé qué me sucede, dónde me encuentro y por qué visto así. ¿Por qué me vistieron así? La idea de que alguien haya cambiado mis prendas sin mi consentimiento hace que mi estómago se revuelva y que las lágrimas estén a punto de brotar de nuevo.

Estás a punto de llegar al pánico. Nunca te habías encontrado tan cerca de saborearlo. Puedes pensar que tendría un gusto amargo y te sorprendes cuando sientes el gusto de la dulzura que llega con una inesperada emoción. Sabes que no te agrada, pero tu cuerpo reacciona por sí mismo. Tus músculos se tensan y se aflojan en una danza rítmica que va de la mano con el compás de la brisa que te llevaba en tus sueños. Tu corazón late cada vez más rápido. Decides ignorar la ventana y te das vuelta. Caminas a

tientas hasta dar con la pared que está a lado de la puerta. Mueves tus brazos y los extiendes como si en el tacto de tus dedos pudieras sentir las palabras que te guiarán hasta el interruptor. Finalmente lo sientes y, sin dudar, lo presionas con la esperanza de iluminar la habitación. No funciona. Lo sabías y aun así lo buscaste. No funciona.

Un sueño, eso debe ser, tan solo un sueño del que no termino de despertar. ¿Qué es lo que dicen sobre los sueños? Recuerdo que en alguna charla en el colegio una de mis amigas mencionó que si las letras son ilegibles quiere decir que, aún nos encontramos dormidos porque nuestro cerebro no puede procesar el lenguaje escrito cuando soñamos. No tengo nada a la mano y los números del reloj se veían normales; no estoy segura de que también aplique con los números. Cuando era niña, mi mami decía que los sueños feos van a la basura antes de dormir y una vez escuché de mi abuelo que una caída hace que nos despertemos. La ventana está cerrada y por nada del mundo quisiera saltar. Cierro mis ojos y pellizco uno de mis antebrazos. No me despierto.

Escuchas un ruido que viene de afuera del cuarto. Con cuidado, te acercas a la puerta y colocas uno de tus oídos. Sientes la madera lisa y fría. Por un instante percibes el vacío que envuelve los sonidos a tu alrededor como si estuvieras en lo profundo de un pozo, cubierta de agua. Casi puedes escuchar los latidos de tu propio corazón y el eco de las palabras que componen pensamientos en el interior de tu mente. Sin despegar la oreja de la puerta, tomas el pomo con una de tus manos y lo mueves con delicadeza. No sabes si te encuentras sola, tal vez alguien aguarde del otro lado y primero deberías dar un vistazo. No debes alertar a nadie de tu presencia. Giras el pomo y abres la puerta con delicadeza. Te agachas y apenas recargas el peso de tu cuerpo sobre ella. Lo has hecho antes de niña cuando querías ir a ver desde la ventana del pasillo la casa de tu mascota para saber si no se había despertado. Sabías que tus padres se molestarían contigo si te encontraban fuera de la cama a esas horas de la noche, después de todo, debías levantarte temprano para ir a la escuela. Aprendiste, tras ser atrapada en unas cuantas ocasiones, a salir de tu habitación con la destreza de un felino que no emite ruidos mientras danza por los tejados.

Como en aquel entonces, me aseguro de que las bisagras no emitan ningún sonido. Solo abro un poco la puerta para ver hacia el otro lado. Qué mal que el contorno de un baúl sea lo único que mis ojos capten. Ya me he acostumbrado a la obscuridad, pero el ángulo no es el indicado. Respiro profundo y recojo mis piernas para colarme en cuclillas. No dejo que el aire salga de mis pulmones. Termina de abrir la puerta y presto atención ante cualquier sonido. Tan solo un corredor se extiende frente a mí. Aún agachada, doy

un paso y siento en la planta de mi pie descalzo la suavidad de una alfombra. Es tan solo un corredor común y corriente y la luz de la luna que se filtra en lo que parece ser una sala al final del pasillo, es lo único que evita que las sombras se apoderen mi entorno.

Asomas la cabeza a través de la puerta y miras en ambas direcciones. Nada, aparte del baúl que observaste hace apenas unos instantes, las puertas de las habitaciones contiguas... El pasillo frente a ti es la única dirección posible. Decides aventurarte, ya que lo más deseas es dejar este lugar tan pronto como sea posible. Caminas por el corredor sobre las puntillas de tus pies y una de tus manos se vuelve tu guía para seguir la dirección de la pared. Hasta el momento no has escuchado ningún ruido que delate la presencia de alguien más aparte de ti, pero nunca está por demás ser precavida. Reduces la cadencia de tus pasos cuando te acercas a la puerta de la primera habitación que tienes a tu derecha mientras permites que tu mano flote hasta que sientes nuevamente la rugosa textura que indicaba tu camino. Te detienes por un instante antes de continuar.

Es una mala idea. Lo sé. Mi mano deja la pared y regresa para tomar el pomo de la puerta de esta habitación. Escucho la voz dentro de mi cabeza que me recuerda lo que mi mami me ha enseñado desde que tengo memoria. Sus palabras resuenan en mi oído como una música suave pero persistente. “La razón no pide fuerza”. Eso me dice la voz de la razón: Estás sola, debes salir de aquí, no intentes ver el interior de la puerta. Es una mala idea. Pero...

No importa, te dices a ti misma para justificar la idea que tuviste. Posiblemente la habitación se encuentre vacía. Posiblemente cuentes con una ventana abierta cuyo alfeizar conecte con escaleras de emergencia que te ayudarán a salir de la casa. Posiblemente encuentres un teléfono para llamar a tus padres o a la policía para que te ayuden en este secuestro. Al fin le diste una palabra, te secuestraron...

Tantas cosas son las que pueden ser, pero algo lo tengo muy claro: si no entro, jamás lo voy a saber y definitivamente no quiero estar encerrada. De la misma manera a como lo hice con la habitación en la que desperté, abro la puerta con cuidado y entro. En efecto, hay una ventana en el extremo contrario de la habitación, pero un gran obstáculo frustra cualquier intento de averiguar si está con seguro o no.

Estás en un cuarto más pequeño que el anterior, con una cama colocada casi en el centro, que tiene dos veladores a cada uno de sus lados. La cama no está vacía. Observas a alguien sobre ella, tan solo un pequeño bulto que sube y baja en un ritmo lento. Te asustas cuando entiendes que no estás sola en este lugar y la implicación de que más personas estén aquí hace que tu vientre se comprima con fuerza.

Fijo mi mirada sobre la cama. Por su tamaño, debe ser un niño. Mi estómago se relaja. “Un niño” —pienso y casi dejo que se me escape una risa—. Es una casa de una familia.

¿Por qué estás aquí? ¿Te desmayaste y te ayudaron? No has estado comiendo tan bien recientemente. Pero ¿por qué cambiaron tus ropas? ¿Quién lo hizo?

Dejo que mis ojos se pierdan en su figura. Siento alivio. Algo en su silueta me resulta familiar, como si lo hubiera visto en alguno de mis sueños. Mi cabeza me duele de nuevo. Es difuso y opaco, casi puedo escuchar los latidos de su corazón dentro de su pecho como si el compás de su respiración se moviera con la mía. Mi mano se estira sola como si buscara acariciar su cabeza dormida. Siento una brisa que me empuja hacia él.

El golpe de una puerta se vuelve una ráfaga que aleja tu mente del niño. La tranquilidad que sentías se desvanece.

Casi lo sostuve, pero ahora se ha ido. Siento cómo se forma un nudo en mi garganta y el cálido roce de lágrimas que caen por mis mejillas. Empiezo a sollozar como si algopreciado se hubiera extraviado. Estoy vacía. Escucho murmullos que vienen del exterior. Alguien acaba de entrar a la casa. Mi corazón se acelera y trato de componerme. No es momento para esto. La sombra del niño se mueve inquieto cuando salgo de la habitación. Ya no pienso en la cautela mientras dejo el pasillo tras de mí. Paso junto a un sillón en la sala de estar. Me acerco a las gradas y escucho las pisadas que provienen del piso inferior. ¡Oh no!

Está subiendo por las escaleras. Das la vuelta.

Presa del pánico me alejo de las escaleras lo más rápido que puedo. Por mi descuido, me golpeo la pierna con una mesa pequeña que estaba junto al sillón y un objeto cae sobre mi pie. Una maldición se me escapa de la boca y casi de inmediato la cubro con mis manos.

Te agachas. Tomas el objeto.

Observo el portarretratos que tengo en mis manos. Con la falta de luz, apenas puedo distinguir las siluetas de un hombre y una mujer abrazados.

Los pasos se vuelven más fuertes. Ya subió. Casi puedo escuchar su respiración.

El hombre se acerca. Las luces se encienden. Temo lo que vaya a hacerme, pero mis piernas no responden.

Me toma de los brazos. No intentas zafarte.

Él hombre la mira con dulzura.

—Creo que recién te despertaste —dice son suavidad—. Ella regresa a ver a su costado. En la mesa hay otra fotografía de la misma familia con un niño pequeño jugando en el parque. Alza la mirada y mira el reflejo del hombre en el espejo que está en la pared mientras abraza a la mujer de las fotografías y, a la vez, la abraza a ella. Eres, soy... Vuelvo a ser ella misma.

Él me toma en sus brazos y regreso a mi hogar...

Lista de referencias

- Aviv, Rachel. 2021. "How Elizabeth Loftus changed the meaning of memory". *The New Yorker* 29.
- Bajtin, Mijail. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Barthes, Roland. 1999. *Mitologías*. Traducido por Hector Schmucler. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Benavides, Patricio, y Carlos Ramos. 2019. "Fundamentos neurobiológicos del sueño". *Revista Ecuatoriana de Neurología* 28 (3): 73-80.
- Calvino, Italo. 1988. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Traducido por Aurora Bernárdez y César Palma. Madrid: Siruela.
- Fisher, Mark. 2018. *Lo raro y lo espeluznante*. Traducido por Núria Molines. Barcelona: Alpha Decay.
- Freud, Sigmund. 2023. *La interpretación de los sueños*. BoD-Books on Demand.
- Jordan, Robert. 2020. *Cielo en Llamas nº 05/14 (La Rueda del Tiempo)*. Minotauro. Edición de Kindle.
- Kant, Immanuel. 2003. *Crítica de la razón práctica*. Traducido por J. Rovira Armengol. Buenos Aires: La Página S.A.
- Lovecraft, Howard Phillips. 1984. *El terror en la literatura*. Madrid: Alianza.
- Prieto Fernández, Daniel Ramón. 2013. "Metafísica del tiempo en la obra de Jorge Luis Borges". Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Ricoeur, Paul. 2004. *Memory, history, forgetting*. Chicago: University of Chicago Press.
- Vite, Edgar. 2012. "Por los caminos de la memoria en la obra de Marcel Proust". *Estudios* 101: 35-52.
- Watanabe, José. 2008. *Poesía completa*. Pre-textos: Valencia.